BSB Bayerische StaatsBibliothek
MDZ Münchener DigitalisierungsZentrum Digitale Bibliothek

Cervantes Saavedra, Miguel <<de>>,

Trabajos De Persiles Y Sigismunda Historia Setentrional

Bd.: 1

Madrid 1799

P.o.hisp. 1013 q-1
urn:nbn:de:bvb:12-bsb10608633-0
(null)

Tf. 4
1220

2 Pzde. 14 -

R. O. Disp. 10137/1

<3663848503001 8

Bayer. Staatsbibliothek

TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.
HISTORIA
SETENTRIONAL.

POR
MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

TOMO I.

MADRID.
POR D. FERMIN VILLALPANDO.
AÑO 1799.

D. Simon.
A/51/1576

TRABAJOS

DE

PERSILES

Y

SIGISMUNDA.

HISTORIA

SEPTENTRIONAL.

Bayerische
Staatsbibliothek
MÜNCHEN

POR

MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA.

TOMO I.

MADRID:

POR D. JUAN DE VILLAFRANCO.

AÑO 1792.

PRÓLOGO.

No son pocos los sábios, que no obstante el notorio mérito de todas las obras del famoso Español Miguel de Cervantes Saavedra, y sin embargo de los repetidos elogios prodigados principalmente á la VIDA Y HECHOS DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA, que ha corrido siempre con la primera estimacion, dán la preferencia sobre todas ellas á los TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, que presento al público en esta nueva edicion.

El Maestro Joseph de Valdivieso, ingenio sólido y adornado de todas las amenidades del buen gusto, en la aprobacion que dió en Madrid á 9 de Septiembre de 1616 para la impresion de este libro, dice, *que de quantos dexó escritos ninguno es mas ingenioso, mas culto ni mas entrete-*

nido ; autoridad de tanto peso, que me escusa de la reproduccion de otras muchas.

Y finalmente, el mismo Autor, en varios lugares, haciendo mencion de esta Fábula, parece la considera como la mas estimable de sus producciones. Entre otros es notable el pasage con que concluye la epístola dedicatoria, con que remite al Conde de Lemos la segunda parte del QUIXOTE, que es como se sigue: *Ofreciendo á V. E. los* TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, *libro á quien daré fin dentro de quatro meses*, Deo volente, *el qual ha de ser ó el mas malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento ; y digo que me arrepiento de haber dicho el mas malo, porque segun la opinion de mis amigos ha de llegar al extremo de bondad posible.*

Á DON PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, CONDE DE LEMOS, DE ANDRADE, DE VILLALVA, MARQUÉS DE SARRIA, GENTIL-HOMBRE DE CÁMARA DE S. M. &c. &c.

Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: Puesto ya el pie en el estribo, *quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, por-*

que casi con las mismas palabras la puedo comenzar , diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran Señor , ésta te escribo.

Ayer me dieron la Extrema-uncion, y hoy escribo ésta : el tiempo es breve , las ansias crecen , las esperanzas menguan , y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir , y quisiera yo ponerle coto basta besar los pies á V. E. que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España , que me volviese á dar la vida : pero si está decretado que la haya de perder , cumplase la voluntad de los cielos , y por lo menos sepa V. E. este mi deseo , y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle , que quiso pasar aun mas allá de la muerte

mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realegrome de que salieron verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de V. E. Todavia me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las Semanas del jardin, *y del famoso* Bernardo; *si á dicha, por buena ventura mia, que ya no seria ventura sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de la* Galatea, *de quien sé está aficionado V. E. y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á V. E. como puede. De Madrid á* 19 *de Abril de* 1616.

Criado de V. E.

Miguel de Cervantes.

PROLOGO
DEL AUTOR.

Sucedió pues, Lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linages, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venia picando con gran priesa uno que al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picasemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es, no traía mas de dos, porque se le venia á un lado la valona por momentos, y él traía sumo tra-

bajo y cuenta de enderezarla: llegando á nosotros dixo: vuesas mercedes van á alcanzar algun oficio ó prebenda á la Corte, pues allá está su Ilustrísima de Toledo y su Magestad ni mas ni menos, segun la priesa con que caminan, que en verdad que á mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? Á lo que respondió uno de mis compañeros: el rocin del Señor Miguel de Cervantes tiene la culpa de esto, porque es algo qué pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, quando apeándose de su cavalgadura, cayéndosele aquí el coxin y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió á mí, y acudiendo á asirme de la mano izquierda, dixo: sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el re-

gocijo de las Musas. Yo que en tan poco espacio ví el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesia no corresponder á ellas, y así abrazándole por el cuello, donde le eché á perder de todo punto la valona, le dixe: ese es un error donde han caido muchos aficionados ignorantes; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demas baratijas que ha dicho vuesa merced: vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversacion lo poco que nos falta del camino: hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desaució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará

toda el agua del mar océano que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dexar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se vá acabando, y al paso de las efemeridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este Domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado,

mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, volvióseme á ofrecer: picó á su burra, y dexóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habia dado gran ocasion á mi pluma para escribir donayres, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que sé convenia. Á Dios, gracias, á Dios, donayres: á Dios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida.

Bayerische
Staatsbibliothek
MÜNCHEN

TRABAJOS
DE
PERSILES
Y
SIGISMUNDA.

LIBRO PRIMERO
DE LA HISTORIA.

CAPÍTULO I.

Voces daba el bárbaro Corsicurbo á la estrecha boca de una profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos vivos que en ella estaban sepultados; y aunque su terrible y espantoso es-

truendo cerca y lejos se escuchaba, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaba, sino de la miserable Cloelia, á quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ó Cloelia, (decia el bárbaro) que asi como está, ligadas las manos atras, salga acá arriba atado á esa cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que habrá dos dias que te entregamos; y mira bien si entre las mugeres de la pasada presa hay alguna que merezca nuestra compañía, y gozar de la luz del claro cielo que nos cubre, y del ayre saludable que nos rodea. Descolgó en esto una gruesa cuerda de cáñamo, y de allí á poco espacio él y otros quatro bárbaros tiraron hácia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los brazos sacaron asido fuertemente á un mancebo, al parecer, de hasta diez y nueve ó veinte años, vestido de lienzo basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento.

Lo primero que hicieron los bárbaros fue requerir las esposas y cordeles con que á las espaldas traia ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeza le cubrian: limpiáronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió una tan maravillosa hermosura, que suspendió y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le llevaban. No mostraba el gallardo mozo en su semblante género de afliccion alguna, antes con ojos al parecer alegres, alzó el rostro, y miró al cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua dixo: gracias os hago, ó inmensos y piadosos cielos, de que me habeis traido á morir, adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos oscuros calabozos, de donde ahora salgo, de sombras caliginosas la cubran: bien querria yo no morir desesperado, á lo menos porque soy christiano; pero mis desdichas son tales, que me

llaman, y casi fuerzan á desearlo. Ninguna de estas razones fue entendida de los bárbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo, y así cerrando primero la boca de la mazmorra con una gran piedra, y cogiendo al mancebo, sin desatarle, entre los quatro, llegaron con él á la marina, donde tenian una balsa de maderos, y atados unos con otros con fuertes bexucos y flexîbles mimbres. Este artificio les servia, como luego pareció, de baxel en que pasaban á otra isla, que no dos millas ó tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego uno de los bárbaros asió de un grandísimo arco, que en la balsa estaba, y poniendo en él una desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechó, y encarando al mancebo, le señaló por su blanco, dándo señales y muestras de que ya le queria pasar el pecho. Los bárbaros que

quedaban , asieron de tres palos gruesos cortados á manera de remos , y el uno se puso á ser timonero , y los dos á encaminar la balsa á la otra isla. El hermoso mozo, que por instantes esperaba , y temia el golpe de la flecha amenazadora , encogia los hombros , apretaba los labios , enarcaba las cejas, y con silencio profundo dentro en su corazon pedia al cielo , no que le librase de aquel tan cercano como cruel peligro , sino que le diese ánimo para sufrirlo : viendo lo qual el bárbaro flechero , y sabiendo , que no habia de ser aquel el género de muerte con que le habian de quitar la vida , hallando la belleza del mozo piedad en la dureza de su corazon , no quiso darle dilatada muerte , teniéndole siempre encarada la flecha al pecho , y así arrojó de sí el arco , y llegándose á él por señas , como mejor pudo , le dió á entender , que no queria matarle.

En esto estaban , quando los

maderos llegaron á la mitad del estrecho, que las dos islas formaban, en el qual de improviso se levantó una borrasca, que sin poder remediarlo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron y dividieron en partes, quedando en la una, que seria de hasta seis maderos compuesta, el mancebo, que de otra muerte que de ser anegado, tan poco habia que estaba temeroso. Levantaron remolinos las aguas, pelearon entre sí los contrapuestos vientos, anegáronse los bárbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto, pasábanle las olas por cima, no solamente impidiéndole ver el cielo, pero negándole el poder pedirle, tuviese compasion de su desventura; y sí tuvo, pues las continuas y furiosas ondas qué á cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se le llevaron consigo á su abismo; que como llevaba atadas las manos á las espaldas, ni podia asirse, ni usar

de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho, salió á lo raso del mar, que se mostró algun tanto sosegado y tranquilo, al volver una punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentóse el fatigado jóven, y tendiendo la vista á todas partes, casi junto á él descubrió un navio, que en aquel reposo del alterado mar, como en seguro puerto se reparaba: descubrieron asimismo los del navio los maderos y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse qué podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron á verlo; y hallando allí al tan desfigurado como hermoso mancebo, con diligencia y lástima le pasaron á su navio, dando con el nuevo hallazgo admiracion á quantos en él estaban. Subió el mozo en brazos agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque habia tres dias que no habia comido), y de puro molido y

maltratado de las olas, dió consigo un gran golpe sobre la cubierta del navio, el Capitan del qual con ánimo generoso y compasion natural mandó que le socorriesen.

Acudieron luego unos á quitarle las ataduras, otros á traer conservas y odoríferos vinos, con cuyos remedios volvió en sí como de muerte á vida el desmayado mozo, el qual poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza y rico trage le llevó tras sí la vista y aun la lengua, y le dixo: los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el bien que me has hecho: que mal se pueden llevar las tristezas del ánimo, si no se esfuerzan los descaecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hacer ninguna recompensa de este beneficio, sino es con el agradecimiento: y si se sufre, que un pobre afligido pueda decir de sí mismo alguna alabanza, yo sé, que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrá llevar alguna

ventaja. Y en esto probó á levantarse, para ir á besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitió, porque tres veces lo probó, y otras tantas volvió á dar consigo en el suelo: viendo lo qual el Capitan, mandó que le llevasen debaxo de cubierta, y le echasen en dos traspontines, y que quitándole los mojados vestidos, le vistiesen otros enxutos y limpios, y le hiciesen descansar y dormir. Hizóse lo que el Capitan mandó, obedeció callando el mozo, y en el Capitan creció la admiracion de nuevo, viendolo levantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le comenzó á fatigar el deseo de saber de él lo mas presto que pudiese, quién era, como se llamaba, y de qué causas habia nacido el efecto que en tanta estrecheza le habia puesto; pero excediendo su cortesía á su deseo, quiso que primero se acudiese á su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPÍTULO II.

Reposando dexaron los ministros de la nave al mancebo, y en cumplimiento de lo que su señor les habia mandado; pero como le acosaban varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesion de sus sentidos, ni menos lo consintieron unos congoxosos suspiros, y unas angustiadas lamentaciones que á sus oidos llegaron, á su parecer, salidos de entre unas tablas de otro apartamiento que junto al suyo estaba; y poniéndose con grande atencion á escucharlas, oyó que decian: ¡en triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojó á la luz del mundo, y bien digo arrogó, porque nacimiento como el mio, antes se puede decir arrojar, que nacer! Libre pensé yo que gozára de la luz del sol en esta vida; pero engañóme mi pensamiento, pues me veo á

pique de ser vendida por esclava: desventura á quien ninguna puede compararse. Ó tú, quien quiera que seas, dixo á esta sazon el mancebo, si es, como decirse suele, que las desgracias y trabajos, quando se comunican suelen aliviarse, llégate aquí, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuéntame los tuyos, que si en mí no hallares alivio, hallarás quien de ellos se compadezca. Escucha pues, le respondió, que en las mas breves razones te contaré las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero á quien las cuento. ¿Dime, si eres por ventura un mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en unos maderos que dicen sirven de barcos á unos bárbaros que están en esta isla donde habemos dado fondo, reparándonos de la borrasca que se ha levantado? El mismo soy, respondió el mancebo. ¿Pues quien eres? preguntó la persona que hablaba. Dixératelo, si no quisiera, que primero me

obligáras, con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha te oí decir, imagino que no debe de ser tan buena como quisieras. Á lo que le respondieron: escucha, que en cifra te diré mis males.

El Capitan, y Señor de este navio se llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, á cuyo poder vino por diferentes y estraños acontecimientos una principal doncella, á quien yo tuve por Señora, á mi parecer, de tanta hermosura, que entre las que hoy viven en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevar la ventaja. Su discrecion iguala á su belleza, y sus desdichas á su discrecion y á su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linage de Reyes, y de riquísimo estado. Esta pues, á quien todas estas alabanzas vienen cortas, se vió vendida y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco y con tantas veras la amó, y la ama, que mil ve-

ces de esclava la quiso hacer su señora, admitiéndola por su legítima esposa, y esto con voluntad del Rey padre de Arnaldo, que juzgó que las raras virtudes y gentileza de Auristela mucho mas que ser Reyna merecian; pero ella se defendia, diciendo: no ser posible romper un voto que tenia hecho, de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaba quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitasen promesas, ó la amenazasen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanzas con dudosas imaginaciones, arrimándolas á la variacion de los tiempos, y á la mudable condicion de las mugeres: hasta que sucedió, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazándose, no como esclava, sino como Reyna, llegaron unos baxeles de corsarios, y la robaron, y llevaron no se sabe adonde. El Príncipe Arnaldo, imaginando que estos corsarios eran los mismos que la prime-

ra vez se la vendieron, los quales corsarios andan por todos estos mares, ínsulas y riberas, robando ó comprando las mas hermosas doncellas que hallan, para traerlas por grangeria á vender á esta ínsula, donde dicen que estamos, la qual es habitada de unos bárbaros, gente indómita y cruel, los quales tienen entre sí por cosa inviolable y cierta, persuadidos, ó ya del demonio, ó ya de un antiguo hechicero, á quien ellos tienen por sapientísimo varon, que de entre ellos ha de salir un Rey, que conquiste y gane gran parte del mundo: este Rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechicero les dió esta órden: que sacrificasen todos los hombres que á su ínsula llegasen, de cuyos corazones, digo de cada uno de por sí, hiciesen polvos, y los diesen á beber á los bárbaros mas principales de la ínsula, con expresa órden, que el que los pasase sin torcer el rostro, ni dar muestras de

que le sabian mal, le alzasen por su Rey; pero no ha de ser éste el que conquiste el mundo, sino un hijo suyo. Tambien les mandó, que tuviesen en la isla todas las doncellas que pudiesen, ó comprar ó robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregasen luego al bárbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos.

Estas doncellas compradas, ó robadas, son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser bárbaros, y las que compran, son á subidísimos precios, que los pagan en pedazos de oro sin cuño, y en preciosísimas perlas, de que los mares de las riberas de estas islas abundan: y á esta causa llevados de este interés y ganancia, muchos se han hecho corsarios y mercaderes. Arnaldo pues, que, como te he dicho, ha imaginado que en esta isla podria ser, que estuviese Auristela, mitad de su alma, sin la qual no puede vivir, ha ordenado, para certificarse de esta duda,

de venderme á mi á los bárbaros, porque quedando yo entre ellos sirva de espia, de saber lo que desea, y no espera otra cosa sino que el mar se amanse, para hacer escala, y concluir su venta: mira pues, si con razon me quejo, pues la ventura que me aguarda, es venir á vivir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer, venir á ser Reyna, especialmente si la corta suerte hubiese traido á esta tierra á mi Señora la sin par Auristela. De esta causa nacieron los suspiros que me has oido, y de estos temores las quejas que me atormentan.

Calló en diciendo esto, y al mancebo se le atravesó un ñudo en la garganta, pegó la boca con las tablas, que humedeció con copiosas lágrimas, y al cabo de un pequeño espacio le preguntó, si por ventura tenia algunos barruntos, de que Arnaldo hubiese gozado de Auristela, ó ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, des-

deñase á Arnaldo, y no admitiese tan gran dádiba como la de un Reyno: porque á él le parecia, que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerza que las de la religion. Respondióle: que aunque ella imaginaba, que el tiempo habia podido dar á Auristela ocasion, de querer bien á un tal Periandro, que la habia sacado de su pátria, Caballero generoso, dotado de todas las partes que le podian hacer amable de todos aquellos que le conociesen, nunca se le habia oido nombrar en las contínuas quejas que de sus desgracias daba al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntóle, si conocia ella á aquel Periandro que dicia: díxole, que no, sino que por relacion sabia ser el que llevó á su señora, á cuyo servicio ella habia venido, despues que Periandro por un estraño acontecimiento la habia dexado.

En esto estaban, quando de arriba llamaron á Taurisa, que este era el nombre de la que sus des-

gracias habia contado, la qual oyéndose llamar, dixo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman, para hacer de mí la desdichada entrega: á Dios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado, para que los polvos de tu abrasado corazon testifiquen esta vanidad, é impertinente profecia, que tambien estos insolentes moradores de esta ínsula buscan corazones que abrasar, como doncellas que guardar, para lo que procuran. Apartáronse, subió Taurisa á la cubierta, quedó el mancebo pensativo, y pidió que le diesen de vestir, que queria levantarse: traxéronle un vestido de damasco verde, cortado al modo del que él habia traido de lienzo. Subió arriba, recibiole Arnaldo con agradable semblante, sentóle junto á sí, vistieron á Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las Ninfas de las aguas, ó las Amadriades de los montes. En tan-

to que esto se hacia con admiracion del mozo, Arnaldo le contó todos sus amores y sus intentos, y aun le pidió consejo de lo que haria, y le preguntó si los medios que ponia para saber de Auristela iban bien encaminados. El mozo que del razonamiento que habia tenido con Taurisa, y de lo que Arnaldo le contaba, tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocísimo curso del entendimiento lo que podria suceder, si acaso Auristela entre aquellos bárbaros se hallase, le respondió: señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar, pero tengo voluntad que me mueve á servirte, que la vida que me has dado con el recibimiento y mercedes que me has hecho, me obligan á emplearla en tu servicio: mi nombre es Periandro, de nobilísimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura y mis desgracias, las quales por ser tantas no conceden ahora lugar para contártelas. Esa

Auristela que buscas, es una hermana mia que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos ha un año que nos perdimos: por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda que es mi perdída hermana, que daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento que espero recibir de haberla hallado, que es lo mas que puedo encarecer; y así como tan interesado en este hallazgo, voy escogiendo otros muchos medios, que en la imaginacion fabrico: este, que aunque venga á ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto y mas breve. Tú, señor Arnaldo, estás determinado de vender esta doncella á estos bárbaros, para que estando en su poder vea, si está en el suyo Auristela, de que te podrás informar, volviendo otra vez á vender otra doncella á los mismos bárbaros, y á Taurisa no le faltará modo, ó dará señales si está ó no Auristela con las demas,

que para el efecto que se sabe, los bárbaros guardan, y con tanta solicitud compran. Así es la verdad, dixo Arnaldo, y he cogido antes á Taurisa que á otra, de quatro que van en el navio para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce, que ha sido su doncella. Todo eso está muy bien pensado, dixo Periandro; pero yo soy de parecer, que ninguna persona hará esa diligencia tan bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interés que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela, me está incitando á aconsejarme, que tome sobre mis hombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos arduos y dificultosos, en un mismo punto han de andar el consejo y la obra.

Quadráronla á Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconvenientes que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que ve-

nia proveido, por si hallaba á Auristela, vistió á Periandro, que quedó al parecer la mas gallarda y hermosa muger que hasta entónces los ojos humanos habian visto, pues sino era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualársele. Los del navio quedaron admirados, Taurisa atónita, el Príncipe confuso, el qual á no pensar, que era hermano de Auristela, el considerar que era varon, le traspasára el alma con la dura lanza de los zelos, cuya punta se atreve á entrar por las del mas agudo diamante; quiero decir, que los zelos rompen toda seguridad y recato, aunque de él se armen los pechos enamorados. Finalmente, hecho al metamorfosis de Periandro, se hicieron un poco á la mar, para que de todo en todo de los bárbaros fuesen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela, no consintió, en que preguntase primero á Periandro, quien eran él y su hermana, y por qué

trances habian venido al miserable, en que le habia hallado, que todo esto segun buen discurso, habia de preceder á la confianza que de él hacia; pero como es propia condicion de los amantes, ocupar los pensamientos antes, en buscar los medios de alcanzar el fin de su deseo, que en otras curiosidades, no le dió lugar á que preguntase lo que fuera bien que supiera, y lo que supo despues, quando no le estuvo bien el saberlo. Alongados pues un tanto de la isla como se ha dicho, adornaron la nave con flamulas y gallardetes, que ellos azotando el ayre, y ellos besando las aguas, hermosísima vista hacian: el mar tranquilo, el cielo claro, el són de las chirimias y de otros instrumentos tan bélicos como alegres, suspendian los ánimos, y los barbaros que de no muy lejos lo miraban, quedaron mas suspensos, y en un momento coronaron la ribera armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Po-

co menos de una milla llegaba la nave á la isla, quando disparando toda la artillería, que traia mucha y gruesa, arrojó el esquife al agua, y entrando en él Arnaldo, Taurisa y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en una lanza un lienzo blanco, señal de que venian de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra), y lo que en ésta le sucedió, se cuenta en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO III.

Como se iba acercando el barco á la ribera, se iban apiñando los bárbaros, cada uno deseoso de saber primero, que fuese lo que en él venia, y en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienzos, y los campearon por el ayre, tiraron infinitas flechas al viento, y con increible ligereza saltaban algunos de unas partes en otras. No pudo llegar el barco á abordar con la tierra, por ser la

mar baxa, que en aquellas partes crece y mengua como en las nuestras; pero los bárbaros hasta cantidad de veinte se entraron á pie por la mojada arena, y llegaron á él casi á tocarse con las manos. Traian sobre los hombros á una muger bárbara, pero de mucha hermosura, la qual antes que otro alguno hablase, dixo en lengua Polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro Príncipe, ó por mejor decir, nuestro Gobernador, que le digais, quien sois, á qué venis, y que es lo qué buscais: si por ventura traeis alguna doncella que vender, se os será muy bien pagada; pero si son otras mercancias las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir á otra parte á buscarlo. Entendióla muy bien Arnaldo, y preguntóle ¿si era bárbara de nacion, ó si acaso era de las compradas en aquella isla? A lo

que le respondió : Respóndeme tú á lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan, que en otras pláticas me dilate, sino en aquellas que hacen al caso para su negocio. Oyendo lo qual Arnaldo, respondió : Nosotros somos naturales del Reyno de Dinamarca, usamos el oficio de mercaderes y de corsarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que á nuestras manos han venido, ha sido la de esta doncella (y señaló á Periandro), la qual, por ser una de las mas hermosas, ó por mejor decir, la mas hermosa del mundo, os la traemos á vender, que ya sabemos el efecto para que las compran en esta isla ; y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros Sabios han dicho, bien podeis esperar de esta sin igual belleza y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos y valientes.

Oyendo esto algunos de los bár-

baros, preguntaron á la bárbara, les dixese lo que decia: díxolo ella, y al momento se partieron quatro de ellos, y fueron (á lo que pareció) á dar aviso á su Gobernador: en este espacio que volvian, preguntó Arnaldo á la bárbara, si tenian algunas mugeres compradas en la isla, y si habia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiese igualar á la que ellos traian para vender: no, dixo la bárbara; porque aunque hay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy una de las desdichadas, para ser Reyna de estos bárbaros, que seria la mayor desventura que me pudiese venir. Volvieron los que habian ido á la tierra, y con ellos otros muchos y su Príncipe, que lo mostró ser en el rico adorno que traia. Habíase echado sobre el rostro un delgado y trasparente velo Periandro, por dar de improviso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos bárbaros, que con grandísima atencion le es-

taban mirando. Habló el Gobernador con la bárbara, de que resultó, que ella dixo á Arnaldo, que su Príncipe decia, que mandase alzar el velo á su doncella: hízose así: levantóse en pie Periandro, descubrió el rostro, alzó los ojos al cielo, mostró dolerse de su ventura, estendió los rayos de sus dos soles á una y otra parte, que encontrándose con los del bárbaro Capitan, dieron con él en tierra: á lo menos así lo dió á entender el hincarse de rodillas, como se hincó, adorando á su modo en la hermosa imágen, que pensaba ser muger, y hablando con la bárbara, en pocas razones concertó la venta, y dió por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los bárbaros á la isla, y en un instante volvieron con infinitos pedazos de oro, y con luengas sartas de finísimas perlas, que sin cuenta y á monton confuso se las entregaron á Arnaldo, el qual luego tomando de la

mano á Periandro, le entregó al bárbaro, y dixo á la intérprete, dixese á su dueño que dentro de pocos dias volveria á venderle otra doncella, sino tan hermosa, á lo menos tal que pudiese merecer ser comprada. Abrazó Periandro á todos los que en el barco venian, casi preñados los ojos de lágrimas que no le nacian de corazon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por él habian pasado; hizo señal Arnaldo á la nave, que disparase la artillería, y el bárbaro á los suyos, que tocasen sus instrumentos, y en un instante atronó el cielo la artillería, y la música de los bárbaros llenaron los ayres de confusos y diferentes sones: con este aplauso llevado en hombros de los bárbaros, puso los pies en tierra Periandro: llegó á su nave Arnaldo, y los que con él venian, quedando concertado entre Periandro y Arnaldo, que si el viento no le forzase, procuraria no desviarse de la isla, sino lo que bas-

tase, para no ser de ella descubierto, y volver á ella á vender (si fuese necesario) á Taurisa, que con la seña que Periandro le hiciese, se sabria el sí, ó el nó del hallazgo de Auristela, y en caso que no estuviese en la isla, no faltaria traza, para libertar á Periandro, aunque fuese moviendo guerra á los bárbaros con todo su poder y el de sus amigos.

CAPÍTULO IV.

Entre los que vinieron á concertar la compra de la doncella, vino con el Capitan un bárbaro, llamado Bradamiro, de los mas valientes y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda la ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atrevido tanto como él mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues desde el punto que vió á Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo designio en su pensamiento de esco-

gerla para sí, sin esperar á que las leyes del vaticinio se probasen, ó cumpliesen.

Así como puso los pies en la ínsula Periandro, muchos bárbaros á porfia le tomaron en hombros, y con muestras de infinita alegria le llevaron á una gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en un apacible y deleytoso prado estaban puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domésticos, quales selváticos. La bárbara que habia servido de intérprete de la compra y venta, no se le quitaba del lado, y con palabras y en lenguage que él no entendia le consolaba: ordenó luego el Gobernador, que pasasen á la ínsula de la prision, y traxesen de ella algun varon, si le hubiese, para hacer la prueba de su engañosa esperanza: fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias y lisas de animales, para que de manteles sirviesen, sobre

las quales arrojaron y tendieron sin concierto ni policía alguna diversos géneros de frutas secas, y sentándose él y algunos de los principales bárbaros que allí estaban, comenzó á comer, y á convidar por señas á Periandro, que lo mismo hiciese. Solo se quedó en pie Bradamiro, arrimado á su arco, clavados los ojos en la que pensaba ser muger: rogóle el Gobernador se sentase, pero no quiso obedecerle, antes dando un gran suspiro, volvió las espaldas, y se salió de la tienda. En esto llegó un bárbaro que dixo al Capitan, que al tiempo que habian llegado él y otros quatro, para pasar á la prision, llegó á la marina una balsa, la qual traia un varon y á la muger, guardiana de la mazmorra, cuyas nuevas pusieron fin á la comida, y levantándose el Capitan con todos los que allí estaban, acudió á ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que él fué muy contento. Quando llegaron, ya estaban

en tierra el prisionero y la custodia : miró atentamente Periandro, por ver , si por ventura conocia al desdichado , á quien su corta suerte habia puesto en el mismo estremo en que él se habia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno , á causa que tenia inclinada la cabeza , y como de industria parecia que no dexaba verse de nadie; pero no dexó de conocer á la muger, que decian ser guardiana de la prision , cuya vista y conocimiento le suspendió el alma , y le alborotó los sentidos: porque claramente , y sin poner duda en ello , conoció ser Cloelia , ama de su querida Auristela : quisiérala hablar , pero no se atrevió , por no entender si acertaria ó no en ello : y así reprimiendo su deseo como sus labios , estuvo esperando en lo que pararia semejante acontecimiento.

El Gobernador , con deseo de apresurar sus pruebas , y dar felice compañía á Periandro , mandó, que al momento se sacrificase aquel

mancebo, de cuyo corazon se hiciesen los polvos de la ridícula y engañosa prueba: asieron al momento del mancebo muchos bárbaros, sin mas ceremonias que atarle un lienzo por los ojos, le hicieron hincar de rodillas, atándole por atras las manos, el qual sin hablar palabra, como un manso cordero, esperaba el golpe que le habia de quitar la vida. Visto lo qual por la antigua Cloelia, alzó la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaba, comenzó á decir: Mira, ó gran Gobernador, lo que haces, porque ese varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar, ni servir en cosa alguna á tu intencion, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosísima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tasa á la providencia de los cielos que te la pueden guardar y conservar, para que felizmente la goces. A estas razones los crue-

les bárbaros detuvieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaba en la garganta del arrodillado. Mandó el Capitan desatarle, y dar libertad á las manos, y luz á los ojos, y mirándole con atencion, le pareció ver el mas hermoso rostro de muger, que hubiese visto, y juzgó aunque bárbaro, que si no era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualarsele. ¿Qué lengua podrá decir, ó qué pluma escribir lo que sintió Periandro, quando conoció ser Auristela la condenada y la libre? Quitósele la vista de los ojos, cubriósele el corazon, y con pasos torcidos y floxos fue á abrazarse con Auristela, á quien dixo, teniéndola estrechamente entre sus brazos: ¡O querida mitad de mi alma, ó firme columna de mis esperanzas, ó prenda, que no sé si diga por mi bien, ó por mi mal, hallada, aunque no será sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno! Ves aquí á tu hermano Periandro:

y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oida, y prosiguió diciendo: Vive, señora y hermana mia, que en esta isla no hay muerte para las mugeres, y no quieras tú para contigo ser mas cruel que sus moradores: confia en los cielos que pues te han librado hasta aqui de los infinitos peligros en que te debes de haber visto, te librarán de los que se pueden temer de aqui adelante. Ay, hermano, respondió Auristela, (que era la misma que por varon pensaba ser sacrificada) ay hermano, replicó otra vez, y como creo, que éste en que nos hallamos, ha de ser el último trance que de nuestras desventuras puede temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar, y en semejante trage.

Lloraban entrambos, cuyas lágrimas vió el bárbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel, que pensó ser su conocido, parien-

re, ó amigo, determinó de libertarle, aunque se pusiese á romper por todo inconveniente, y así llegándose á los dos, asió de la una mano á Auristela, y de la otra á Periandro, y con semblante amenazador y ademan soberbio en alta voz dixo: ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar á estos dos, aun en un solo cabello: esta doncella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas hubo dicho esto, quando el bárbaro Gobernador indignado, é impaciente sobre manera puso una grande y aguda flecha en el arco, y desviándole de sí quanto pudo estenderse el brazo izquierdo, puso la empulguera con el derecho junto al diestro oido, y disparó la flecha con tan buen tino y con tanta furia, que en un instante llegó á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua, y sacándole el alma, con que dexó

admirados, atónitos y suspensos á quantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido, como certero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento: porque un hijo de Corsicurbo, el bárbaro, que se ahogó en el pasage de Periandro, pareciéndole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al Capitan, y alzando el brazo le envayнó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de acero forjado fuera: cerró el Capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos; puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos, ni los puñales,

arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, antes como si de muchos tiempos atras fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes, estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella interprete, Periandro, y Auristela, todos apiñados, y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad de esta furia llevados en vuelo algunos bárbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva, que estaba allí cerca, como á hacienda del Gobernador: comenzaron á arder los árboles, y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos y

abrasados; llegabase la noche, que aunque fuera clara se escureciera, quanto mas siendo oscura, y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza, ponianle sí en los de los miserables apiñados, que no sabian qué hacerse, adonde irse, ó como valerse: y en esta sazon tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan estraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, oscura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, quando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que de él fue bien entendida, le dixo: sigueme, hermosa doncella, y dí que hagan lo mismo las personas que contigo estan, que yo os pon-

dré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen, y le siguiesen, y así pisando muertos, y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento, que el paso les aligerase: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela no permitian, que al paso de su guia tendiesen el suyo. Viendo lo qual el bárbaro robusto y de fuerzas, asió de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia: de esta manera cayendo y levantando, como decir se suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella, hácia la banda del Norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba, y salia: po-

cos pasos anduvieron por ella, torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una, y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció, que podian libremente enderezarse, que así se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la oscuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entonces con mas rigor ardian, allí llegar no podian. Bendito sea Dios, dixo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traido á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron, que hácia ellos venia corriendo una gran luz, bien así como cometa, ó por mejor decir, exâlacion que por el ayre camina: esperáranla con temor, si el barbaro no dixera: este es mi padre, que viene á recibirme. Periandro, que aunque

no muy despiertamente sabia hablar la lengua castellana, le dixo: el cielo te pague, ó angel humano, ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traia uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fue á su hijo, á quien pregunto en castellano: que qué le habia sucedido que con tal compañia volvia: padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza, ó medio abrasados, estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas, y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor,

como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y exercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huespedes. Guió el padre, siguieronle todos, animóse Cloelia, pues caminó á pie, no quiso dexar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, quando llegaron á una altisima peña, al pie de la qual descubrieron un anchisimo espacio ó cueva, á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas: salieron con teas encendidas en las manos dos mugeres vestidas al trage bárbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta, ésta hermosa, pero la muchacha hermosisima; la una dixo: hay padre, y hermano mio: y la otra no dixo mas, sino: seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intér-

prete estaba admirada de oir hablar en aquella parte, y á mugeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba, y quando les iba á preguntar, qué misterio tenia saber ellas aquel lenguage, lo estorvó, mandar el padre á su esposa, y á su hija, que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron arrimando á las paredes las teas: en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva, que mas adentro se hacía, pieles de cabras y ovejas, y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio, que comenzaba á fatigarles.

CAPÍTULO V.

DE LA CUENTA QUE DIÓ DE SÍ EL BÁRBARO ESPAÑOL Á SUS NUEVOS HUESPEDES.

Presta y breve fue la cena, pero

por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa : renovaron las teas , y aunque quedó ahumado el aposento , quedó caliente : las baxillas que en la cena sirvieron , ni fueron de plata ni de pisa : las manos de la bárbara y bárbaro pequeños , fueron los platos , y unas cortezas de árboles un poco mas agradables que de corcho fueron los vasos. Quedóse Candia lejos , y sirvió en su lugar agua pura , limpia y frigidisima ; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño , que de otra qualquiera conversacion , por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento , haciéndole de pieles así colchones , como frazadas : volvió á sentarse con los demas , á quien el Español dixo en lengua castellana de esta manera : puesto que estaba en razon , que yo supiera primero , señores mios , algo de vuestra hacienda y sucesos , antes que os dixera los mios , quie-

ro por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran, despues que los mios hubieredes oido.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias de ella: echaronme al mundo padres medianamente nobles, criaronme como ricos, llegué á las puertas de la gramática, que son aquellas por donde se entra á las demas ciencias; inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas; no tuve amistad en mis verdes años, ni con Ceres, ni con Baco, y así en mí siempre estuvo Venus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dexé mi patria, y fuime á la guerra, que entonces la Magestad del Cesar Cárlos V. hacía en Alemania contra algunos Potentados de ella; fueme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal, y bien

criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Christiano; volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres, que aun vivian, y de los amigos que me esperaban; pero ésta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mi sosiego, volviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbte, adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo, á un caballero, hijo segundo de un Titulado, que junto á mi lugar el de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda ó corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí con ademan arrogante y risueño, me dixo: bravo estais, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la plática de Flandes y de Italia,

porque en verdad que está bizarro, y sepa el buen Antonio que yo le quiero mucho. Yo le respondí: (porque yo soy aquel Antonio) beso á vuesa señoria las manos mil veces por la merced que me hace; en fin vuesa señoria hace como quien es, en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso quiero, que vuesa señoria entienda, que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flandes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre, ansi que por esto ni merezco ser alabado, ni vituperado, y con todo bueno ó malo que yo sea, soy muy servidor de vuesa señoria, á quien suplico me honre, como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dixo, y no tan baxo que no lo pudo oir el Caballero: mirad, amigo Antonio, como hablais, que al señor don fulano no le llamamos acá señoria: á lo que respondió el Caballero antes que yo respondiese: el

buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoria. Bien sé, dixe yo, los usos, y las ceremonias de qualquiera buena crianza, y el llamar á vuesa señoria, Señoria, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos ha de ser señoria, á modo de España: y yo, por ser hijo de mis obras, y de padres hidalgos, merezco el mereced de qualquier señoria, y quien otra cosa dixere (y esto echando mano á mi espada) está muy lejos de ser bien criado, y diciendo y habiendo, le dí dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera, que no supo lo que le habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria; mas yo no

le dexé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza, de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes: pusieron mano contra mí: retiréme á casa de mis padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros, y de un buen caballo, aconsejándonie á que me pusiese en cobro, porque me habia grangeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hícelo ansi, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al Emperador: allí me avisaron, que mi enemigo me buscaba con otros muchos, para matarme, del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon, que lo temiese, volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo: ví á mis padres de

noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa, y me embarqué en una nave que estaba con las velas en alto para partirse á Inglaterra, en la qual iban algunos caballeros Ingleses, que habian venido, llevados de su curiosidad, á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo menos las mejores ciudades de ella, se volvian á su pátria.

Sucedió pues, que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero Inglés, á quien fue forzoso darle un bofeton: llamó este golpe la cólera de los demas marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojadizos, que les vinieron á las manos: retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros Ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros sosegaron la turba, pero fue con

condicion, que me arrojasen á la mar, ó que me diesen el esquife, ó barquilla de la nave, en que me volviese á España, ó adonde el cielo me llevase. Hízose así, diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca, y alguna cantidad de vizcocho, agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en la barca con solos dos remos, alargóse la nave, vino la noche oscura, hallémeme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino, que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas, ni contra el viento: alcé los ojos al cielo, encomendéme á Dios con la mayor devocion que pude, miré al Norte, por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el parage en que estaba. Seis dias, y seis noches anduve de esta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos, que en la fuerza de mis brazos, los quales ya cansados, y sin vigor alguno del

continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme de ellos, quando el mar lo consintiese, ó las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo á lar-go de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi co-razon no quedó santo en el cielo á quien no llamase en mi ayuda, y en mitad de este aprieto, y en medio de esta necesidad (cosa du-ra de creer) me sobrevino un sue-ño tan pesado, que borrándome de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuer-zas de lo que pide, y ha menester nuestra naturaleza); pero allá en el sueño me representaba la imagina-cion mil géneros de muertes espan-tosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos, y despedazaban fieras, de modo que dormido, y despierto era una muerte dilatada mi vida.

De este no apacible sueño me

despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la llenó de agua: reconocí el peligro, volví, como mejor pude al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon, ví que el mar se ensoberbecia, azotado y herido de un viento abrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderio, vi que era simpleza oponer mi debil barca á su furia, y con mis flacas y desmayas fuerzas á su rigor: y asi torné á recoger los remos, y á dexar correr la barca por donde las olas, y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecian: finalmente no sé á cabo de quantos dias y noches, que andube vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me

vine á hallar junto á una isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrian: lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales que habia visto: comí del vizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada; llegó la noche menos oscura que habia sido la pasada, pareció que el mar se sosegaba, y prometia mas quietud el venidero dia, miré al cielo, ví las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el ayre.

Estando en esto me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servia de puerto, se coronaba de los mismos lobos, que en la marina habia visto, y que uno de ellos, (como es la verdad) me dixo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, sino quieres en esta morir hecho pedazos

por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quien es el que esto te dice, sino dá gracias al cielo de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedé espantado, ó nó, á vuestra consideracion lo dexo; pero no fue bastante la turbacion mia, para dexar de poner en obra el consejo que se me habia dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos, y salí al mar descubierto: mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir, quantos fueron los dias que andube por aquellos mares, tragando, no una sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebatada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al través con ella, en la misma parte y lugar á donde está la boca de la cueva, por donde aquí entrastes. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo

qual me arrojé de ella, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese; y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte, y quedarme en tierra, que como se dilate la vida, no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro Español, que este título le daba su trage, quando en la estancia mas adentro, donde habian dexado á Cloelia, se oyeron tiernos gemidos y sollozos, acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demas, á ver qué sería, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles tenia los ojos clavados en el cielo, y casi quebrados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas, le dixo: ¿qué es esto, ama mia? ¿cómo, y es posible que me quereis dexar en esta soledad, y á tiempo que

mas he menester valerme de vuestros consejos? Volvió en sí algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dixo: ves haí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo, yo quisiera que mi vida durára hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero sino lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que quando la buena suerte quesiere, (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aun fueren vivos, ó alguno de mis parientes, les digas, como yo muero Christiana en la Fe de Jesu-Christo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia Católica Romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo; hicieronse fuentes los

de Periandro, y rios los de todos los circunstantes: acudió Periandro á socorrer á Auristela, la qual vuelta en sí acrecentó las lágrimas, y comenzó suspiros nuevos, y dixo razones que movieran á lástima á las piedras: ordenóse que otro dia la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demas se fueron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

CAPÍTULO VI.

DONDE EL BÁRBARO ESPAÑOL PROSIGUE SU HISTORIA.

Tardó aquel dia en mostrarse al mundo, al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pabesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedia que los rayos del sol por aquella parte no pasasen á la tierra; mandó el bárbaro Español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces so-

lia, y se informase de lo que en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia, no consintió que Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el qual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que boxaba poco mas de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecian frutos, si bien asperos comestibles á lo menos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salian, las tenian en perpetua verdura, todo lo qual le admiraba y suspendia, y llegó en esto el bárbaro Español, y dixo: venid, señores, y daremos sepultura á la difunta, y fin á mi comenzada historia: hiciéronlo así,

y enterraron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo habia sido christiano. El Español respondió, que él traeria una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura: diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvia, se volvieron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido, por defenderse del frio, que con rigor amenazaba, y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma.

Quando me dexó la barca en que venia en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dixe, que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de

cobrarla; entré aquí dentro, vi este sitio, y parecióme, que la naturaleza le habia hecho y formado para ser teatro, donde se representase la tragedia de mis desgracias; admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodee todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada: finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví á la entrada, que aquí me habia conducido, por ver si oía voz humana, ó descubria quien me dixese en qué parte estaba: y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando: pasmóse viéndome, pegarónsele los pies en la arena, solto las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco, y

cogiéndola entre mis brazos, sin decirla palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cueva adelante, y la traxe á este mismo lugar donde agora estamos: púsela en el suelo, beséle las manos, halagüéle el rostro con las mias, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de quando en quando, ya perdido el miedo, se reía, y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia, me rogaba que comiese: yo lo hice ansi, porque lo habia bien menester: ella me asió por la mano, y me llevó á aquel arroyo, que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me artaba de mirar-

la, pareciéndome antes Angel del cielo, que bárbara de la tierra: volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella entendia, le supliqué, como si ella no las entendiera, que volviese á verme: con esto la abrace de nuevo, y ella simple y piadosa me besó en la frente y me hizo claras y ciertas señas de que volveria á verme: hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres; dí gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio: pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el dia, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á recelar, que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacóme de este temor el verla volver algo entrado el dia, bella co-

mo el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el Español gallardo, quando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el qual dixo, que casi toda estaba abrasada, y todos, ó los mas de los bárbaros muertos unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado al mar por huir en el agua el fuego de la tierra, que bien podian salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase, qué remedio se tomaria para escapar de aquella tierra maldita, que por allí cerca habia otras islas de gente menos bárbara habitadas, que quizá mudando de lugar, mudarian de ventura. Sosiegate, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me falta mu-

cho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dixo la bárbara grande, en referirlos tan por estenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déxame á mí, que cuente lo que queda, á lo menos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el Español, porque me le dará muy grande el ver como las relatas.

Es, pues, el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante, para que de mí, y de mi esposo naciesen esta muchacha y este niño: llamo esposo á este señor, porque antes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice, que se usa entre verdaderos christianos: hame enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella ansi mismo me enseñó la ley católica christiana: dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaró-

me su fé, como él la sabe, la qual yo asenté en mi alma, y en mi corazon, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres Dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero: finalmente creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo, y gobernada por el Sumo Pontífice, Vicario y Visorey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de S. Pedro, su primer pastor despues de Jesu-Christo, primero y universal pastor de su Esposa la Iglesia. Dixóme grandezas de la siempre Virgen María Reyna de los cielos, y Señora de los Angeles, y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de

los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan, para que entendais que soy católica christiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta y christiana: entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y de este entrego resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traxe alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia, que ha de ser tan dichoso, que nos saque de esta prision, y nos lleve á donde con libertad y certeza y sin escrupulo seamos unos de los del rebaño de Christo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho, me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio, que así se llamaba el Es-

pañol bárbaro, el qual dixo: dices verdad, Ricla mia, que este era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre é hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dixo á esta sazon, no ser bien estarse allí ociosos, sin dar traza y órden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujáse las altas sierras, ó traidas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dixo Ricla, que aguardemos dos dias, porque de una isla que está tan cerca de ésta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, de ella vienen á ésta sus

moradores á vender, y á trocar lo que tienen, con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche, ó que me impida, pues ni oyen, ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó varones para la vana supersticion, que habreis oido decir que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo á enten-

der, que estas tales barbas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿no ha usado el señor Antonio de este remedio en tantos años como ha que está aquí encerrado? No, respondió Ricla, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar escusa que dar para la compra. Así es, dixo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los baxeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estará atenta á ver quando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio compará una barca con todo el necesario matalotage, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolucion todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver

el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes, de quien la colera, sinrazon y enojo suelen ser inventores: vieron así mismo, que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiéndose á sus balsas, desde lejos estaban mirando el riguroso incendio de su pátria, y algunos se habian pasado á la isla, que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela, que pasáran á la isla, á ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fue menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo trage dió á entender, ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besáron la tierra, y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro, que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenian que temer á los bárbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consola-

dos en la mejor manera que les fue posible; algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Ricla se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso, que los sacáse, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dixo, que el bárbaro, que los habia libertado (en lengua Italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa, que hallá quedaba, á tenerles compañía, y á dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan estraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lagrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis bar-

cas, de aquellas de quien Ricla habia dado noticia: hicieron escala, pero no sacáron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas: no quisieron venderle sino las quatro, porque les quedasen dos para volverse: hízose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas quanto. Fue Ricla á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con quatro personas de las recien libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre, y Antonio el hijo con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Ricla, y de Antonio: quiso Auristela ir á despedirse de los hue-

sos de su querida Cleolia, acompañáronla todos, lloró sobre la sepultura, y entre lagrimas de tristeza, y entre muestras de alegria volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincádose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y devota oracion, les diese feliz viage, y los enseñáse el camino que tomarian. Sirvió la barca de Periandro de Capitana, á quien siguieron los demas, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo, que á grandes voces en lengua Toscana dixo: si por ventura sois Christianos, los que vais en esas barcas, recoged á éste que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplíca. Uno de las otras barcas dixo: este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra, si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y estoto encaminando su plática á los de la barca primera) bien será que le

pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis recogiéndole en nuestra compañía. Oyendo lo qual Periandro, le mandó llegase su barca á tierra y le recogiese, en la que llevaba los bastimentos: hecho esto alzáron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos, dieron alegre principio á su viage.

CAPÍTULO VIII.

Quatro millas poco mas ó menos habrian navegado las quatro barcas, quando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas, y viento en popa, parecia que venia á embestirles. Periandro dixo, habiéndola visto: sin duda este navio debe ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuvieralo yo por muy bueno agora, no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela, todo lo que con Arnaldo le habia pasado, y lo que entre los dos dexaron concer-

tado. Turbóse Ausristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido: no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo, y de Periandro, todavia el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaba; ¡y mas que ¿quién le quitaria á Periandro no estar zeloso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure al enamorado pecho, quando por su desventura entran en él zelosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas, en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dexó la nave derribar las velas de alto abaxo, y en otro instante, casi invisible, las izaron

y levantaron hasta las gavias, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándole de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demas que en las barcas iban, quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fue posible, ni pudieron hacer otra cosa, que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaban cerca, distando de alli mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto oscuro, picaba el viento largo y en popa, que fue mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media noche seria, segun el tanteo que el bárbaro Antonio

hizo del Norte y de las guardas, quando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las varon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pero no hallaron ninguno: ordenó Periandro, que todas las mugeres se entrasen en la barca Capitana, y apiñándose en ella, con la compañia y estrecheza templasen el frio: hízose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el dia para descubrir, en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entónces, si era, ó no despoblada la isla: y como es cosa natural, que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos; lo qual visto por el bárbaro Antonio, dixo al bárba-

ro Italiano: que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles, contándoles los sucesos de su vida, porque no podian dexar de ser peregrinos y raros, pues en tal trage, y en tal lugar le habian puesto. Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro Italiano, aunque temo, que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dixo Periandro: en las que á nosotros nos han sucedido, nos hemos ensayado y dispuesto, á creer quantas nos contaren, puesto que tenga mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro, al borde de esta barca, donde estan estas señoras, quiza alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva, que es alivio al que cuenta sus desventuras, ver

ó oir que hay quien se duela de ellas. A lo menos por mí, respondió Ricla, de dentro de la barca y á pesar del sueño tengo lagrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas: casi lo mismo dixo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oido estuvieron escuchando, lo que el que parecia bárbaro decia, el qual comenzó su historia de esta manera.

CAPÍTULO VIII.

DONDE RUTILIO DÁ CUENTA DE SU VIDA.

Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia, mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Habia en Sena un Caballero rico, á quien el cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la qual trató de casar

su padre con un Caballero Florentin, y por entregarsela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar; que la gentileza, gallardía, y disposicion del cuerpo en los bayles honestos mas que en otros pasos se señalan, y á las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo, pero movila los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia, y la suerte, que de corriente larga traía encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozasemos, yo la sacáse de en casa de su padre, y la lleváse á Roma; pero como el amor no dá baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia,

que fue decir, que yo llevaba á mi esposa, y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agravar mi culpa, tanto, que obligó al juez, movió y convenció á sentenciarme á muerte.

Apartáronme en la prision con los ya condenados á ella por otros delitos no tan honrados como el mio. Visitóme en el calabozo una muger, que decian estaba presa por *fatucherie*, que en castellano se llaman *hechiceras*, que la Alcaidesa de la cárcel habia hecho soltar de las prisiones, y llevadola á su aposento, á título de que con yerbas, y palabras habia de curar á una hija suya, de una enfermedad que los médicos no acertaban á curarla. Finalmente, por abreviar mi historia, pues no hay razonamiento, que aunque sea bueno, siendo largo lo parezca, viendome yo atado, y con el cordel á la garganta, sentenciado al suplicio, sin órden, ni esperanza de remedio, dí el sí, á lo que la he-

chicera me pidió, de ser su marido, si me sacaba de aquel trabajo. Díxome, que no tuviese pena, que aquella misma noche del dia que sucedió esta plática, ella rompería las cadenas y los cepos, y á pesar de otro qualquiera impedimento, me pondria en libertad y en parte donde no me pudiesen ofender mis enemigos, aunque fuesen muchos y poderosos. Túvela, no por hechicera, sino por ángel, que enviaba el cielo para mi remedio; esperé la noche, y en la mitad de su silencio llegó á mí, y me dixo, que asiese de la punta de una caña, que me puso en la mano, diciéndome la siguiese: turbéme algun tanto; pero como el interés era tan grande, moví los pies para seguirla, y hallélos sin grillos y sin cadenas, y las puertas de toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros y guardas en profundísimo sueño sepultados. En saliendo á la calle tendió en el suelo mi guiadora un

manto, y mandóme que pusiese los pies en él, me dixo que tuviese buen ánimo, que por entónces dexáse mis devociones: luego ví mala señal, luego conocí que queria llevarme por los ayres, y aunque como Christiano bien enseñado, tenia por burla todas estas hechicerias (como es razon que se tengan), todavia el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dexó atropellar por todo, y en fin, puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas ni menos murmurando unas razones, que yo no pude entender, y el manto comenzó á levantarse en el ayre, y yo comenzé á temer poderosamente, y en mi corazon no tuvo santo la Letania, á quien no llamase en mi ayuda. Ella debió de conocer mi miedo, y presentir mis rogativas, y volvióme á mandar que las dexase. Desdichado de mí, dixe, ¿qué bien puedo esperar, si se me niega el pedirle á Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerré los ojos

y dexéme llevar de los diablos que no son otras las postas de las hechiceras, y al parecer quatro horas ó poco mas habia volado, quando me hallé al crepúsculo del dia en una tierra no conocida.

Tocó el manto el suelo, y mi guiadora me dixo: En parte estás, amigo Rutilio, que todo el género humano no podrá ofenderte, y diciendo esto, comenzó á abrazarme no muy honestamente: apartéla de mí con los brazos, y como mejor pude, divisé que la que me abrazaba era una figura de lobo, cuya vision me heló el alma, me turbó los sentidos, y dió con mi mucho ánimo al traves; pero como suele acontecer, que en los grandes peligros la poca esperanza de vencerlos, saca del ánimo desesperadas fuerzas, las pocas mias me pusieron en la mano un cuchilo, que acaso en el seno traia, y con furia y rabia se le hinqué por el pecho, á la que pensé ser loba, la qual cayendo en el suelo perdió aquella fea figura,

y hallé muerta , y corriendo sangre , á la desventurada encantadora.

Considerad, señores , qual quedaria yo en tierra no conocida , y sin persona que me guiase. Estuve esperando el dia muchas horas, pero nunca acababa de llegar , ni por los Orizontes se descubria señal de que el sol viniese : apartéme de aquel cadáver , porque me causaba horror y espanto el tenerle cerca de mí ; volvia muy á menudo los ojos al cielo , contemplaba el movimiento de las estrellas , y pareciáme , segun el curso que habiau hecho , que ya habia de ser de dia. Estando en esta confusion , oí que venia hablando por junto de donde estaba alguna gente , y asi fue verdad, y saliéndoles al encuentro, les pregunté en mi lengua Toscana , que me dixesen, que tierra era aquella : y uno de ellos asimismo en Italiano me respondió: Esta tierra es Noruega : pero ¿quién eres tú que lo preguntas , y en lengua

que en estas partes hay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondí, un miserable que por huir de la muerte, he venido á caer en sus manos, y en breves razones le dí cuenta de mi viage, y aun de la muerte de la hechicera; mostró condolérse el que me hablaba, y díxome: Puedes, buen hombre, dar infinitas gracias al cielo, por haberte librado del poder de estas maléficas hechiceras, de las quales hay mucha abundancia en estas Septentrionales partes. Cuéntanse de ellas que se convierten en lobos, asi machos como hembras, porque de entrambos géneros hay maléficos, y encantadores. Cómo esto pueda sér yo lo ignoro, y como Christiano que soy Católico no lo creo, pero la experiencia me muestra lo contrario; lo que puedo alcanzar es que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permision de Dios y castigo de los abominables pecados de este maldito género de gente. Preguntéle, que

hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaba, y el dia nunca venia. Respondióme que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos: tres meses habia de noche oscura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses habia de crepúsculo del dia, sin que bien fuese noche, ni bien fuese dia: otros tres meses habia de dia claro continuado, sin que el sol se escondiese, y otros tres de crepúsculo de la noche, y que la sazon en que estaban, era la del crepúsculo del dia: asi que esperar la claridad del sol por entonces era esperanza vana, y que tambien lo seria, esperar yo volver á mi tierra tan presto, si no fuese quando llegase la sazon del dia grande, en la qual parten navios de estas partes á Inglaterra, Francia y España con algunas mercancias. Preguntóme, si tenia algun oficio en qué ganar de comer, mientras llegaba tiempo de volverme á mi tierra.

Díxele que era baylarin, y grande hombre de hacer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilísimamente. Riόse de gana el hombre, y me dixo, que aquellos exercicios ú oficios (ó como llamarlos quisiese) no corrian en Noruega ni en todas aquellas partes. Preguntóme si sabria oficio de orifice. Díxele, que tenia habilidad para aprender lo que me enseñase: pues veníos, hermano conmigo, aunque primero será bien que demos sepultura á esta miserable. Hicímoslo así, y llevome á una ciudad, donde toda la gente andaba por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaba. Preguntéle en el camino, ¿que cómo ó quando habia venido á aquella tierra, y que si era verdaderamente Italiano? Respondió que uno de sus pasados abuelos se habia casado en ella viniendo de Italia á negocios que le importaban, y á los hijos que tuvo, les enseñó su lengua, y de uno en

otro se estendió por todo su linage, hasta llegar á él que era uno de sus quartos nietos, y asi como vecino y morador tan antiguo, llevado de la aficion de mis hijos y muger, me he quedado hecho carne y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia, ni de los parientes que allá dixeron mis padres que tenian. Contar yo ahora la casa donde entré, la muger é hijos que hallé y criados (que tenia muchos), el gran caudal, el recibimiento y agasajo que me hicieron, seria proceder en infinito: basta decir en suma que yo aprendí su oficio, y en pocos meses ganaba de comer por mi trabajo.

En este tiempo se llegó el de llegar el dia grande, y mi amo y maestro (que así le puedo llamar) ordenó de llevar gran cantidad de su mercancia á otras islas por allí cercanas, y á otras bien apartadas: fuíme con él, así por curiosidad como por vender algo que ya tenia de caudal, en el qual via-

ge ví cosas dignas de admiracion y espanto, y otras de risa y contento : noté costumbres, advertí en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente usadas : en fin, acabo de dos meses corrimos una borrasca que nos duró cerca de quarenta dias, al cabo de los quales dimos en esta isla, de donde hoy salimos, entre unas peñas, donde nuestro baxel se hizo pedazos, y ninguno de los que en él venian, quedó vivo sino yo.

CAPÍTULO IX.

DONDE RUTILIO PROSIGUE LA HISTORIA DE SU VIDA.

Lo primero que se me ofreció á la vista, antes que viese otra cosa alguna, fue un bárbaro pendiente y ahorcado de un arbol, por donde conocí, que estaba en tierra de bárbaros salvages, y luego el miedo me puso delante mil géneros de muertes, y no sabiendo que hacer-

me , alguna ó todas juntas las temia , y las esperaba : en fin como la necesidad , segun se dice , es maestra de sutilizar el ingenio , dí en un pensamiento harto extraordinario , y fue , que descolgué al bárbaro del arbol , y habiéndome desnudado de todos mis vestidos que enterré en la arena , me vestí de los suyos que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura , que ser de pieles de animales , no cosidos , ni cortados á medida, sino ceñidos por el cuerpo , como lo habeis visto; para disimular la lengua y que por ella no fuese conocido por estrangero , me fingí mudo y sordo , y con esta industria me entré por la isla adentro , saltando y haciendo cabriolas en el ayre.

A poco trecho descubrí una gran cantidad de bárbaros, los quales me rodearon , y en su lengua unos y otros con gran priesa me preguntaron (á lo que despues acá he entendido) ¿quién era , cómo me llamaba , adonde venia , y adonde iba?

Respondíles con callar, y hacer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reiteraba los saltos, y menudeaba las cabriolas. Salíme de entre ellos, siguieronme los muchachos que no me dexaban adonde quiera que iba: con esta industria pasé por bárbaro y por mudo, y los muchachos por verme saltar, y hacer gestos me daban de comer de lo que tenian: de esta manera he pasado tres años entre ellos, y aun pasára todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion y curiosidad noté su lengua, y aprendí mucha parte de ella, supe la profecía que de la duracion de su Reyno tenia profetizada un antiguo y sabio bárbaro, á quien ellos daban gran crédito: he visto sacrificar algunos varones, para hacer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas doncellas para el mismo efecto, hasta que sucedió el incendio de la isla, que vosotros, señores, habeis visto; guardéme de las lla-

mas, fuí á dar aviso á los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda habreis estado: ví estas barcas, acudí á la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogísteisme en ellas por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacó de tanta miseria á todos, nos ha de dar en este que pretendemos, felicísimo viage.

Aquí dió fin Rutilio á su plática, con que dexó admirados y contentos á los oyentes; llegóse el dia áspero, turbio, y con señales de nieve muy ciertas. Dióle Auristela á Periandro, lo que Cloelia le habia dado la noche que murió, que fueron dos pelotas de cera, que la una, como se vió, cubria una cruz de diamantes tan rica, que no acertaron á estimarla, por no agraviar su valor: y la otra dos perlas redondas asimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento de que Au-

ristela y Periandro eran gente principal, puesto que mejor declaraba esta verdad su gentil disposicion y agradable trato. El bárbaro Antonio viniendo el dia, se entró un poco por la isla, pero no descubrió otra cosa que montañas y sierras de nieve, y volviendo á las barcas, dixo, que la isla era despoblada, y que convenia partirse de allí luego á buscar otra parte donde recogerse del frio que amenazaba, y proveerse de los mantenimientos, que presto les harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcáronse todos, y pusieron las proas en otra isla, que no lejos de allí se descubria: En esto yendo navegando, con el espacio que podian prometer dos remos, que no llevaba mas cada barca, oyeron que de la una de las otras dos salia una voz blanda, suave, de manera que les hizo estar atentos á escuchalla. Notaron, especialmente el bárbaro Antonio, el padre, que notó que lo que se

ayerische bliothek

cantaba era en lengua Portuguesa, que él sabia muy bien. Calló la voz y de allí á poco volvió á cantar en Castellano y no á otro tono de instrumentos que al de remos, que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notó que lo que cantaron fue esto:

Mar sesgo, viento largo, estrella
clara,
camino, aunque no usado, alegre
y cierto,
al hermoso, al seguro, al capaz
puerto
llevan la nave vuestra única y rara.

En Scilas, ni en Caribdis no re-
para,
ni en peligro que el mar tenga en-
cubierto,
siguiendo su derrota al descubierto,
que limpia honestidad su curso pára.

Con todo, si os faltare la esperanza
del llegar á este puerto, no por eso
gireis las velas, que será simpleza.

Que es enemigo amor de la mudanza,
y nunca tuvo próspero suceso,
el que no se quilata en la firmeza.

La bárbara Ricla dixo, en callando la voz: despacio debe de estar y ocioso el cantor, que en semejante tiempo da su voz á los vientos; pero no lo juzgaron así Periandro y Auristela, porque le tuvieron por mas enamorado que ocioso al que cantado habia: que los enamorados facilmente reconcilian los ánimos, y traban amistad con los que conocen que padecen su misma enfermedad, y así con licencia de los demas que en su barca venian, aunque no fuera menester pedirla, hizo que el cantor se pasase á su barca, así por gozar de cerca de su voz, como saber de sus sucesos, porque persona que en tales tiempos cantaba, ó sentia mucho, ó no tenia sentimiento alguno. Juntaronse las barcas, pasó el músico á la de Pe-

riandro, y todos los de ella le hicieron agradable recogida: en entrando el músico, en medio Portugues y en medio Castellano dixo: al cielo y á vosotros, señores, y á mi voz agradezco esta mudanza y esta mejora de navio: aunque creo que con mucha brevedad le dexaré libre de la carga de mi cuerpo, porque las penas que siento en el alma, me van dando señales de que tengo la vida en sus últimos términos. Mejor lo hará el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy vivo, no habrá trabajos que puedan matar á alguno. No seria esperanza aquella, dixo á esta sazon Auristela, á que pudiesen contrastar y derribar infortunios, pues así como la luz resplandece mas en las tinieblas, así la esperanza ha de estar mas firme en los trabajos; que el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no hay mayor pusilanimidad ni baxeza que entregarse el trabajado (por mas que lo sea)

á la desesperacion. El alma ha de estar, dixo Periandro, el un pie en los labios, y el otro en los dientes, si es que hablo con propiedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porque seria agraviar á Dios, que no puede ser agraviado, poniendo tasa y coto á sus infinitas misericordias. Todo es así, respondió el músico, y yo lo creo, á despecho y pesar de las experiencias, que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas.

No por estas pláticas dexaban de vogar, de modo que antes de anochecer con dos horas llegaron á una isla tambien despoblada, aunque no de árboles, porque tenia muchos y llenos de fruto, que aunque pasado de sazon y seco, se dexaba comer: saltaron todos en tierra, en la qual bararon las barcas, y con gran priesa se dieron á desgajar árboles, y hacer una gruesa barraca para defenderse aquella noche del frio: hicieron asimismo

fuego ludiendo dos secos palos el uno con el otro, artificio tan sabido como usado: y como todos trabajaban, en un punto se vió levantada la pobre máquina donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciéndoles aquella choza dilatado alcazar. Satisfacieron la hambre, y acomodáranse á dormir luego, si el deseo que Periandro tenia de saber el suceso del músico no lo estorbára, porque le rogó, si era posible, les hiciese sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas las que en aquellas partes le habian traido. Era cortés el cantor, y así sin hacerse de rogar dixo.

CAPÍTULO X.

DE LO QUE CONTÓ EL ENAMORADO PORTUGUES.

Con mas breves razones de las que sean posibles, daré fin á mi

cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar crédito á cierto sueño, que la pasada noche me turbó el alma.

Yo, señores, soy Portugues de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza: mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa, y mi exercicio el de soldado: junto á las casas de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linage de los Pereiras, el qual tenia sola una hija, única heredera de sus bienes que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres, la qual por el linage, por la riqueza y por la hermosura era deseada de todos los mejores del reyno de Portugal, y yo que como mas vecino de su casa, tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí, y la adoré con una esperanza mas dudosa que cierta, de que podria ser viniese á ser mi esposa, y por aho-

rar de tiempo, y por entender que con ella habian de valer poco requiebros, promesas, ni dadivas, determiné de que un pariente mio se la pidiese á sus padres para esposa mia, pues ni en el linage, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciabamos en nada. La respuesta que traxo, fue que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse, que dexase pasar dos años, que le daba la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo sin hacerme sabedor de ello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia, y en el escudo de la esperanza; pero no dexé por esto de servirla públicamente á sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes de su recato, con honestidad y licencia de sus padres admitia mis servicios, y daba á entender que si no los agradecia con otros, por lo menos no los desestimaba.

Sucedió que en este tiempo mi Rey me envió por Capitan General á una de las fuerzas que tiene en Berberia, oficio de calidad y de confianza: llegóse el dia de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma; hablé á su padre, hícele que me volviese á dar la palabra de la espera de los dos años, tuvome lástima porque era discreto, y consintió que me despidiese de su muger y de su hija Leonora, la qual en compañia de su madre salió á verme á una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardia y el silencio. Pasmeme quando ví tan cerca de mi tanta hermosura, quise hablar, y añudoseme la voz á la garganta, y pegóseme al paladar la lengua, y ni supe, ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbacion, la qual vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo y dixo: nunca

señor Manuel de Sosa, los dias de partida dan licencia á la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su favor de vuesa merced mas que alguna otra retórica: vuesa merced vaya á exercer su cargo, y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare á servirle: Leonora mi hija es obediente, y mi muger desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho, que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que desea.

Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas, de tal manera que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare: ni la hermosa Leonora, ni su madre me dixeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna: partime á Berberia, exercité mi cargo con satisfaccion de mi Rey dos años, volví á Lisboa, hallé que la fama y hermosura de

Leonora habia salido ya de los límites de la ciudad y del reyno, y estendidose por Castilla y otras partes, de las quales venian embaxadas de Príncipes y Señores que la pretendian por esposa; pero como ella tenia la voluntad tan sujeta á la de sus padres, no miraba si era ó no solicitada. En fin, viendo yo pasado el término de los dos años, volví á suplicar á su padre me la diese por esposa: hay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias! porque á las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si así fuese no las tendria yo por tales: finalmente un dia me avisaron que para un domingo venidero me entregarian á mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento: convidé á mis parientes, llamé á mis amigos, hice galas, envié presentes con todos los requisitos que

pudiesen mostrar, ser yo el que me casaba, y Leonora la que habia de ser mi esposa.

Llegóse este dia, y yo fuí acompañado de todo lo mejor de la ciudad á un Monasterio de Monjas, que se llaman de la Madre de Dios, adonde me dixeron, que mi esposa desde el dia de antes me esperaba, que habia sido su gusto, que en aquel Monasterio se celebrase su desposorio con licencia del Arzobispo de la ciudad; detuvose algun tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dixo: llegué al Monasterio, que real y pomposamente estaba adornado: salieron á recibirme casi toda la gente principal del Reyno, que allí aguardándome estaba con infinitas señoras de la ciudad de las mas principales; hundiase el Templo de música, así de voces, como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la Priora

y de otras muchas Monjas, vestida de raso blanco acuchillado con saya entera á lo Castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas, venia aforrada la saya en tela de oro verde, traia los cabellos sueltos por las espaldas tan rubios, que deslumbraban los del sol y tan luengos, que casi besaban la tierra: la cintura, collar y anillos que traia, opiniones hubo que valian un reyno; tornó á decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente compuesta y adornada, que causó envidia en las mugeres, y admiracion en los hombres: de mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el Emperador del mundo.

Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la Iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachase se habia de celebrar nuestro desposorio:

subió en él primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardia y gentileza. Pareció á todos los ojos que la miraban, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia, ó lo que dicen las antiguas fábulas, que parecia la casta Diana en los bosques, y algunos creo que hubo tan discretos, que no la acertaron á comparar sino á sí misma: subí yo al teatro pensando que subia á mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostracion de adorarla. Alzóse una voz en el Templo procedida de otras muchas que decia: vivid felices y luengos años en el mundo, ó dichosos y bellisimos amantes, coronen presto hermosisimos hijos vuestra mesa, y á largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos zelos, ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos, rindase la envidia á vuestros pies, y la buena fortuna no acierte á salir de vuestra casa. Todas

estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura: en esto la hermosa Leonora me tomó por la mano, y así en pie como estabamos alzando un poco la voz me dixo: bien sabeis, señor Manuel de Sosa, como mi padre os dió palabra que no dispondria de mi persona en dos años, que se habian de contar desde el dia que me pedistes fuese yo vuestra esposa, y tambien si mal no me acuerdo, os dixe yo, viéndome acosada de vuestra solicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me habeis hecho, mas por vuestra cortesia que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino á vos; esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habeis visto, y yo os quiero cumplir la mia como vereis, y así porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos tienen un no sé qué de trai-

cion, quando se dilatan y entretienen, quiero del que os parecerá que os he hecho sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo vivo puedo casarme con otro; yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesu-Christo, Dios y hombre verdadero: él es mi esposo, á él le di la palabra primero que á vos, á él sin engaño y de toda mi voluntad, y á vos con disimulacion y sin firmeza alguna; yo confieso que para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar, pero habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? si esto os parece traicion ó descomedido trato, dadme la pena que quisieredes, y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa ó amenaza que me aparte del Crucificado esposo mio. Calló, y al mismo punto la Priora y las otras monjas comenzaron á desnudarla y á cortar-

la la preciosa madexa de sus cabellos: yo enmudeci, y por no dar muestra de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venian á los ojos, y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano, y ella christianamente compasiva me echó los brazos al cuello: alcéme en pie, y alzando la voz de modo que todos me oyesen dixe: *Maria optimam partem elegit*, y diciendo esto me baxé del teatro, y acompañado de mis amigos me volví á mi casa, donde yendo y viniendo con la imaginacion en este estraño suceso, vine casi á perder el juicio, y ahora por la misma causa vengo á perder la vida; y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dió consigo en el suelo.

CAPÍTULO XI.

Acudió con presteza Periandro á verle, y halló que habia espirado de todo punto, dexando á todos

confusos y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño, dixo á esta sazon Auristela, se ha escusado este caballero de contarnos qué le sucedio en la pasada noche los trances por donde vino á tan desastrado término, y á la prision de los bárbaros que sin duda debian de ser casos tan desesperados como peregrinos. A lo que añadió el bárbaro Antonio: por maravilla hay desdichado solo que lo sea en sus desventuras: compañeros tienen las desgracias, y por aquí ó por allí siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser, quando acaban con la vida del que las padece: dieron luego orden de enterralle, como mejor pudieron, sirvióle de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieve y de cruz la que le hallaron en el pecho en un escapulario que era la de Christus por ser caballero de su hábito, y no fuera menester hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza, pues las habian dado bien

claras su grave presencia y razonar discreto. No faltaron lágrimas que le acompañasen, porque la compasion hizo su oficio, y las sacó de todos los ojos de los circunstantes: amaneció en esto, volvieron las barcas al agua, pareciéndoles que el mar les esperaba sosegado y blando, y entre tristes y alegres, entre temor y esperanza siguieron su camino sin llevar parte cierta adonde encaminalle.

Estan todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas ó las mas despobladas; y las que tienen gente, es rústica y medio bárbara, de poca urbanidad, y de corazones duros é insolentes, y con todo esto deseaban topar alguna que los acogiese, porque imaginaban que no podian ser tan crueles sus moradores, que no lo fuesen mas las montañas de nieve y los duros y ásperos riscos de las que atras dexaban. Diez dias mas navegaron sin tomar puerto, playa ó abrigo alguno, dexando á entrambas partes,

diestra y siniestra, islas pequeñas; que no prometian estar pobladas de gente. Puesta la mira en una gran montaña que á la vista se les ofrecia y pugnaban con todas sus fuerzas llegar á ella con la mayor brevedad que pudiesen, porque ya sus barcas hacian agua, y los bastimentos á mas andar iban faltando, en fin mas con la ayuda del cielo, como se debe creer, que con las de sus brazos, llegaron á la deseada isla, y vieron andar dos personas por la marina, á quien con grandes voces preguntó Transila, ¿qué tierra era aquella, quién la gobernaba, y si era de Christianos Católicos? Respondieronle en lengua que ella entendió que aquella isla se llamaba Golandia, y que era de Católicos, puesto que estaba despoblada por ser tan poca la gente que tenia, que no ocupaba mas de una casa, que servia de meson á la gente que llegaba á un puerto que estaba detras de un peñon que señaló con la mano; y sí vosotros

quien quiera que seais quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista que nosotros os pondremos en el puerto.

Dieron gracias á Dios los de las barcas, y siguieron por la mar á los que los guiaban por la tierra, y al volver del peñon que les habian señalado vieron un abrigo que podia llamarse puerto, y en él hasta diez ó doce baxeles, de ellos chicos, de ellos medianos, y de ellos grandes, y fue grande la alegria que de verlos recibieron, pues les daba esperanza de mudar de navios y seguridad de caminar con certeza á otras partes. Llegaron á tierra, salieron así gente de los navios, como del meson á recibirles, saltó en tierra en hombros de Periandro y de los dos bárbaros padre é hijo la hermosa Auristela, vestida con el vestido y adorno con que fue Periandro vendido á los bárbaros por Arnaldo. Salió con ella la gallarda Transila, y la bella bárbara Constanza con Ricla su

madre y todos los demas de las barcas acompañaron este esquadron gallardo. De tal manera causó admiracion, espanto y asombro la bellisima esquadra en los de la mar y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar á Auristela: mirabanla callando, y con tanto respeto, que no acertaban á mover las lenguas, por no ocuparse en otra cosa, que en mirar. La hermosa Transila como ya habia hecho experiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompió el silencio, diciéndoles: Á vuestro hospedage nos ha traido la nuestra hasta hoy, contraria fortuna: en nuestro trage y en nuestra mansedumbre echareis de ver, que antes buscamos paz que guerra, porque no hacen batalla las mugeres ni los varones afligidos: acogednos, señores, en vuestro hospedage y en vuestros navios, que las barcas que aquí nos han conducido, aquí dexan el atrevimiento y la voluntad de tornar

otra vez á entregarse á la instabilidad del mar: si aquí se cambia por oro ó por plata lo necesario que se busca, con facilidad y abundancia sereis recompensados de lo que nos dieredes, que por subidos precios que lo vendais, lo recibiremos como si fuese dado.

Uno (milagro estraño) que parecia ser de la gente de los navios, en lengua Española respondió: de corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudára la verdad que dices, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraza con la máscara de la verdad y del bien, no es posible que haya tenido lugar de acogerse á tan gran belleza como la vuestra. El patron de este hospedage es cortesísimo, y todos los de estas naves ni mas ni menos: mirad, si os da mal gusto, volveros á ellas, ó entrar en el hospedage, que en ellas y en él sereis recibidos y tratados como vuestra presencia merece. Entónces viendo el bárbaro

Antonio, ó oyendo, por mejor decir, hablar su lengua dixo: pues el cielo nos ha traido á parte que suene en mis oidos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias; vamos, señores, al hospedage, y en reposando algun tanto, daremos órden en volver á nuestro camino, con mas seguridad que la que hasta aquí hemos traído. En esto un grumete que estaba en lo alto de una gravia, dixo á voces en lengua Inglesa: un navio se descubre, que con tendidas velas, y mar y viento en popa viene la vuelta de este abrigo. Alborotáronse todos, y en el mismo lugar donde estaban, sin moverse un paso, se pusieron á esperar el baxel que tan cerca se descubria, y quando estuvo junto, vieron que las hinchadas velas las atravesaban mas cruces rojas, y conocieron que en una vandera que traia en el peñolo de la mayor gavia, venian pintadas las armas de Inglaterra; dis-

paró en llegando dos piezas de gruesa artilleria, y luego hasta obra de veinte arcabuces: de la tierra les fue hecha señal de paz con alegres voces, porque no tenian artilleria con que responderle.

CAPÍTULO XII.

DONDE SE CUENTA DE QUÉ PARTE, Y QUIEN ERAN LOS QUE VENIAN EN EL NAVIO.

Hecha como se ha dicho la salva de entrambas partes, así del navio como de la tierra, al momento echaron áncoras los de la nave, y arrojaron el esquife al agua, en el qual el primero que saltó, despues de quatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fue un anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de una ropa de terciopelo negro, que le llegaba á los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con una de las que llaman

colonias de seda, en la cabeza trahia un sombrero alto y puntiagudo así mismo al parecer de felpa. Tras él baxó al esquife un gallardo y brioso mancebo, de poco mas edad de veinte y quatro años, vestido á lo marinero de terciopelo negro, una espada dorada en las manos, y una daga en la cinta: luego como si los arrojáran echaron de la nave al esquife un hombre lleno de cadenas, y una muger con él enredada, y presa con las cadenas mismas, él de hasta quarenta años de edad, y ella de mas de cincuenta, él brioso y despechado, y ella melancólica y triste: impelieron el esquife los marineros: en un instante llegaron á tierra, adonde en sus hombros, y en los de otros soldados arcabuceros, que en el barco venian, sacaron á tierra al viejo, y al mozo, y á los dos prisioneros. Transila, que como los demas, habia estado atentísima, mirando los que en el esquife venian, volviéndose á Auristela le

dixo: por tu vida, señora, que me cubras el rostro con ese velo que traes atado al brazo, porque ó yo tengo poco conocimiento, ó son algunos de los que vienen en este barco, personas que yo conozco, y me conocen: hízolo así Auristela, y en esto llegaron los de la barca á juntarse con ellos, y todos se hicieron bien criados recibimientos: fuese derecho el anciano de la felpa á Transila, diciendo: si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfavorece, próspera habrá sido la mia con este hallazgo; y diciendo y haciendo, alzó el velo del rostro de Transila, y se quedó desmayado en sus brazos, que ella se los ofreció, y se los puso, porque no diese en tierra.

Sin duda se puede creer, que este caso de tanta novedad, y tan no esperado, puso en admiracion á los circunstantes, y mas quando le oyeron decir á Transila: ¡O padre de mi alma! ¿qué venida es

esta? ¿quién trae á vuestras venerables canas, y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? ¿Quién le ha de traer, dixo á esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaba? él, y yo, dulcísima señora y esposa mia, venimos buscando el Norte que nos ha de guiar, adonde hallémos el puerto de nuestro descanso; pero pues yá, gracias sean dadas á los cielos, le habemos hallado, haz, señora, que vuelva en sí tu padre Mauricio, y consiente que de su alegria reciba yo parte, recibiéndole á él como padre, y á mí como á tu legítimo esposo. Volvió en sí Mauricio, y sucedióle en su desmayo Transila: acudió Auristela á su remedio, pero no osó llegar á ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro, que á Transila se le debia; pero como los desmayos que suceden de alegres, y no pensados acontecimientos, ó

quitan la vida en un instante, ó no duran mucho, fue pequeño espacio el en que estuvo Transila desmayada. El dueño de aquel meson, ó hospedage, dixo: Venid, señores, todos, adonde con mas comodidad, y menos frio del que aquí hace, os deìs cuenta de vuestros sucesos: tomaron su consejo, y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar una flota. Los dos encadenados se fueron por su pie, ayudándoles á llevar sus hierros los arcabuceros, que como en guarda con ellos venian: acudieron á sus naves algunos, y con tanta priesa como buena voluntad traxeron de ella los regalos que tenian; hízose lumbre, pusiéronse las mesas, y sin tratar entónces de otra cosa, satisfacieron todos la hambre, mas con muchos géneros de pescados que con carnes, porque no se sirvió otra que la de muchos páxaros, que se crian en aquellas partes, de tan estraña manera, que por ser rara y peregrina,

me obliga á que aquí la cuente.

Hincanse unos palos en la orilla de la mar, y entre los escollos, donde las aguas llegan, los quales palos de allí á poco tiempo todo aquello que cubre el agua se convierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua se pudre y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra un pequeño pajarillo, que volando á la tierra se hace grande, y tan sabroso de comer, que es uno de los mejores manjares que se usan; y donde hay mas abundancia de ellos, es en las provincias de Ibernia y de Irlanda, el qual páxaro se llama Barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucesos de los recien llegados, les hacia parecer larga la comida, la qual acabada el anciano Mauricio dió una gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir, que con atencion le escuchasen: enmudecieron todos, y el silencio les selló los labios, y la curiosidad les abrió los oidos, vien-

do lo qual Mauricio, soltó la voz en tales razones.

En una isla de siete que están circunvecinas á la de Ibernia, nací yo, y tuvo principio mi linage tan antiguo, bien como aquel que es de los Mauricios, que en decir este apellido, le encarezco todo lo que puedo; soy Christiano Católico, y no de aquellos que andan mendigando la fe verdadera entre opiniones: mis padres me criaron en los estudios así de las armas, como de las letras, (si se puede decir que las armas se estudian): he sido aficionado á la ciencia de la Astrología judiciaria, en la qual he alcanzado famoso nombre; cáseme, en teniendo edad para tomar estado, con una hermosa y principal muger de mi ciudad, de la qual tuve esta hija que está aquí presente, seguí las costumbres de mi patria, á lo menos en quanto á las que parecian ser niveladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas,

que tal vez la disimulacion es provechosa; creció esta muchacha á mi sombra, porque le faltó la de su madre, á dos años despues de nacida, y á mí me faltó el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuidado de criar la hija, y por salir de él, que es carga dificil de llevar de cansados y ancianos hombros, en llegando á casi edad de darle esposo, en que le diese arrimo y compañía, lo puse en efecto, y el que le escogí fue este gallardo mancebo, que tengo á mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado, y aun conveniente, que los padres casen á sus hijas con su beneplacito y gusto, pues no les dan compañía por un dia, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hacer esto ansí, se han seguido, siguen y seguirán millares de inconvenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucesos.

Es pues de saber, que en mi patria hay una costumbre, entre muchas malas, la peor de todas, y es, que concertado el matrimonio y llegado el dia de la boda, en una casa principal, para esto diputada, se juntan los novios y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el Regimiento de la ciudad, los unos para testigos, y los otros para verdugos, que así los puedo y debo llamar: está la desposada en un rico apartamiento, esperando lo que no sé como pueda decirlo, sin que la vergüenza no me turbe la lengua. Está esperando digo, á que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de uno en uno, á coger las flores de su jardin, y á manosear los ramilletes, que ella quisiera guardar intactos para su marido: costumbre bárbara y maldita, que va contra todas las leyes de la honestidad y del buen

decoro: porque, ¿qué dote puede llevar mas rico una doncella, que serlo? ni ¿qué limpieza puede ni debe agradar mas al esposo, que la que la muger lleva á su podər en su entereza? la honestidad siempre anda acompañada con la vergüenza, y la vergüenza con la honestidad, y si la una, ó la otra comienzan á desmoronarse y á perderse, todo el edificio de la hermosura dará en tierra, y será tenido en precio baxo y asqueroso. Muchas veces habia yo intentado de persuadir á mi pueblo, dexase esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaba, quando se me daba en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine á verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dice, que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerró en el retraimiento dicho, y estuvo esperando su perdicion, y quando queria ya entrar un hermano de su

esposo, á dar principio al torpe trato, veis aquí, donde veo salir con una lanza terciada en las manos á la gran sala, donde toda la gente estaba, á Transila hermosa como el sol, braba como una leona, y ayrada como una tigre.

Aquí llegaba de su historia el anciano Mauricio, escuchándole todos con la atencion posible, quando revistiéndosele á Transila el mismo espíritu que tuvo, al tiempo que se vió en el mismo acto y ocasion que su padre contaba, levantándose en pie, con lengua á quien suele turbar la cólera, con el rostro hecho brasa y los ojos fuego, en efecto, con ademan que la pudiera hacer menos hermosa, si es que los accidentes tienen fuerzas de menoscabar las grandes hermosuras, quitándole á su padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIII.

DONDE TRANSILA PROSIGUE LA HISTORIA Á QUIEN SU PADRE DIÓ PRINCIPIO.

Salí, dixo Transila, como mi padre ha dicho, á la gran sala, y mirando á todas partes, en alta y colérica voz dixe: haceos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas y bárbaras costumbres van contra las que guarda qualquier bien ordenada república. Vosotros, digo, mas lascivos que religiosos, que con apariencia y sombra de ceremonias vanas quereis cultivar los agenos campos, sin licencia de sus legítimos dueños. Veisme aqui, gente mal perdída, y peor aconsejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta de esta lanza defenderá mi partido, y quitará las fuerzas á vuestros malos pensamientos tan enemigos de la honestidad y de la limpieza. Y en di-

ciendo esto, salté en mitad de la turba, y rompiendo por ella, salí á la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegué á la marina, donde cifrando mil discursos que en aquel tiempo hice en uno, me arrojé en un pequeño barco, que sin duda me deparó el cielo, asiendo de dos pequeños remos, me alargué de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se daban priesa á seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados y de mayores fuerzas impelidos, y que no era posible escaparme, solté los remos, y volví á tomar mi lanza, con intencion de esperarles, y no dexar llevarme á su poder, sino perdiendo la vida, vengando primero, en quien pudiese, mi agravio. Vuelvo á decir otra vez, que el cielo conmovido de mi desgracia, avivó el viento, y llevó el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegó á una corriente ó raudal, que le arrebató como en peso, y le llevó mas adentro, qui-

tando la esperanza á los que tras mí venian de alcanzarme, que no se aventuraron á entrarse en la desenfrenada corriente, que por aquella parte el mar llevaba. Así es verdad, dixo á esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llevabas el alma, no pude dexar de seguirte; sobrevino la noche, y perdímoste de vista, y aun perdimos la esperanza de hallarte viva, sino fuese en las lenguas de la fama, que desde aquel punto tomó á su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos.

Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche un viento, que de la mar soplaba, me traxo á la tierra, y en la marina hallé unos pescadores, que benignamente me recogieron y alvergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo: pero la codicia humana que reyna, y tiene su señorío aun entre las peñas y riscos del mar, y en los corazones

duros y campestres, se entró aquella noche en los pechos de aquellos rústicos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa que en mi tenian, y que no podia ser dividida en partes para poder repartirme, que me vendiesen á unos corsarios, que aquella tarde habian descubierto no lejos de sus pesquerias: bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pudieran pedir á los corsarios, pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi bárbara pátria, y así al amanecer, habiendo llegado allí los piratas me vendieron, no sé por quánto, habiéndome primero despojado de las joyas que llevaba de desposada: lo que sé decir es, que me trataron los corsarios con mejor término que mis ciudadanos, y me dixeron que no fuese melancólica, porque me llevaban no para ser esclava, sino para esperar ser Reyna, y aun señora de todo el universo, si ya no

mentian ciertas profecías de los bárbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaba por el mundo. De como llegué, del recibimiento que los bárbaros me hicieron, de como aprendí su lengua en este tiempo, que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos, ceremonias y costumbres, del vano asunto de sus profecías, y del hallazgo de estos señores con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar á que mi padre me diga, ¿qué ventura le ha traido á darmela tan buena, quando menos la esperaba?

Aquí dió fin Transila á su plática, teniendo á todos colgados de la suavidad de su lengua, y admirados del estremo de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le igualaba. Mauricio, su padre, entónces dixo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, como en sus estudios y exer-

cicios, entre otros muchos gustos y loables, me llevaron tras sí los de la Astrología judiciaria, como aquellos que quando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no solo de saber lo pasado y presente, sino lo por venir. Viéndote pues perdída, noté el punto, observé los astros, miré el aspecto de los planetas, señalé los sitios y casas necesarias, para que respondiese mi trabajo á mi deseo: porque ninguna ciencia, en quanto á ciencia, engaña; el engaño está en quien no la sabe, principalmente la del Astrología, por la velocidad de los cielos que se lleva tras sí todas las estrellas, las quales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en éste: y así el Astrólogo judiciario, si acierta alguna vez en sus juicios, es por arrimarse á lo mas probable, y á lo mas experimentado, y el mejor Astrólogo del mundo, puesto que muchas veces se engaña, es el demonio, porque

no solamente se juzga de lo por venir, por la ciencia que sabe, sino tambien por las premisas y conjeturas; y como ha tanto tiempo que tiene experiencia de los casos pasados y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja á juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendices de esta ciencia, pues hemos de juzgar siempre á tiento, y con poca seguridad; con todo eso alcancé, que tu perdicion habia de durar dos años, y que te habia de cobrar este dia y en esta parte, para remozar mis canas, y para dar gracias á los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espiritu con tu presencia, puesto que sé que ha de ser á costa de algunos sobresaltos que por la mayor parte las buenas andanzas no vienen sin el contrapeso de desdichas, las quales tienen jurisdiccion y un modo de licencia, de entrarse por los buenos sucesos para darnos á entender, que ni el bien es eterno, ni el mal durable. Los cielos

seran servidos, dixo á esta sazon Auristela, que habia gran tiempo que callaba, de darnos próspero viage, pues nos le promete tan buen hallazgo. La muger prisionera que habia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie á pesar de sus cadenas, y al de la fuerza que le hacia para que no se levantase el que con ella venia preso, y con voz levantada dixo.

CAPÍTULO XIV.

DONDE SE DECLARAN QUIEN ERAN LOS QUE TAN AHERROJADOS VENIAN.

Si es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concedaseme á mí por esta vez donde la brevedad de mis razones templará el fastidio que tuvieredes de escuchallas. Haste quejado dixo (volviéndose á Transila) señora doncella, de la bárbara cos-

tumbre de los de tu ciudad, como si lo fuera, aliviar el trabajo á los menesterosos, y quitar la carga á los flacos: sí, que no es error, por bueno que sea un caballo, pasearle la carrera primero que se ponga en él su dueño, ni va contra la honestidad el uso y costumbre, si en él no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: sí, que mejor gobernará el timon de una nave, el que hubiere sido marinero, que no el que sale de las escuelas de la tierra para ser piloto: la experiencia en todas las cosas es la mejor maestra de las artes, y así mejor te fuera entrar experimentada en la compañia de tu esposo, que rústica é inculta. Apenas oyó esta razon última el hombre que consigo venia atado, quando dixo, poniéndole el puño cerrado junto al rostro, amenazándola. ¡O Rosamunda, ó por mejor decir, rosa inmunda, porque munda ni lo fuistes, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si vivieses

mas años que los mismos tiempos, y así no me maravillo de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato á que estan obligadas las honradas doncellas.

Sabed, Señores (mirando á todos los circunstantes prosiguió), que esta muger que aquí veis atada como loca y libre como atrevida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias y longuisimas memorias entre todas las gentes del mundo: ésta mandó al Rey, y por añadidura á todo el reyno, puso leyes, quitó leyes, levantó caidos viciosos, y derribó levantados virtuosos; cumplió sus gustos tan torpe como públicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras y tan torpes y tantos sus atrevimientos, que rompiendo los lazos de diamante y las redes de bronce con

que tenia ligado el corazon del Rey, le movieron á apartarla de sí, y á menospreciarla en el mismo grado que la habia tenido en precio: quando ésta estaba en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedexa á la fortuna, vivia yo despechado, y con deseo de mostrar al mundo, quan mal estaban empleados los de mi Rey y Señor natural: tengo un cierto espiritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deleytanme las maliciosas agudezas, y por decir una, perderé yo no solo un amigo, pero cien mil vidas. No me ataban la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizaban amenazas, ni enmendaban castigos: finalmente á entrambos á dos llegó el dia de nuestra última paga, á ésta mandó el Rey que nadie en toda la ciudad ni en todos sus reynos y señorios le diese, ni dado ni por dineros otro algun sustento que pan y agua, y que á mí junto con ella

nos traxesen á una de las muchas íslas que por aquí hay que fuese despoblada, y aquí nos dexasen, pena que para mí ha sido mas mala que quitarme la vida, porque la que con ella paso, es peor que la muerte.

Mira, Clodio, dixo á esta sazon Rosamunda, quan mal me hallo yo en tu compañia, que mil veces me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dexado de hacer es por no llevarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin tí, se me aliviaran las penas. Yo confieso, que mis torpezas han sido muchas, pero han caido sobre sugeto flaco y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles hombros y sobre discrecion experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que una delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos revuelve el viento: tú has lastimado mil agenas honras, has aniquilado ilustres

créditos, has descubierto secretos escondidos y contaminado linages claros; haste atrevido á tu Rey, á tus ciudadanos, á tus amigos y á tus mismos parientes, y en son de decir gracias, te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el Rey, que en pena de mis delitos acabára con otro género de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que á cada paso me da tu lengua, de la qual tal vez no estan seguros los cielos, ni los santos. Con todo eso, dixo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira. A tener tú conciencia, dixo Rosamunda, de las verdades que has dicho, tenias harto de que acusarte, que no todas las verdades han de salir en público, ni á los ojos de todos. Sí, dixo á esta sazon Mauricio, sí, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en público especialmen-

te las de los Reyes y Príncipes que nos gobiernan; sí, que no toca á un hombre particular reprehender á su Rey y Señor, ni sembrar en los oidos de sus vasallos las faltas de su Principe, porque esto no será causa de enmendarle, sino de que los suyos no lo estimen; y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, ¿por qué no ha de gozar de este privilegio el Príncipe? ¿por qué le han de decir públicamente y en el rostro sus defectos? que tal vez la reprehension pública y mal considerada, suele endurecer la condicion del que la recibe y volverle antes pertinaz que blando: y como es forzoso que la reprehension caiga sobre culpas verdaderas ó imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en público; y así dignamente los satíricos, los maldicientes, los mal intencionados son desterrados, y echados de sus casas sin honra, y con vituperio, sin que les quede otra alabanza, que llamarse agudos sobre ve-

llacos, y vellacos sobre agudos, y es como lo que suele decirse: La traicion contenta, pero el traidor enfada: y hay mas, que las honras que se quitan por escrito, como vuelan y pasan de gente en gente, no se pueden reducir á restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio, pero si quieren que no hable, ó escriba, córtenme la lengua y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces como pudiere, y tendré esperanza que de allí salgan las cañas del Rey Midas.

Ahora bien, dixo á esta sazon Ladislao, háganse estas paces, casemos á Rosamunda con Clodio, quizá con la bendicion del Sacramento del matrimonio, y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudarán de vida. Aun bien, dixo Rosamunda, que tengo aqui un cuchillo, con que podré hacer una ó dos puertas en mi pecho, por donde salga el alma, que

ya tengo casi puesta en los dientes, en solo haber oido este tan desastrado y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dixo Clodio, porque aunque soy murmurador y maldiciente, el gusto que recibo de decir mal, quando digo bien, es tal, que quiero vivir, porque quiero decir mal; verdad es, que pienso guardar la cara á los Príncipes, porque ellos tienen largos brazos, y alcanzan adonde quieren y á quien quieren, y ya la experiencia me ha mostrado, que no es bien ofender á los poderosos, y la caridad christiana enseña, que por el Príncipe bueno se ha de rogar al cielo por su vida y por su salud, y por el malo que le mejore y enmiende. Quien todo eso sabe, dixo el bárbaro Antonio, cerca está de enmendarse: no hay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre ó quite del todo: la lengua maldiciente es como espada de dos filos que corta hasta los huesos, ó

como rayo del cielo, que sin romper la vaina, rompe y desmenuza el azero que cubre, y aunque las conversaciones y entretenimientos se hacen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavia suelen tener los dexos las mas veces amargos y desabridos: es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñeces de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua; y son las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden revocar, ni volver á la parte donde salieron, hasta que han hecho su efecto; pocas veces el arrepentirse de haberlas dicho, menoscaba la culpa del que las dixo, aunque ya tengo dicho, que un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

CAPÍTULO XV.

En esto estaban, quando entró un marinero en el hospedage, diciendo á voces: Un baxel grande viene con las velas tendidas, encaminado á este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dé á entender de qué parte sea. Apenas dixo esto, quando llegó á sus oidos el són horrible de muchas piezas de artillería, que el baxel disparó al entrar del puerto, todas limpias y sin bala alguna, señal de paz y no de guerra: de la misma manera le respondió el baxel de Mauricio y toda la arcabucería de los soldados que en él venian. Al momento todos los que estaban en el hospedage, salieron á la marina: en viendo Periandro el baxel recien llegado, conoció ser el de Arnaldo, Príncipe de Dinamarca, de que no recibió contento alguno, antes se le revolvieron las entrañas, y el corazon le

comenzó á dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes y sobresaltos recibió en el suyo Auristela, cómo aquella que por larga experiencia sabia la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su corazon á pensar, ¿cómo podria ser que las voluntades de Arnaldo y Periandro se aviniesen bien, sin que la rigurosa y desesperada flecha de los zelos no los atravesase las almas?

Ya estaba Arnaldo en el esquife de la nave, y ya llegaba á la orilla, quando se adelantó Periandro á recibille; pero Auristela no se movió del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera que allí se le hincáran en el suelo, y se volvieran en torcidas raices, como se volvieron los de la hija de Peneo, quando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo que vió á Periandro, le conoció, y sin esperar que los suyos le sacasen en hombros á la tierra, de un salto que dió desde la popa del esquife,

se puso en ella y en los brazos de Periandro que con ellos abiertos le recibió, y Arnaldo le dixo: Si yo fuese tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallase á tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los cielos atentos á favorecer tus virtuosos y honestos pensamientos, te la han guardado, con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se habia comunicado por la nueva gente y por la que en la tierra estaba, quien era el Principe que en la nave venia: y todavia estaba Auristela como estaba, sin voz, inmovible, y junto á ella la hermosa Transila y las dos, al parecer bárbaras Ricla y Constanza: llegó Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dixo: Seais bien hallada, norte, por donde se guian mis honestos pensamientos, y estrella fixa que me lleva al puerto don-

de han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lagrimas á los ojos, que comenzaron á bañar sus rosadas mexillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar ó de alegría podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro que todo lo notaba, y en qualquier movimiento de Auristela tenia puestos los ojos, sacó á Arnaldo de duda, diciéndole: Señor, el silencio y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion y de gusto; la admiracion del verte en parte tan no esperada, y las lagrimas del gusto de haberte visto: ella es agradecida, como lo deben ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto de servirte, con las mercedes y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fuéronse con esto al hospedage, volvieron á colmarse las mesas de manjares, llenáronse de regocijo los pechos, porque se lle-

naron las tazas de generosos vinos, que quando se trasiegan por la mar de un cabo á otro, se mejoran de manera que no hay nectar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por respeto del Príncipe Arnaldo: contó Periandro al Príncipe, lo que le sucedió en la isla bárbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucesos y puntos que hasta aquí se han contado, con que se suspendió Arnaldo, y de nuevo se alegraron y admiraron todos los presentes.

CAPÍTULO XVI.

En esto el patron del hospedage dixo: No sé, si diga que me pesa de la bonanza que prometen en el mar las señales del cielo: el sol se pone claro y limpio, cerca ni lejos no se descubre celage alguno, las olas hieren la tierra blanda y suavemente, y las aves salen al mar á espaciarse, que todos estos son indicios de serenidad firme y du-

radera, cosa que ha de obligar, á que me dexen solo tan honrados huespedes, como la fortuna á mi hospedage ha traido. Así será, dixo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable y cara, el deseo de volver á nuestra patria no consiente, que mucho tiempo la gocemos: de mí sé decir, que esta noche á la primera guarda me pienso hacer á la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto y el de estos señores soldados que en el navío vienen. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la pérdida del tiempo no se puede cobrar, y la del que se pierde en la navegacion es irremediable: en efecto, entre todos los que en el puerto estaban, quedó de acuerdo, que en aquella noche fuesen de partida la vuelta de Inglaterra, á quien todos iban encaminados. Levantóse Arnaldo de la mesa, y asiendo de la mano á Periandro, le sacó fuera del hospedage, donde á solas, y sin ser oido de nadie, le dixo: No

es posible, Periandro amigo, sino que tu hermana Auristela te habrá dicho la voluntad, que en dos años que estuvo en poder del Rey mi padre, le mostré tan ajustada con sus honestos deseos, que jamas me salieron palabras á la boca, que pudiesen turbar sus castos intentos, nunca quise saber mas de su hacienda, de aquello que ella quiso decirme, pintándola en mi imaginacion, no como persona ordinaria y de baxo estado, sino como á Reyna de todo el mundo, porque su honestidad, su gravedad, su discrecion tan en estremo estremada, no me daba lugar á que otra cosa pensase: mil veces me la ofrecí por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento: respondióme siempre, que hasta verse en la Ciudad de Roma, adonde iba á cumplir un voto, no podia disponer de su persona: jamas me quiso decir su calidad, ni la de sus padres, ni yo, como ya he dicho,

le importuné me la dixese, pues ella sola por sí misma, sin que traiga dependencia de otra alguna nobleza, merece no solamente la Corona de Dinamarca, sino de toda la Monarquía de la tierra. Todo esto te he dicho, Periandro, para que como varon de discurso y entendimiento consideres que no es muy baxa la ventura que está llamando á las puertas de tu comodidad y la de tu hermana, á quien desde aquí me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento, quando ella quisiere, y adonde quisiere, aquí debaxo de estos pobres techos, ó en los dorados de la famosa Roma; y asimismo te ofrezco de contenerme en los límites de la honestidad y buen decoro, si bien viese consumirse en los ahincos y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada y la esperanza propinqua que suele fatigar mas que la apartada.

Aquí dió fin á su plática Arnaldo, y estuvo atentísimo á lo que

Periandro habia de responderle, que fue : Bien conozco , valeroso Príncipe Arnaldo , la obligacion en que yo y mi hermana te estamos por las mercedes que hasta aquí nos has hecho, y por la que agora de nuevo nos haces : á mí , por ofrecerte por mi hermano , y á ella por esposo: pero aunque parezca locura , que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sé decir , no ser posible el recebirle , como es posible el agradecerle : mi hermana y yo vamos llevados del destino y de la eleccion á la santa ciudad de Roma , y hasta vernos en ella , parece que no tenemos ser alguno, ni libertad para usar de nuestro alvedrio ; si el cielo nos llevare á pisar la santísima tierra, y adorar sus santas reliquias , quedarémos en disposicion de disponer de nuestras hasta agora impedidas voluntades , y entonces será la mia toda empleada en servirte : sé te decir tambien, que

si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegarás á tener una esposa de ilustrísimo linage nacida, y un hermano que lo sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos á dos hemos recibido, te suplico me hagas á mí una, y es, que no me preguntes mas de nuestra hacienda y de nuestra vida, porque no me obligues á que sea mentiroso, inventando quimeras que decirte mentirosas y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mí, respondió Arnaldo, hermano mio, á toda tu voluntad y gusto, haciendo cuenta que yo soy cera, y tú el sello que has de imprimir en mí lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche á Inglaterra, que de allí facilmente pasarémos á Francia y á Roma, en cuyo viage y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si de ello gustaredes. Aunque le pesó á Periandro de este último ofrecimiento, le admitió, es-

perando en el tiempo y en la dilacion, que tal vez mejora los sucesos; y abrazándose los dos cuñados en esperanza, se volvieron al hospedage á dar traza en su partida.

Habia visto Auristela, como Arnaldo y Periandro habian salido juntos, y estaba temerosa del fin que podia tener el de su plática: y puesto que conocia la modestia en el Príncipe Arnaldo y la mucha discrecion de Periandro, mil géneros de temores la sobresaltaban, pareciéndole que como el amor de Arnaldo igualaba á su poder, podia remitir á la fuerza sus ruegos, que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se convierte la paciencia en rabia, y la cortesia en descomedimiento; pero quando los vió venir tan sosegados y pacíficos, cobró casi los perdidos espíritus. Clodio, el maldiciente, que ya habia sabido quien era Arnaldo, se le echó á los pies, y le suplicó le mandase quitar la cadena y apartar de la compañía de Rosamunda.

Mauricio le contó luego la condicion, la culpa y la pena de Clodio y la de Rosamunda, movido á compasion de ellos, hizo por un Capitan que los traia á su cargo, que los desherrasen y se los entregasen, que él tomaba á su cargo alcanzarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo qual el maldiciente Clodio, dixo: Si todos los señores se ocupasen en hacer buenas obras, no habria quien se ocupase en decir mal de ellos, pero, ¿por qué ha de esperar el que obra mal, que digan bien de él?; y si las obras virtuosas y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, ¿por qué no lo serán las malas? ¿por qué ha de esperar el que siembra, cizaña y maldad, dé buen fruto su cosecha? Llévame contigo, ó Príncipe, y verás como pongo sobre el cerco de la luna tus alabanzas. No, no, respondió Arnaldo, no quiero que me alabes por las obras que en mí son naturales: y mas que la alaban-

za tanto es buena, quanto es bueno el que la dice, y tanto es mala, quanto es vicioso y malo el que alaba; que si la alabanza es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabanza, y si vicioso, vituperio.

CAPÍTULO XVII.

DA CUENTA ARNALDO DEL SUCESO DE TAURISA.

Con gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedage, y aguardaba comodidad para preguntárselo á Periandro, y para saber de Arnaldo, qué se habia hecho su doncella Taurisa, y como si Arnaldo le adivinára los pensamientos, le dixo: Las desgracias que has pasado, hermosa Auristela, te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas, entre las quales querria que hubie-

sen borrado de ella á mí mismo que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado con ella, viviria contento, pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo: el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdesete de mí, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento; que los cielos que me han destinado para ser tuyo, no me dexan hacer otra cosa; mi alvedrio lo es para obedecerte; tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas, que despues que te robaron de mi Reyno, te han sucedido: unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado; veo asimismo que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella: á él dexé yo bueno y con deseo de que te buscase y te hallase: á ella la

traxe conmigo con intencion de venderla á los bárbaros, para que sirviese de espia, y viese, si la fortuna te habia llevado á su poder: de como vino al mio tu hermano Periandro, ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos; y aunque muchas veces he probado volver á la isla Barbara, los vientos contrarios no me han dexado, y ahora volvia con la misma intencion y con el mismo deseo, el qual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son, de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa tu doncella, habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos mios, que encontré en medio de ese mar, que en un poderoso navío iban á Irlanda, á causa que Taurisa iba muy mala y con poca seguridad de la vida, y como este navío en que yo ando, mas se puede llamar de corsario que de hijo de Rey, viendo que en él no habia regalos ni medicinas que

piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda, y la entregasen á su Príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese por ella. Hoy he dexado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ó ya para Inglaterra, ó ya para España ó Francia, que á do quiera que arribemos, tendrémos segura comodidad, para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes, y yo en este entretanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento; con todo esto te ruego, señora, y te suplico que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondrémos en execucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, sino la de mi hermano Periandro, ni él, pues es discreto, querrá salir un punto de la tuya. Pues si así es, replicó

Arnaldo, no quiero mandar sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fue lo que pasó á Arnaldo con Auristela, la qual se lo contó todo á Periandro; y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao y los dos Capitanes, el del navío Ingles, con todos los que salieron de la isla Bárbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

DONDE MAURICIO SABE POR LA ASTROLOGÍA UN MAL SUCESO QUE LES AVINO EN EL MAR.

En la nave donde vinieron Mauricio y Ladislao, los Capitanes y soldados que traxeron á Rosamunda y á Clodio, se embarcaron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla Bárbara, y en el navío de Arnaldo se aco-

modaron Periandro, Auristela, Ricla y Constanza, y los dos Antonios, padre é hijo, Ladislao, Mauricio y Transila, sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo: hicieron agua aquella noche, recogiendo y comprando del huesped todos los bastimentos que pudieron; y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dixo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala, que les amenazaba muy propinqua, tendria buen suceso su viage, y que el tal peligro, puesto que era de agua, no habia de suceder si sucediese, por borrasca ni tormenta del mar ni de tierra; sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino á temer si aquella traicion habia de ser fabricada por el Príncipe para alzarse con

la hermosa Auristela, pues la habia de llevar en su navío; pero opúsose á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos Príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dexó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de qué parte les podia venir el daño que les amenazaba: Mauricio respondió que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, y aunque templaba su rigor, con que ninguno de los que en él se hallasen, habia de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habian de ver rompidos la mitad de sus designios y su mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Periandro le replicó, que detuviesen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarian, ó se templarian los influxos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio: mejor es arrojar-

nos en las manos de este peligro, pues no llega á quitar la vida que no intentar otro camino, que nos lleve á perderla. Ea pues, dixo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar. Satisfizo Arnaldo al huesped magníficamente con muchos dones el buen hospedage, y unos en unos navíos y otros en otros, cada qual segun y como vió que mas le convenia, dexó el puerto desembarazado y se hizo á la vela. Salió el navío de Arnaldo adornado de ligeras flámulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes: al zarpar los hierros, y tirar las ancoras disparó así la gruesa como la menuda artillería, rompieron los ayres los sones de las chirimias y los de otros instrumentos músicos y alegres: oyéronse las voces de los que decian reiterándolo á menudo: buen viage, buen viage.

A todo esto no alzaba la cabeza

de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presága del mal que le habia de venir iba pensativa: mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos y principio de sus alegrias: acabóse el dia, entróse la noche clara, serena, despejando un ayre blando los celages que parece que se iban á juntar si los dexaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que habia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendria. Con esta confusion y sobresalto quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: traicion, traicion, traicion, despierta Príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo que no dormia, puesto que estaba echado junto á

Periandro en la misma cubierta, y dixo: ¿qué has, amigo Mauricio, quién nos ofende ó quien nos mata? ¿todos los que en este navio vamos no somos amigos? ¿no son todos los mas vasallos y criados mios? ¿el cielo no está claro y sereno? ¿el mar tranquilo y blando, y el baxel sin tocar en escollo ni en baxio no navega? ¿hay alguna rémora que nos detenga? pues sino hay nada de esto de qué temes, que ansi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor que baxen los buzanos á la sentina, que sino es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acabado esta razon, quando quatro ó seis marineros se dexaron calar al fondo del navio, y le requirieron todo porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrase agua al navio, y vueltos á la cubierta dixeron, que el navio iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia

y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Así debe de ser, dixo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega á Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dixo: sosegaos, buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan á estas señoras. Yo lo haré así si puedo, respondió Mauricio, y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navio lleno de muy sosegado silencio, en el qual Rutilio que iba sentado al pie del árbol mayor convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo ó de la voz que la tenia estremada, al són del viento que dulcemente heria en las velas en su propia lengua Toscana comenzó á cantar esto, que vuelto en lengua Española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano
advertido, y enciérrase en el arca
de todo el mundo el general Mo-
narca
con las reliquias del linage humano.

El dilatado asilo, el soberano
lugar rompe los fueros de la Parca,
que entónces fiera y licenciosa abar-
ca,
quanto alienta y respira el ayre
vano.

Vense en la excelsa máquina en-
cerrarse
el leon y el cordero, y en segura
paz la paloma al fiero alcon unida.

Sin ser milagro, lo discorde amarse,
que en el comun peligro y desven-
tura
la natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio, fue el bárbaro Antonio, el qual le dixo asimismo: Bien canta Rutilio, y si por ven-

tura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal Poëta, aunque ¿cómo lo puede ser bueno un oficial? pero no digo bien, que yo me acuerdo haber visto en mi pátria, España, Poëtas de todos los oficios: esto dixo en voz que la oyó Mauricio, el Príncipe y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo: posible cosa es que un oficial sea Poëta, porque la Poesía no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capáz es el alma del sastre para ser Poëta, como la de un maese de campo, porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios, criadas y formadas por su Hacedor; y segun la caxa y temperamento del cuerpo, donde las encierra, así parecen ellas mas ó menos discretas, y atienden y se aficionan á saber las ciencias, artes ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan: pero mas principalmente y propia se dice, que el Poëta *nascitur*. Así que no hay que ad-

mirar, de que Rutilio sea Poëta, aunque haya sido maestro de danzar. Y tan grande, replicó Antonio, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo, quando me traxo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana mi pátria hasta Noruega, donde la maté, que se habia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes de estas Setentrionales, es un error grandísimo, dixo Mauricio, aunque admitido de muchos. ¿Pues cómo es esto, dixo Arnaldo, que comunmente se dice y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no

se crian lobos, pero ningun otro animal nocivo, como si dixesemos serpientes, vívoras, sapos, arañas y escorpiones, antes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras partes á Inglaterra, en llegando á ella muere; y si de la tierra de esta isla llevan á otra parte alguna tierra y cercan con ella á alguna vívora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos, es, que hay una enfermedad, á quien llaman los médicos mania lupina, que es de calidad, que al que la padece, le parece que se ha convertido en lobo, y ahulla como lobo, y se junta con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos y por los montes ladrando, ya como perros, ó ya ahullando como lobos; despedazan los árboles, matan á quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos, y hoy dia

sé yo, que hay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterraneo, gentes de este género, á quien los Sicilianos llaman lobos menar, los quales antes que les dé tan pestífera enfermedad, lo sienten y dicen á los que están junto á ellos, que se aparten y huyan de ellos, ó que los aten ó encierren, porque sino se guardan, los hacen pedazos á bocados, y los desmenuzan, si pueden, con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos, y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar, se hace informacion bastante, de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad: y si despues andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el lib. 8. cap. 22. que entre los Arcades hay un género de gente, la qual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra á dentro, y se

junta con la gente que allí halla de su linage en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los quales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura; pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dixo Rutilio, lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis pies la hechicera. Todo eso puede ser, replicó Mauricio, porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores, que los hay, nos hace ver una cosa por otra, y quede desde aquí asentado, que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dixo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era uno de los crédulos de este error, y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del Rey Artus de Inglaterra, tan creida de aquella discreta nacion, que se abstiene de matar cuervos en

toda la isla. No sé, respondió Mauricio, de donde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada.

En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia, dixo Clodio, que hasta allí habia estado oyendo y callando: yo soy un hombre, á quien no se le dá por averiguar estas cosas un dinero: ¿qué se me dá á mí que haya lobos hombres, ó no, ó que los Reyes anden en figuras de cuervos, ó de aguilas, aunque si se hubiesen de convertir en aves, antes querria que fuesen en palomas que en milanos? Paso, Clodio, no digas mal de los Reyes, que me parece que te quieres dar algun filo á la lengua para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir en la lengua, que no consiente que la mueva, y así antes pienso de aquí adelante rebentar callando, que alegrarme hablando: los dichos agu-

dos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran á otros entristecen; contra el callar no hay castigo ni respuesta, vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tan generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos, que me hacen baylar la lengua en la boca, y malográrseme entre los dientes mas de quatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo, sirvase Dios con todo. A lo que dixo Auristela: de estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silencio. Rosamunda, que era una de las llegadas a la conversacion, volviéndose á Auristela, dixo: el dia que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza, y en él la murmuracion son naturales, puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pe-

ro sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicion el tiempo, y así los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo, dixo Transila, cada qual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos, dixo Ladislao, próspero y felice ha de ser, segun el viento se muestra favorable y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche, dixo la bárbara Constanza, pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alboroto tanto, que ya yo pensé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad, señora, respondió Mauricio, que si yo no estuviera enseñado en la verdad catolica, y me acordára de lo que dice Dios en el Levítico: no seais agoreros, ni deis credito á los sueños, porque no á todos es dado el entenderlos: que me atreviera á juzgar

del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el qual segun á mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños: que quando no son revelaciones divinas ó ilusiones del demonio, proceden, ó de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó, cae debaxo de la observacion de la Astrología, porque sin guardar puntos, ni observar astros, señalar rumbos, ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente, que en un gran palacio de madera, donde estabamos todos los que aquí vamos, llovian rayos del cielo, que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencé á dar voces y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que

se anega, y aun no estoy tan libre de este temor, que no me queden algunas reliquias en el alma, y como sé que no hay mas cierta Astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que yendo navegando en un navio de madera, tema rayos del cielo, nubes del ayre y aguas de la mar? pero lo que mas me confunde y suspende, es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dixo á esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando, puedan entremeterse las blanduras de Venus, ni los apetitos de su torpe hijo: al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardándose para mejor vida.

Esto dixo Arnaldo, por dar á entender á Auristela y á Periandro,

y á todos aquellos que sus deseos conocian, quan ajustados iban sus movimientos con los de la razon: y prosiguió diciendo: el Príncipe, justa razon es, que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del Príncipe. Así es, respondió Mauricio, y aun es bien que así sea: pero dexemos pasar este dia, que si él dá lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré, y las daré albricias del buen suceso.

Iba el sol á esta sazon á ponerse en los brazos de Tetis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido; soplaba favorable el viento; por parte ninguna se descubrian celajes, que turbasen los marineros: el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí, prometian felicísimo viage, quando el prudente Mauricio dixo en voz turbada y alta: sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda.

CAPÍTULO XIX.

DONDE SE DÁ CUENTA DE LO QUE DOS SOLDADOS HICIERON, Y LA DIVISION DE PERIANDRO Y AURISTELA.

Á cuyas voces respondió Arnaldo: ¿Cómo es esto, ó gran Mauricio! qué aguas nos sorben, ó qué mares nos tragan, qué olas nos envisten? La respuesta que le dieron á Arnaldo, fue ver salir debaxo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: todo este navio se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda á su salud, y á la conservacion de la vida. Acógete, ó Príncipe Arnaldo, al esquife ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera posesion de ellas estas

amargas aguas. Estancó en esto el navio sin poderse mover por el peso de las aguas de quien ya estaba lleno, amaynó el Piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio: el Príncipe y Periandro fueron al esquife, y arrojándole al mar pusieron en él á Auristela, Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las quales viendo que no se acordaban de ella, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrase Mauricio.

En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca, que al costado del navio venia asida, y el uno de ellos, viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envaynó en el pecho, diciendo á voces: pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo y á mí de escarmiento, á lo menos el poco tiempo que me queda de vida; y diciendo esto sin que-

rer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofrecia, desesperadamente se arrojó al mar, diciendo á voces, y con mal articuladas palabras: oye, ó Arnaldo, la verdad que te dice este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo y aquel á quien me viste pasar el pecho por muchas partes abrimos, y taladramos este navio, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiéndolas en el esquife; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quite la vida, y á mi me doy la muerte, y con esta última palabra se dexó ir al fondo de las aguas, que le estorbaron la respiracion del ayre, y le sepultaron en perpetuo silencio; y aunque todos andaban confusos y ocupados, buscando como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexo de oir las razones Arnaldo del desesperado, y él y Periandro acudieron á la barca, y habiendo antes que entrasen

en ella, ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo, sin acordarse de recoger algun bastimento. El, Ladislao, Antonio el padre, Periandro y Clodio, se entraron en la barca y fueron á abordar con el esquife, que algun tanto se habia apartado del navio, sobre el qual ya pasaban las aguas, y no se parecia de él sino el árbol mayor, como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche, sin que la barca pudiese alcanzar al esquife, desde el qual daba voces Auristela, llamando á su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas veces su, para él, dulcísimo nombre. Transila y Ladislao hacian lo mismo, y encontrábanse en los ayres las voces de dulcísimo esposo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus desinios, y se deshacian sus esperanzas, con la imposibilidad de no poder juntarse, á causa que la noche se cubria de oscuridad, y los vientos comenzaron á

soplar de partes diferentes : en resolucion la barca se apartó del esquife, y como mas ligera y menos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla : el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él iban, se quedó como si á posta quisieran que no navegara; pero quando la noche cerró con mas oscuridad que al principio, comenzaron á sentir de nuevo la desgracia sucedida, viéronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mauricio que habia quedado por patron y por marinero del esquife, ni tenia con qué ni sabia como guialle, antes segun los llantos, gemidos y suspiros de los que en él iban, podia temer que ellos mismos le anegarian : miraba las estrellas y aunque no parecian de todo en to-

do algunas que por entre la oscuridad se mostraban, le daban indicio de venidera serenidad, pero no le mostranban en qué parte se hallaba, no consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia, porque se les pasó la noche velando, y se vino el dia, no á mas andar como dicen, sino para mas pensar, porque con él descubrieron por todas partes el mar cerca y lejos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro baxel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció: nació la alegria de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos, por haber hallado, como se ha dicho, en la figura que como judiciario habia levantado, que aquel suceso no ame-

nazaba muerte sino descomidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos que poco á poco llevaron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubria: miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieve de la desierta playa les pareció blanda arena, y la soledad compañia. Unos en brazos de otros desembarcaron, el mozo Antonio fue el atlante de Auristela y de Transila, en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de un peñon que no lejos de la playa se mostraba, habiendo antes como mejor pudieron varado el esquife en tierra, poniendo en él despues de en Dios su esperanza.

Antonio considerando que la hambre habia de hacer su oficio, y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas, aprestó su arco, que siempre de las espaldas le colgaba, y dixo que él queria ir á descubrir la tierra por ver si hallaba gente en ella, ó alguna caza que socorriese su necesidad. Vinieron todos con su parecer, y así se entró con ligero paso por la isla, pisando no tierra, sino nieve tan dura por estar helada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle sin que él lo echase de ver la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dexallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo, y en lugar á donde nadie les podia ver, y viendo junto así á Rosamunda le dixo: la cosa de que menos necesidad tengo en esta que agora padecemos, es la de tu compañia, ¿qué quieres, Rosamunda? vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género

de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡Oh inesperto mozo, respondió la muger torpe, y quan lejos estás de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes! y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: vés aquí ó nuevo cazador mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue; no mires que ya á mi belleza le marchita el rigor de edad ligera siempre, sino considera en mí á la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los Reyes y de la libertad de los mas exêntos hombres: yo te adoro generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon, gocémonos y ténme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para tí sin duda alguna de mí recogidos y guardados si llegamos á Inglaterra, donde mil vandos de muerte tienen amenazada mi vida.

Escondido te llevaré adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumuló Craso.

Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos que arremetieron á detener las de Antonio que de sí las apartaba, y entre esta tan honesta como torpe contienda, decia Antonio: detente ó harpia, no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo, no fuerces ó bárbara Egycia, ni incites la castidad y limpieza de este que no es tu esclavo; tarázate la lengua sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida de este lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañára, que con la que me has descubierto; desviate de mí, y no me sigas, que

castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura; si te vuelves mudaré de propósito y pondré en silencio tu desvergüenza, si no me dexas te quitaré la vida: oyendo lo qual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no dió lugar á suspiros, á ruegos ni á lágrimas: dexóla Antonio sagaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino, pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos asperos y la gente ninguna; y advirtiendo que si adelante pasaba podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañia: alzaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra como admirados de su desventura: á Mauricio dixeron que volverian al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

CAPÍTULO XX.

DE UN NOTABLE CASO QUE SUCEDIÓ EN LA ISLA NEVADA.

A poco tiempo que pasó del dia, desde lejos vieron venir una nave gruesa que les levantó las esperanzas de tener remedio: amaynó las velas, y pareció que se dexaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife á la mar, y se vinieron á la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dixo, que seria bien que aguardasen los que venian, por saber quien eran. Llegó el esquife de la nave y encalló en la fria nieve, y saltaron en ella dos al parecer gallardos y fuertes mancebos de estremada disposicion y brio, los quales sacaron encima de sus hombros á una hermosisima doncella tan sin fuerzas y tan desmayada, que parecia que no le daba lugar para llegar á to-

car la tierra: llamaron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso, que era menester que los hubiese: Respondió Mauricio, que no habia remos para encaminar el esquife, si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y volvieron á pisar la nieve: luego los valientes jóvenes asieron de dos tablachinas con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los brazos, saltaron de nuevo en tierra. Auristela llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demas. Los caballeros dixeron: esperad señores, y estad atentos á lo que queremos deciros: este caballero y yo, dixo el uno, tenemos concertado de pelear por la posesion de esa enferma doncella que ahí veis: la muerte

ha de dar la sentencia en favor del otro, sin que haya otro medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará envaynar nuestras espadas y sosegar nuestros espiritus; lo que pedimos es, no estorbeis en manera alguna nuestra porfia, la qual llevaremos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorbará, si no os hubieramos menester, para que mirarades, si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella que es tan poderosa para acabar las nuestras: la priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio, no nos da lugar para preguntaros por agora quien sois, ni como estais en este lugar tan solo y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio

les respondió, que no saldrian un punto de lo que querian, y luego echaron los dos mano á las espadas, sin querer que la enferma doncella declarase primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia á las armas, que á los deseos de la dama. Arremetieron el uno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas y compases á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte, y el otro abierta la cabeza por medio: este le concedió el cielo tanto espacio de vida, que le tuvo de llegar á la doncella, y juntar su rostro con el suyo, diciéndole: vencí, señora: mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, en pensar que un solo instante te podré tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo: recibe, señora, esta alma, que envuelta en estos últimos alientos te envio, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia á tu honestidad, pues el

nombre de esposo á todo esto da licencia.

La sangre de la herida bañó el rostro de la dama, la qual estaba tan sin sentido, que no respondió palabra: los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave, saltaron en tierra, y fueron con presteza á requerir, así al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza, el qual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los ayres, y dexo caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela que todas estas acciones habia estado mirando, antes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del Príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dexaba en poder de dos caballeros que la llevasen á Irlan-

da, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la tristeza misma, y mucho mas quando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida: ¡ay, dixo á esta sazon, con que prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematára con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida! ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿qué imposibles son estos que descubro á cada paso de mi remedio? mas pues aquí son escusados los llantos y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos, por ahora á la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos; y luego pidió á Mauricio pidiese á los marineros del esquife volviesen al navio por ins-

trumentos para hacer las sepulturas. Hízolo así Mauricio, y fue á la nave con intencion de concertarse con el Piloto ó Capitan que hubiese para que los sacase de aquella isla, y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entretanto tuvieron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad christiana no consintió que la desnudasen.

Volvió Mauricio con los instrumentos, habiendo negociado todo aquello que quiso: hizose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron como católicos que se hiciese ninguna á los muertos en el desafio. Rosamunda, que despues que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados al tiempo que iban á sepultar á Taurisa, levantando el rostro dixo: si os preciais, señores de caritativos, y

si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad de estas dos virtudes conmigo: yo desde el punto que tuve uso de razon, no la tuve, porque siempre fuí mala con los años verdes y con la hermosura mucha: con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los Reyes, y he traido á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo salteador y robador de la humana belleza de las mugeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada; mas como los vicios tienen asiento en el alma que no envejece, no quieren dexarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo ir con la corriente de mis gustos, he

me ido ahora con el que me da el ver siquiera á este bárbaro muchacho, el qual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia que es de fuego, con la suya que es de la helada nieve; veome despreciada y aborrecida, en lugar de estimada y bien querida, golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y estiende la mano para alcanzarme de la vida: por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esa sepultura, que puesto que mezcleis mis lascivos huesos con los de esa casta doncella, no los contaminarán, que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que esten; y volviéndose al mozo Antonio, prosiguió: y tú, arrogante mozo, que agora tocas, ó estás para tocar las márgenes y rayas del deleyte,

pide al cielo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza, y si yo he ofendido tus recientes oidos, que así los puedo llamar, con mis inadvertidas y no castas palabras, perdoname, que los que piden perdon en este trance, por cortesia siquiera, merecen ser, si no perdonados, á lo menos escuchados: esto diciendo, dió un suspiro envuelto en un mortal desmayo.

CAPÍTULO XXI.

Yo no sé, dixo Mauricio á esta sazon, qué quiere este que llaman amor, por estas montañas, por estas soledades y riscos, por entre estas nieves y hielos, dexándose alla los Pafos, Gnidos, las Cipres, los Eliseos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos. Au-

ristela, Transila, Constanza y Ricla quedaron atónitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lágrimas enterraron á Taurisa, y despues de haber vuelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron y embarcaron en el esquife de la nave, donde fueron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba, solo Rosamunda, que estaba tal que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzaron velas, lloraron algunos los Capitanes muertos, y instituyeron luego uno que lo fuese de todos y siguieron su viage, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de corsarios y no Irlandeses, como á Arnaldo le había dicho, sino de una isla revelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañia, siempre iba temiendo algun reves de su acelerada costumbre y mal modo de vivir, y como viejo

y experimentado en las cosas del mundo, no le cabia el corazon en el pecho, temiendo que la mucha hermosura de Auristela, la gallardia y buen parecer de su hija Transila, los pocos años y nuevo trage de Constanza, no despertasen en aquellos corsarios algun mal pensamiento. Serviales de argos el mozo Antonio, de lo que sirvió el pastor de Anfriso: eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus quartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas, que debaxo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer, de manera que una noche la hallaron en una cámara del navio sepultada en perpetuo silencio: harto habian llorado, mas no dexaron de sentir su muerte compasiva y christianamente: sirvióle el ancho mar de sepultura, donde no tuvo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio, el qual y todos rogaron

muchas veces á los corsarios que los llevasen de una vez á Irlanda, ó á Ibernia, si ya no quisiesen á Inglaterra ó Escocia: pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa, no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios. La bárbara Ricla bien comprára á pedazos de oro que los llevára á Inglaterra, pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen, antes que se los pidiesen. Dióles el Capitan estancia á parte, y acomodóles de manera, que les aseguró de la insolencia que podian temer de los soldados.

De esta manera anduvieron casi tres meses por el mar de unas partes á otras, ya tocaban en una isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierto, propia costumbre de corsarios que buscan su ganancia; las veces que habia calma, y el mar sosegado no les dexaba navegar. El nuevo Capitan del navío se iba á entretener á la estan-

cia de sus pasageros, y con plá-ticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entre-nia y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Cons-tanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al Ca-pitan, ni á Mauricio: con todo es-to estuvieron un dia atentas á la historia que en este siguiente ca-pítulo se cuenta que el Capitan les dixo.

CAPÍTULO XXII.

DONDE EL CAPITAN DA CUENLA DE LAS GRANDES FIESTAS QUE ACOSTUM-BRABA HACER EN SU REYNO EL REY POLICARPO.

Una de las islas que están junto á la de Ibernia, me dió el cielo por patria, es tan grande que toma nombre de Reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucesion de padre á hijo; sus moradores le eli-

gen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso y mejor hombre que en él se hallare, sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el Rey, y toma el cetro absoluto del mando, el qual le dura mientras le dura la vida, ó mientras no se empeora en ella, y con esto los que no son Reyes, procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas, para no dexar de ser Reyes: con esto se cortan las alas á la ambicion, se atierra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara, y queda sin el alcanzado premio: con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia y respladece la misericordia; despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo, son mejor despachados; no agovian la vara de la justicia las

dádivas, ni la carne y sangre de los parentescos; todas las negociaciones guardan sus puntos, y andan en sus quicios: finalmente, reyno es donde se vive sin temor de los insolentes, y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre, á mi parecer, justa y santa puso el cetro del Reyno en las manos de Policarpo, varon insigne y famoso, así en las armas como en las letras, el qual tenia, quando vino á ser Rey, dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforosa: no tenian madre, que no les hizo falta quando murió, sino en la compañía, que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas, dando maravilloso exemplo á todo el reyno: con estas buenas partes, así ellas como el padre, se hacian amables, se estimaban de todos. Los Reyes por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos, procuran tener alegre el pueblo, y en-

tretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias principalmente solemnizaban el dia que fueron asumptos al reyno, con hacer que se renovasen los juegos que los Gentiles llamaban Olímpicos, en el mejor modo que podian : señalaban premio á los corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra.

Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretexidos, que la dexaban á la sombra : ponian en la mitad un suntuoso teátro, en el qual sentado el Rey y la Real familia, miraban los apacibles juegos : llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza, en solemnizarle sobre todos quantos hasta allí se habian hecho, y quando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reyno,

y quando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y quando ya quatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenian los pies izquierdos delante, y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera, sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola habian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera: digo, que en este tiempo vieron venir por la mar un barco que le blanqueban los costados, el ser recien despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traia, impelidos de doce, al parecer, gallardos mancebos, de dilatadas espaldas y pechos, y de nerbudos brazos; venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia de encarnado, como marinero. Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella, y el saltar todos los

que en él venian en tierra, fué una misma cosa: mandó Policarpo que no saliesen á la carrera, hasta saber, qué gente era aquella, y á lo que venia, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al Rey, fué el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta y todas juntas tan hermosas, que formaban un compuesto admirable: luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dixo al Rey: Señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia de estos juegos, venimos á servirte, y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dexamos en

la isla Scinta que no está lejos de aquí, y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos y de la fuerza de nuestros brazos; todos somos nobles y deseosos de ganar honra, y por la que debes hacer, como Rey que eres, á los extrangeros que á tu presencia llegan, te suplicamos, nos concedas licencia para mostrar, ó nuestras fuerzas, ó nuestros ingenios, en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido jóven, que vos pedis lo que quereis con tanta gracia y cortesía, que seria cosa injusta el negaroslo; honrad mis fiestas en lo que quisieredes, dexadme á mí el cargo de premiaroslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperanza dexais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo, y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento, y en dos

brincos se puso ante la cuerda que detenia á los quatro ligeros corredores: sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera: sonó una trompeta, soltaron la cuerda, y arrojáronse al vuelo todos cinco, pero aun no habrian dado veinte pasos, quando con mas de seis se les aventajó el recien venido, y á los treinta ya los llevaba de ventaja mas de quince: finalmente se los dexó á poco mas de la mitad del camino, como si fueran estátuas inmovibles con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa que le seguia con la vista, así corriendo, como estando quedo, porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades, no solo los ojos de quantos le miraban. Noté yo esto, porque tenia los mios atentos á mirar á Policarpa, objeto dulce de mis deseos, y de camino miraba los movimientos de Sinforosa.

Comenzó luego la envidia á apo-

derarse de los pechos de los que se habian de probar en los juegos, viendo con quanta facilidad se habia llevado el extrangero el precio de la carrera. Fué el segundo certamen el de la esgrima : tomó el ganancioso la espada negra , con la qual á seis que le salieron , cada uno de por sí les cerró las bocas, mosqueó las narices , les selló los ojos , y les santiguó las cabezas, sin que á él le tocasen , como decirse suele , un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero : luego se acomodaron otros seis á la lucha , donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo , descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos pechos y los nervios y músculos de sus fuertes brazos, con los quales y con destreza y maña increible hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo , quedasen impresas en la tierra : asió luego de una pesada barra, que estaba

hincada en el suelo, porque le dixeron, que era el tirarla el quarto certamen: sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante, para que le diesen lugar donde el tiro cupiese. Tomando la bárra por la una punta, sin volver el brazo atras, la impelió con tanta fuerza, que pasando los límites de la marina, fué menester, que el mar se los diese, en el qual bien adentro quedó sepultada la barra.

Esta monstruosidad notada de sus contrarios, les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda; pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un arbol muy alto y muy liso, al cabo del qual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la qual habian de tirar no mas de un tiro, los que en aquel certamen quisiesen probarse: uno que presumia de certero, se adelantó y tomó la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes

que otro, tiró y clavó su flecha casi en el fin de la lanza, del qual golpe azorada la paloma se levantó en el ayre, y luego otro no menos presumido que el primero, tiró con tan gentil certería, que rompió el hilo, donde estaba asida la paloma, que suelta y libre del lazo que la detenia, entregó su libertad al viento, y batió las alas con priesa: pero él ya acostumbrado á ganar los primeros premios, disparó su flecha, y como si mandára lo que habia de hacer, y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo, pues dividiendo el ayre con un rasgado y tendido silvo, llegó á la paloma, y le pasó el corazon de parte á parte quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del estrangero, el qual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra, y en el tirar de la ballesta y en otras muchas pruebas que no cuento, con gran-

dísimas ventajas se llevó los primeros premios, quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas.

Quando se acabaron los juegos, seria el crepúsculo de la noche, y quando el Rey Policarpo quería levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo, vió que puesto de rodillas ante él, le dixo: nuestra nave quedó sola y desamparada, la noche cierra algo oscuro, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible, quiero ó gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el Rey, preguntóle el nombre, dixo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores, con que adornaba su hermosísima cabeza, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dixo al ponérsela: quando mi padre sea tan venturoso de que vol-

vais á verle, vereis como no vendreis á servirle sino á ser servido.

CAPÍTULO XXIII.

DE LO QUE SUCEDIÓ Á LA ZELOSA AURISTELA QUANDO SUPO QUE SU HERMANO PERIANDRO ERA EL QUE HABIA GANADO LOS PREMIOS DEL CERTAMEN.

¡Oh poderosa fuerza de los zelos! oh enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! ¡oh hermosísima Auristela, detente, no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia! ¿pero quién podrá tener á raya los pensamientos; que suelen ser tan ligeros y sutiles, que como no tienen cuerpo pasan las murallas, traspasan los pechos, y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano, y habiendo oido antes las

alabanzas de Sinforosa, y el favor que en ponerle la guirnalda le habia hecho, rindió el sufrimiento á las sospechas, y entregó la paciencia á los gemidos, y dando un gran suspiro y abrazándose con Transila, dixo: querida amiga mia, ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro, ¿no le vés en la boca de este valeroso Capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas á los favores de una doncella, que á los cuidados que le debian dar los desvelos y pasos de esta su hermana? ¿ándase buscando palmas y trofeos por las tierras agenas, y déxase entre los riscos y entre las peñas, y entre las montañas que suele levantar la mar alterada á esta su hermana, que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle?

Estas razones escuchaba atentísimamente el Capitan del navio, y no sabia qué conclusion sacar de

ellas, solo paró en decir, pero no dixo nada, porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio, que le hizo poner en pie sin responder á Auristela, y dando voces á los marineros que amaynasen las velas y las templasen y asegurasen, acudió toda la gente á la faena: comenzó la nave á volar en popa, con mar tendido y largo por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia, por dexar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela, ¿qué sobresalto era aquel que tal le habia puesto, que á ella le habia parecido haberle causado el haber oido nombrar el nombre de Periandro, y no sabia por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre. ¡Ay amiga, respondió Auristela, de tal manera estoy obligada á te-

ner en perpetuo silencio una peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida soy forzada á guardarle! en sabiendo quien soy, que sí sabrás si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos: vés quan grande es el ñudo del parentesco de un hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro: ves ansimismo, quan propio es de los enamorados ser zelosos, pues con mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. ¿Este Capitan, amiga, no exâgeró la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro no le miró? sí sin duda. ¿Y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿pues qué mucho que haya despertado en

el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo quanto el Capitan ha contado, sucedió antes de la prision de la insula Bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado donde habrás hallado, que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto; y no creo yo que las fuerzas de los zelos lleguen á tanto, que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira, hija Transila, dixo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables: procura ser tan discreta que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte: la curiosidad en los negocíos propios se puede sutilizar y atildar; pero en los agenos que no nos importan ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio la hizo tener cuenta con su

discrecion y con su lengua, porque la de Transila poco necia, llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia.

Amansó en tanto el viento sin haber dado lugar á que los marineros temiesen, ni los pasageros se alborotasen. Volvió el Capitan á verlos, y á proseguir su historia por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó, oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada, y saber del Capitan si los favores que Sinforosa habia hecho á Periandro, se estendieron á mas que coronarle, y así se lo preguntó modestamente, y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el Capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced, que así se han de llamar los favores de las damas, á Periandro, aunque á pesar de la bondad de Sinforosa, á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en la

suya á Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro, ella las subia y las levantaba sobre los cielos, y por haberle ella mandado que saliese en un navio á buscar á Periandro y le hiciese volver á ver á su padre, confirmaba mas su sospechas. ¿Cómo y es posible, dixo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los Reyes, las levantadas sobre el trono de la fortuna, se han de humillar á dar indicios de que tienen los pesamientos en humildes sugetos colocados? y siendo verdad, como lo es, que la grandeza y magestad no se aviene bien con el amor, antes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza, hase de seguir que Sinforosa, Reyna, hermosa y libre no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo, cuyo estado no prometia ser grande, el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos, como lo son todos los que go-

biernan los remos. Calla, hija Auristela, dixo Mauricio, que en ninguna otras acciones de naturaleza se ven mayores milagros, ni mas continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales los milagros se pasan en silencio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean: el amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la baxeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú, señora, y sé yo muy bien la gentileza, la gallardia y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura, y es privilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los corazones de quantos la conocen; y quanto la hermosura es mayor, y mas conocida, es mas amada y estimada: así que no seria milagro que Sinforosa, por principal que sea, ame á tu hermano, porque no le amaria como á Periandro á

secas, sino como á hermoso, como á valiente, como á diestro, como á ligero, como á sugeto donde todas las virtudes están recogidas y cifradas. ¿Qué, Periandro es hermano de esta señora? dixo el Capitan. Sí, respondio Transila, por cuya ausencia ella vive perpetua tristeza, y todos nosotros que la queremos bien, y á él le conocimos en llanto y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo, la division del esquife y de la barca, con todo aquello que fue bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban; en el qual punto dexa el Autor el primer libro de esta grande historia, y pasa al segundo donde se contarán cosas que aunque no pasan de la verdad, sobrepujan á la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I.

DONDE SE CUENTA COMO EL NAVIO SE VOLCÓ CON TODOS LOS QUE DENTRO DE ÉL IBAN.

Parece que el autor de esta historia sabia mas de enamorado que de historiador, porque casi este primer capítulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en una difinicion de zelos, ocasionados de los que mostró tener Auristela por lo que le contó el Capitan del navio; pero en esta traducion, que lo es, se quita por prolixa y por cosa en muchas partes referida y ventilada; y se viene á la verdad del caso, que fue, que cambiándose el viento y enmarañándose las nubes, cerró la noche oscura y tenebrosa, y los truenos dando por

mensageros á los relámpagos, tras quien se siguen, comenzáron á turbar los marineros, y á deslumbrar la vista de todos los de la nave, y comenzó la borrasca con tanta furia que no pudo ser prevenida de la diligencia y arte de los marineros, y así aun mismo tiempo les cogió la turbacion y la tormenta; pero no por esto dexó cada uno de acudir á su oficio, y á hacer la faena que vieron ser necesaria, si no para escusar la muerte, para dilatar la vida: que los atrevidos que de unas tablas le fian, la sustentan quanto pueden, hasta poner su esperanza en un madero, que acaso la tormenta desclavó de la nave, con el qual se abrazan, y tienen á gran ventura tan duros abrazos. Mauricio se abrazó con Transila, su hija, Antonio con Ricla y con Constanza su madre y hermana, solo la desgraciada Auristela quedó sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoja, que era el de la muerte, á quien ella de bue-

na gana se entregára, si lo permitiera la christiana y católica religion, que con muchas veras procuraba guardar, y así se recogió entre ellos, y hechos un ñudo, ó por mejor decir, un ovillo se dexaron calar así hasta la postrera parte del navio, por escusar el miedo espantoso de los truenos y la interpolada luz de los relampagos, y el confuso estruendo de los marineros, y en aquella semejanza del Limbo se escusaron de no verse, unas veces tocar el cielo con las manos, levantándose el navio sobre las mismas nubes, y otras veces barrer la gabia las arenas del mar profundo: esperaban la muerte cerrados los ojos, ó por mejor decir, la temian sin verla: que la figura de la muerte, en qualquier trage que venga es espantosa, y la que coge á un desapercibido en todas sus fuerzas y salud, es formidable.

La tormenta creció de manera, que agotó la ciencia de los marineros, la solicitud del Capi-

tan, y finalmente la esperanza de remedio en todos: ya no se oian voces que mandaban, hágase esto ó aquello, sino gritos de plegarias y votos que hacian, y á los cielos se enviaban; y llegó á tanto esta miseria y estrecheza, que Transila no se acordaba de Ladislao, Auristela de Periandro: que uno de los efectos poderosos de la muerte es, borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega á hacer que no se sienta la pasion zelosa, téngase por dicho, que puede lo imposible. No habia allí relox de arena, que distinguiese las horas, ni aguja que señalase el viento, ni buen tino que atináse el lugar donde estaban; todo era confusion, todo era grita, todo suspiros y todo plegarias. Desmayó el Capitan, abandonáronse los marineros, rindiéronse las humanas fuerzas, y poco á poco el desmayo llamó al silencio, que ocupó las voces de los mas de los miseros que se quejaban. Atrevióse el mar in-

solente á pasearse por cima de la cubierta del navio, y aun á visitar las mas altas gabias, las quales tambien ellas, casi como en venganza de su agravio, besáron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia el que no trae consigo claridad alguna, la nave se estuvo queda y estancó, sin moverse á parte alguna, que es uno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder á un baxel: finalmente combatida de un uracan furioso, como si la volviéran con algun artificio, puso la gabia mayor en la hondura de las aguas y la quilla descubrió á los cielos, quedando hecha sepultura de quantos en ella estaban. A dios, castos pensamientos de Auristela, á dios, bien fundados disinios: sosegaos, pasos tan honrados como santos, no espereis otros mauseolos, ni otras pirámides, ni agujas, que las que os ofrecen esas mal breadas tablas. Y vos, ó Transila,

exemplo claro de honestidad, en los brazos de vuestro discreto y anciano padre podeis celebrar las bodas, si no con vuestro esposo Ladislao, á lo menos con la esperanza que ya os habrá conducido á mejor tálamo: y tú, ó Ricla, cuyos deseos te llevaban á tu descanso, recoge en tus brazos á Antonio y á Constanza, tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorartela en el cielo. En resolucion el volcar de la nave, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del autor de esta grande y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oirán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II.

DONDE SE CUENTA UN ESTRAÑO SUCESO.

Parece que el volcar de la nave volcó, ó por mejor decir, turbó el juicio del autor de esta historia, porque á este segundo capítulo le dió quatro ó cinco principios, casi como dudando, qué fin en él tomaria: en fin, se resolvió, diciendo, que las dichas y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no hay medio que las divida: andan el pesar y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo da fácilmente á entender este estraño suceso: sepultóse la nave, como queda dicho, en las aguas, quedáron los muertos sepultados sin tierra, deshiciéronse sus esperanzas, quedando imposible á todos su remedio; pero los piadosos cielos que de muy atras

toman la corriente de remediar nuestras desventuras, ordenáron que la nave fuese llevada poco á poco de las olas ya mansas y recogidas á la orilla del mar en una playa, que por entónces su apacibilidad y mansedumbre podia servir de seguro puerto, y no lejos estaba un puerto capacísimo de muchos baxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros se estaba mirando una ciudad populosa, que por una alta loma sus vistosos edificios levantaba.

Vieron los de la ciudad el bulto de la nave, y creyeron ser el de alguna vallena, ó de otro gran pescado, que con la borrasca pasada habia dado al traves: salió infinita gente á verlo, y certificándose ser navio, lo dixeron al Rey Policarpo, que era el señor de aquella ciudad, el qual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa y Sinforosa, salió tambien, y ordenó, que con cabestrantes, con tornos y con bar-

cas, con que hizo rodear toda la nave, la tirasen y encaminasen al puerto. Saltáron algunos encima del buco, y dixeron al Rey que dentro de él sonaban golpes, y aun casi se oían voces de vivos. Un anciano caballero que se halló junto al Rey, le dixo: yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Génova, una galera de España, que por hacer el cur con la vela, se volcó, como está ahora este baxel, quedando la gavia en la arena, y la quilla al cielo, y antes que la volviesen, ó enderezasen, habiendo primero oido rumor, como en este se oye, aserraron el baxel por la quilla, haciendo un buco capaz de ver lo que dentro estaba, y el entrar la luz dentro y el salir por él el Capitan de la misma galera, y otros quatro compañeros suyos, fue todo uno. Yo vi esto, y está escrito este caso en muchas historias Españolas, y aun podria ser viniesen agora las personas, que

segunda vez nacieron al mundo del vientre de esta galera, y si aqui sucediese lo mismo, no se ha de tener á milagro, sino á misterio, que los milagros suceden fuera del órden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros y no lo son, sino casos que acontecen raras veces. ¿Pues á qué aguardamos? dixo el Rey: sierrese luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita vivos, yo lo tendré por milagro: grande fue la priesa que se dieron á serrar el baxel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto: abrióse en fin una gran concavidad, que descubrió muertos, y vivos que lo parecian; metió uno el brazo, y asió de una doncella, que el palpitarle el corazon daba señales de tener vida, otros hicieron lo mismo, y cada uno sacó su presa, y algunos pensando sacar vivos, sacaban muertos, que no todas veces los pescadores son dichosos: finalmente, dán-

doles el ayre, y la luz á los medio vivos, respiraron y cobraron aliento, limpiáronse los rostros, fregáronse los ojos, estiraron los brazos, y como quien despierta de un pesado sueño, miraron á todas partes, y hallóse Auristela en los brazos de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla y Constanza en los de Rutilio, Antonio el padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por sí mismo, y lo mismo hizo Mauricio: Arnaldo quedó mas atónito y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miróle Auristela, y no conociéndole, la primera palabra que le dixo, fue (que ella fue la primera que rompió el silencio de todos): por ventura, hermano mio, está entre esta gente la bellísima Sinforosa? Santos cielos ¿qué es esto, dixo entre sí Arnaldo? ¿qué memorias de Sinforosa son éstas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al cielo por las recibi-

das mercedes? pero con todo esto le respondió y dixo, que sí estaba; y le preguntó, ¿que cómo la conocia, porque Arnaldo ignoraba, lo que Auristela con el Capitan del navio que le contó los triunfos de Periandro, habia pasado, y no pudo alcanzar la causa, por la qual Auristela preguntaba por Sinforosa, que si la alcanzára, quizá dixera, que la fuerza de los zelos es tan poderosa y tan sutíl, que se entra y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va á buscar al alma enamorados en los últimos trances de la vida. Y despues que pasó algun tanto el pavor en los resucitados, que así pueden llamarse, y la admiracion en los vivos que los sacaron, y el discurso en todos dió lugar á la razon, confusamente unos á otros se preguntaban, como los de la tierra estaban allí, y los del navio venian allí. Policarpo en esto, viendo que el navio, al abrirle la boca, se le habia llenado de agua, en el lugar de ayre que te-

nia, mandó llevarle á jorro al puerto, y que con artificios le sacasen á tierra, lo qual se hizo con mucha presteza; salieron asimismo á tierra toda la gente que ocupaba la quilla del navio, que fueron recibidos del Rey Policarpo y de sus hijas y de todos los principales ciudadanos con tanto gusto como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente á Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela: fue tambien á la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo y nuevo trage, pocos años y gallardía de la bárbara Constanza, de quien no desdecia el buen parecer y donaire de Ricla, su madre; y por estar la ciudad cerca, sin prevenirse de quien los llevase, fueron todos á pie á ella.

Ya en este tiempo habia llegado Periandro á hablar á su hermana Auristela, Ladislao á Transila, y el bárbaro padre á su muger y su hija, y los unos á los otros se

fueron dando cuenta de sus sucesos: solo Auristela ocupada toda en mirar á Sinforosa callaba, pero en fin habló á Periandro, y le dixo: ¿Por ventura, hermano, esta hermosisima doncella que aquí va es Sinforosa la hija del Rey Policarpo? Ella es, respondió Periandro, sujeto donde tienen su asiento la belleza y la cortesia. Muy cortes debe de ser, respondió Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondió Periandro, las obligaciones que yo la tengo, me obligaran, ó querida hermana mia, á que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ella encareceis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas divinas, replicó Periandro, no se han de comparar las humanas; las hipérboles y alabanzas por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados: decir, que una múger es mas hermosa que un angel, es

encarecimiento de cortesia, pero no de obligacion: sola en tí, dulcisima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerzas de verdad los encarecimientos que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis desasosiegos, ó hermano mio, no turbáran la mia, quizá creyera ser verdaderas las alabanzas que de ella dices: pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reducir á sosiego mi desasosiego y á bonanza mi tormenta; y en este entretanto con el encarecimiento que puedo, te suplico que no te quiten ni borren de la memoria lo que me debes otras agenas hermosuras, ni otras obligaciones que en la mia, y en las mias podras satisfacer el deseo y llenar el vacio de tu voluntad: si miras, que juntando la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, á la de mi alma, hallarás un compuesto de hermosura que te satisfaga.

Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela, juzgaba-

la zelosa, cosa nueva para él, por tener por larga experiencia conocido que la discrecion de Auristela jamas se atrevió á salir de los límites de la honestidad, jamas su lengua se movió á declarar sino honestos y castos pensamientos, jamas le dixo palabra que no fuese digna de decirse á un hermano en público y en secreto. Iba Arnaldo envidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su muger y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallase la grandeza de tan extraño suceso. Llegaron á la ciudad, y el liberal Policarpo honró á sus huespedes real y magnificamente, y á todos los mandó alojar en su palacio, aventajándose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia, que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le habian sa-

cado de su reyno, y así como vió la belleza de Auristela, halló su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo quarto Policarpa y Sinforosa alojaron á Auristela, de la qual no quitaba la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de haberla hecho, no amante, sino hermana de Periandro; y ansi por su estremada belleza, como por el parentesco tan estrecho que con Periandro tenia, la adoraba, y no sabia un punto desviarse de ella; desmenuzabale sus facciones, notabale las palabras, ponderaba su donayre, hasta el sonido y órgano de la voz le daba gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraba á Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraba con zelos, y Sinforosa con sencilla benevolencia. Algunos dias estuvieron en la ciudad descansando de los trabajos pasados, y dando traza de volver Arnaldo á Dinamarca, ó adonde

Auristela y Periando quisieran, mostrando como siempre lo mostraba, no tener otra voluntad que la de los dos hermanos. Clodio que con ociosidad y vista curiosa habia mirado les movimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, un dia en que se halló solo con él, le dixo: yo que siempre los vicios de los Príncipes he reprehendido en público, sin guardar el debido decoro que á su grandeza se debe, sin temer el daño que nace del decir mal, quiero agora sin tu licencia decirte en secreto, lo que te suplico, con paciencia me escuches, que lo que se dice aconsejando en la intencion halla disculpa lo que no agrada.

Confuso estaba Arnaldo, no sabiendo en que iban á parar las prevenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo determinó de escuchalle, y así le dixo, que dixese lo que quisiese, y Clodio con este salvo conduto prosiguió, di-

ciendo: tú, señor, amas á Auristela: mal dixe amas, adoras dixera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hacienda, ni de quien es, que aquello que ella ha querido decirte, que no te ha dicho nada; hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles por enternecer su dureza, amansar su rigor y rendir su voluntad á la tuya por los medios honestisimos y eficaces del matrimonio; y en la misma entereza se está hoy, que el primero dia que la solicitaste, de donde arguyo, que quanto á tí te sobra de paciencia, le falta á ella de conocimiento; y has de considerar, que algun gran misterio encierra, desechar una muger un reyno y un Príncipe, que merece ser amado: misterio tambien encierra, ver una doncella vagabunda, llena de recato de encubrir su linage, acompañada de un mozo que como dice que lo es, po-

dria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta á las inclemencias del cielo, y á las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar son los de la honra, á quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aquí llegaba Clodio, mostrando querer proseguir con un filosófico y grave razonamiento, quando entró Periandro, y le hizo callar con su llegada á pesar de su deseo y aun de el de Arnaldo, que quisiera escucharle: entraron asimismo Mauricio, Ladislao y Transila, y con ellos Auristela arrimada al hombro de Sinforosa, mal dispuesta, de modo que fue menester llevarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos y temores en los pechos de Periandro y Arnaldo, que á no encubrillos

con discrecion, tambien tuvieran necesidad de los médicos como Auristela.

CAPÍTULO III.

Apenas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandó llamar sus médicos que la visitasen, y como los pulsos son lenguas que declaran la enfermedad que se padece, hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conoció su enfermedad Periandro y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los médicos, que en ninguna manera la dexasen sola, y que procurasen entretenerla y divertirla con música, si ella quisiese, ó con otros algunos alegres entretenimientos. Tomó Sinforosa á su cargo su salud, y ofrecióle su compañia á todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera

no tener tan á la vista la causa que pensaba ser de su enfermedad, de la qual no pensaba sanar, porque estaba determinada de no decilla, que su honestidad le ataba la lengua, su valor se oponia á su deseo; finalmente despejaron todos la estancia donde estaba, y quedaronse solas con ella Sinforosa y Policarpa, á quien con ocasion bastante despidió Sinforosa, y á penas se vió sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretándole reciamente las manos con ardientes suspiros, pareció que queria trarladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nuevo la turvaron, y así le dixo: ¿qué es esto, señora mia, que estas muestras me dan á entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia? mirad, si os puedo servir en algo, que para hacerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, quanto puedo

agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo, quiero bien, adoro, dixelo: no, que la vergüenza, y el ser quien soy, son mordazas de mi lengua; ¿pero tengo de morir callando? ¿ha de sanar mi enfermedad por milagro? ¿es por ventura capaz de palabras el silencio? ¿han de tener dos recatados y vengonzosos ojos, virtudes y fuerza para declarar los pensamientos infinitos de un alma enamorada? Esto iba diciendo Sinforosa con tantas lágrimas y con tantos suspiros, que movieron á Auristela á enjugalle los ojos, y á abrazarla y á decirla: no se te mueran, ó apasionada señora, las palabras en la boca, despide de tí por algun pequeño espacio la confusion y el empacho, y hazme tu secre-

taria, que los males comunicados si no alcanzan sanidad, alcanzan alivio: si tu pasion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sé, que eres de carne aunque pareces de alabastro, y bien sé que nuestras almas estan siempre en continuo movimiento, sin que puedan dexar de estar atentas á querer bien á algun sujeto á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de decir que las fuerzan: dime, señora, ¿á quién quieres, á quién amas, y á quién adoras? que como no des en el disparate de amar á un toro, ni en el que dió el que adoró el plátano, como sea hombre, el que segun tú dices adoras, no me causará espanto, ni maravilla: muger soy como tú, mis deseos tengo, y hasta ahora por honra del alma no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura, pero al fin habran de romper por inconvenientes y por imposibles, y siquiera en mi testamento, procuraré que se sepa la

causa de mi muerte. Estabala mirando Sinforosa, cada palabra que decia, la estimaba como si fuera sentencia salida de la boca de un oráculo. Ay, señora, dixo, y como creo que los cielos te han traido por tan extraño rodeo, que parece milagro á esta tierra, condolidos de mi dolor, y lastimados de mi lastima, del vientre oscuro de la nave te volvieron á la luz del mundo para que mi oscuridad tuviese luz, y mis deseos salida de la confusion en que están, y así por no tenerme ni tenerte mas suspensa, sabrás que á esta isla llegó tu hermano Periandro; y sucesivamente le contó del modo que habia llegado, los triunfos que alcanzó, los contrarios que venció, y los premios que ganó, del modo que ya queda contado: dixole tambien, como las gracias de su hermano Periandro habian despertado en ella un modo de deseo, que no llegaba á ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la

soledad y ociosidad, yendo y viniendo el pensamiento á contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como á un Príncipe, que si no lo era, merecia serlo: esta pintura me la gravo en el alma, y yo inadvertida dexé que me la grabase, sin hacerle resistencia alguna, y así poco á poco vine á quererle, á amarle, y aun á adorarle, como he dicho.

Mas dixera Sinforosa, si no volviera Policarpa deseosa de entretener á Auristela, cantando al son de una harpa, que en las manos traia: enmudeció Sinforosa, quedó perdida Auristela, pero el silencio de la una y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dexasen de prestar atentos oidos á la sin par en música, Policarpa, que de esta manera comenzó á cantar en su lengua, lo que despues dixo el bárbaro Antonio, que en la castellana decia:

Cintia, si desengaños no son parte,
para cobrar la libertad perdida,
da riendas al dolor, suelta la vida,
que no es valor, ni es honra el
no quejarte.

Y el generoso ardor que parte á
parte
tiene tu libre voluntad rendida,
será de tu silencio el homicida,
quando pienses por él eternizarte.

Salga con la doliente anima fuera
la enferma voz, que es fuerza y
es cordura.
decir la lengua, lo que al alma toca.

Quejándote, sabrá el mundo si-
quiera,
quan grande fue de amor tu ca-
lentura,
pues salieron señales á la boca.

Ninguno como Sinforosa, entendió los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus deseos, y puesto que tenia determi-

nado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprovecharse del consejo de su hermana, diciendo á Auristela sus pensamientos, como ya se los habia comenzado á decir. Muchas veces se quedaba Sinforosa con Auristela, dando á entender, que mas por cortes, que por su gusto propio la acompañaba: en fin una vez tornando á anudar la plática pasada, le dixo: oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullen en el alma, no dexan sosegar la lengua: rebentaré si no las digo, y este temor, á pesar de mi crédito, haré que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mí conocidas, lleváron tras sí mis enamorados deseos, y sin entremeterme en saber quien son sus padres, la patria, ó riquezas, ni el punto en que le ha levantado la fortuna, solamente atiendo á la mano liberal con que la naturaleza le ha enriquecido: por sí solo le quiero, por sí solo le amo, y

por sí solo le adoro; y por tí sola, y por quien eres, te suplíco, que sin decir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien que pudieres: innumerables riquezas me dexó mi madre en su muerte, sin sabiduría de mi padre; hija soy de un Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin, es Rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida: dame, señora, á tu hermano por esposo, darete yo á mí misma por hermana, repartiré contigo mis riquezas, procuraré darte esposo, que despues, y aun antes de los dias de mi padre, le elijan por Rey los de este reyno; y quando esto no pueda ser, mis tesoros podrán comprar otros reynos. Teniale á Auristela de las manos Sinforosa, bañándoselas en lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la decia: acompañabale en ellas Auristela, juzgando en sí misma, quales y

quantos suelen ser los aprietos de un corazon enamorado, y aunque se le representaba en Sinforosa una enemiga, la tenia lástima, que un generoso pecho no quiere vengarse quando puede, quanto mas que Sinforosa no la habia ofendido en cosa alguna, que la obligáse á venganza: su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que á ella traia desatinada: finalmente, no podia culparla, sin que ella primero no quedáse convencida del mismo delito: lo que procuró apurar, fue, si la habia favorecido alguna vez, aunque fuese en cosas leves, ó si con la lengua, ó con los ojos habia descubierto su amorosa voluntad á su hermano. Sinforosa la respondió, que jamas habia tenido atrevimiento de alzar los ojos á mirar á Periandro, sino con el recato, que á ser quien era, debia, y que al paso de sus ojos habia andado el recato de su lengua. Bien creo eso, respondió Auriste-

la, ¿pero es posible, que él no ha dado muestras de quererte? si habrá, porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca, y ablande una belleza tal como la tuya, y así soy de parecer, que antes qne yo rompa esta dificultad, procures tú hablarle, dandole ocasion para ello con algun honesto favor, que tal vez los impensados favores despiertan y encienden los mas tibios, y descuidados pechos, que si una vez él responde á tu deseo, seráme facil á mi hacerle, que de todo en todo, le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosísimos: no te aconsejo yo que te deshonestes, ni te precipites, que los favores que hacen las doncellas á los que aman, por castos que sean no lo parecen, y no se ha de aventurar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turba-

dos ofrece lugar y coyuntura de mostrarlos sin menoscabo de su crédito.

CAPÍTULO IV.

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA Y AMORES DE SINFOROSA.

Atenta estaba la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo á ellas, sino volviendo á anudar las del pasado razonamiento, le dixo: mira, amiga y señora, hasta donde llegó el amor, que engendró en mi pecho el valor que conocí en tu hermano, que hice que un capitan de la guarda de mi padre le fuese á buscar y le traxese por fuerza, ó de grado á mi presencia; y el navio en que se embarcó, es el mismo en que tú llegaste, porque en él entre los muertos le han hallado sin vida. Así debe de ser, respondió Auristela, que él me contó gran parte de lo que tú me has

dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los quales, si es posible, quiero que sosiegues, hasta que se los descubras á mi hermano, ó hasta que yo tome á cargo tu remedio, que será luego que me descubras lo que con él te hubiere sucedido, que ni á tí te faltará lugar para hablarle, ni á mí tampoco. De nuevo volvió Sinforosa á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo volvió Auristela á tenerla lástima. En tanto que entre las dos esto pasaba, se las habia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar, ó por deshacer los amorosos pensamientos de Arnaldo, y hallándole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dixo: El otro dia, te dixe, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efecto es muger, aunque parece un ángel, y que Periandro es hom-

bre, aunque sea su bermano; y no por esto quiero decir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato, y si por ventura te dieren lugar, de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres, quien eres, la soledad de tu padre, la falta que hace á tus vasallos, la contigencia en que te pones de perder tu reyno, que es la misma en que está la nave donde falta el piloto, que la gobierne: mira que los Reyes están obligados á casarse, no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen de dar buenos sucesores á sus reynos: desmengua y apoca el respeto que se debe al Príncipe, el verle coxear en la sangre, y no basta decir que la grandeza del Rey es en sí tan poderosa, que iguala consigo misma la baxeza de la muger que escogiere: el caballo y la yegua de casta generosa y conocida prome-

ten crias de valor admirable, mas que las no conocidas y de baxa estirpe : entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble : así que, ó señor mio, ó te vuelve á tu reyno, ó procura con el recato, no dexar engañarte ; y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiciente y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado : debaxo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las ínclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece que va mejorando mi condicion, hasta aquí depravada. Yo te agradezco, ó Clodio, dixo Arnaldo, el buen consejo que me has dado, pero no consiente ni permite el cielo que le reciba : Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mí qualquiera cosa que dixere, ha de ser

verdad : yo la adoro sin disputa, que el abismo casi infinito de su hermosura lleva tras sí el de mis deseos , que no pueden parar sino en ella , y por ella he tenido , tengo y he de tener vida , ansi que Clodio no me aconsejes mas , porque tus palabras se llevarán los vientos , y mis obras te mostrarán quan vanos serán para conmigo tus consejos. Encogió los hombros Clodio, baxó la cabeza , y apartóse de su presencia, con propósito de no servir mas de consejero, porque el que lo ha de ser , requiere tener tres calidades : la primera autoridad , la segunda prudencia , y la tercera ser llamado: estas revoluciones, trazas y máquinas amorosas andaban en el palacio de Policarpo , y en los pechos de los confusos amantes: Auristela zelosa, Sinforosa enamorada , Periandro turbado , Arnaldo pertinaz , y Mauricio haciendo designios de volver á su patria contra la voluntad de Transila, que no queria volver á la presencia de

gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao, su esposo, no osaba ni queria contradecirla; Antonio el padre moria por verse con sus hijos y muger en España, y Rutilio en Italia, su patria: todos deseaban, pero á ninguno se le cumplian sus deseos, condicion de la naturaleza humana, que puesto que Dios la crió perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta siempre la ha de haber, mientras no dexáremos de desear.

Sucedió, pues, que casi de industria dió lugar Sinforosa á que Periandro se viese solo con Auristela, deseosa que se diese principio á tratar de su causa, y á la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida, ó muerte: las primeras palabras que Auristela dixo á Periandro, fueron: esta nuestra peregrinacion, hermano y señor mio, tan llena de trabajos y sobresaltos, tan amena-

zadora de peligros, cada dia y cada momento me hace temer los de la muerte, y querria que diesemos traza de asegurar la vida, sosegándola en una parte, y ninguna hallo tan buena como ésta donde estamos, que aquí se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promesas, sino en verdad, y muger noble y hermosisima en todo estremo, digna no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tú la ruegues, la pidas y la procures. En tanto que Auristela esto decia, la miraba Periandro con tanta atencion, que no movia las pestañas de los ojos, corria muy apriesa con el discurso de su entendimiento, para hallar donde podrian ir encaminadas aquellas razones; pero pasando adelante con ellas Auristela, le sacó de su confusion, diciendo: digo, hermano, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo, que Sinforosa te adora, y te quiere por esposo: dice que tiene riquezas in-

creibles, y yo digo, que tiene creible hermosura, digo creible, porque es tal, que no ha menester que exâgeraciones la levanten, ni hipérboles la engrandezcan; y en lo que he echado de ver, es de condicion blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto como honesto: con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estará mal esta compañia: fuera estamos de nuestra patria, tú perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte; nuestro camino á Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta y alarga; mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores y peligros me asaltase la muerte, y así pienso acabar la vida en religion, y querria que tú la acabases en buen estado. Aquí dió fin Auristela á su razonamiento y principio á unas lágrimas que desdecian y borraban

todo quanto habia dicho: sacó los brazos honestamente fuera de la colcha, tendiólos por el lecho, y volvió la cabeza á la parte contraria de donde estaba Periandro, el qual viendo estos estremos, y habiendo oido sus palabras, sin ser poderoso á otra cosa, se le quitó la vista de los ojos, se le anudó la garganta, y se le trabó la lengua, y dió consigo en el suelo de rodillas, y arrimó la cabeza al lecho: volvió Auristela la suya, y viéndole desmayado, le puso la mano en el rostro, y le enjugó las lágrimas, que sin que él lo sintiese, hilo á hilo le bañaban las mexillas.

CAPÍTULO V.

DE LO QUE PASÓ ENTRE EL REY POLICARPO Y SU HIJA SINFOROSA.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormécense ó entorpécense á unos los dientes de ver cortar con un cu-

chillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un raton, y yo le he visto temblar de ver cortar un rábano, y á otro le he visto levantarse de una mesa de respeto, por ver poner unas aceytunas: si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que mas piensan que aciertan á decirla, es decir, que las estrellas tienen cierta entipatia con la complexîon de aquel hombre, que le inclina ó mueve á hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes, que á cada paso vemos. Una de las difiniciones del hombre, es decir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal, y yo digo que tambien se puede decir, que es animal llorable, animal que llora, y ansi como por la mucha risa descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es lícito, que llore el varon prudente: la una, por haber pecado: la segun-

da, por alcanzar perdon de él: la tercera, por estar zeloso: las demas lágrimas no dicen bien en un rostro grave. Veamos pues, desmayado á Periandro, y ya que no llore de pecador, ni arrepentido llore de zeloso, que no faltará quien disculpe sus lágrimas, y aun las enjugue, como hizo Auristela, la qual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado: volvió en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia, volvió la cabeza, y vió á sus espaldas á Ricla y á Constanza, que entraban á ver á Auristela, que lo tuvo á buena suerte, que á dexarle solo, no hallára palabras con que responder á su señora, y así se fue á pensarlas, y á considerar en los consejos que le habia dado.

Estaba tambien Sinforosa con deseo de saber, qué auto se habia proveído en la audiencia de amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera que entrára á ver Auristela, y no

Ricla y Constanza: pero estorvóselo llegar un recado de su padre el Rey, que la mandaba ir á su presencia luego, y sin escusa alguna: obedecióle, fue á verle, y hallóle retirado y solo: hízola Policarpo sentar junto así, y al cabo de algun espacio que estuvo callando, con voz baxa, como que se recataba de que no le oyesen, la dixo: hija, puesto que tus pocos años no están obligados á sentir, qué cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estén ya sujetos á su jurisdiccion, todavía tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyó Sinforosa, imaginó sin duda, que su padre sabia sus deseos: pero con todo eso calló, y no quiso interrumpirle hasta que mas se declaráse, y en tanto que él se declaraba, á ella le estaba palpitando el corazon en el pecho. Siguió pues, su padre, diciendo: despues, ó hija mia, que

me faltó tu madre, mé acogí á la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gobernéme por tus consejos, y he guardado como has visto las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el crédito de mi persona, como por guardar la fe Católica que profeso: pero despues que han venido estos nuevos huespedes á nuestra ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta hasta el abismo, baxo de no sé qué deseos, que si los callo, me matan, y si los digo me deshonran: no mas suspension, hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres que mas haya, sea el decirte, que muero por Auristela: el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbre los mios ya oscuros, la gallardía de su per-

sona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fue posible, á tí y á tu hermana daros una madrasta, que su valor disculpe el dárosla: si tú vienes con mi parecer, no se me dará nada del qué diran; y quando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reyno, reyne yo en los brazos de Auristela, que no habrá Monarca en el mundo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tú se lo digas, y alcances de ella el sí, que tanto me importa, que á lo que creo, no se le hará muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa y contrapone mi autoridad á mis años, y mi riqueza á los suyos: bueno es ser Reyna, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los pasatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del sí, que me has de traer de esta embaxada que llevas, te mando una mejora en tu suerte, que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar á desearla mejor.

Mira, quatro cosas ha de procurar tener y sustentar el hombre principal, y son: buena muger, buena casa, buen caballo, y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la muger á procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la muger al marido, sino el marido á la muger. Las Magestades, las grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casándose igualan consigo á sus mugeres: así que sease Auristela quien fuere, que siendo mi esposa, será Reyna, y su hermano Periandro, mi cuñado, el qual dandotelo yo por esposo, y honrándole con título de mi cuñado, vendras tú tambien á ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. ¿Pues cómo sabes tú, señor, dixo Sinforosa, qué no es Periandro casado; y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo? de que no lo sea, respondió el Rey, me lo da á entender el verle andar peregrinan-

do por estrañas tierras, cosa que lo estorban los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica y asegura su discrecion, que es mucha, y caerá en la cuenta de lo que contigo gana, y pues la hermosura de su hermana la hace ser Reyna, no será mucho, que la tuya le haga tu esposo.

Con estas últimas palabras, y con esta grande promesa, paladeó el Rey la esperanza de Sinforosa, y saboreóle el gusto de sus deseos, y así sin ir contra los de su padre, prometió ser casamentera, y admitió las albricias de lo que no tenia negociado: solo le dixo, que mirase lo que hacia en darle por esposo á Periandro, que puesto que sus habilidades acreditaban su valor, todavia seria bueno no arrojarse sin que primero la esperiencia y el trato de algunos dias le asegurase; y diera ella, porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertara á

desearse en este mundo, los siglos que tuviera de vida: que las doncellas virtuosas y principales, uno dice la lengua, y otro piensa el corazon. Esto pasaron Policarpo y su hija, y en otra estancia se movió otra conversacion y plática entre Rutilio y Clodio Era Clodio, como se ha visto en lo que de su vida y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia ser gentil maldiciente, que el tonto y simple, ni sabe murmurar, ni maldecir, y aunque no es bien decir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no hay conversacion que no la ponga en punto, y dé sabor como la sal á los manjares, y por lo menos al maldiciente agudo, si le vituperan y condenan por perjudicial, no dexan de absolverle y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, á quien su lengua desterró de su patria en com-

pañia de la torpe y viciosa Rosamunda habiendo dado igual pena el Rey de Inglaterra á su maliciosa lengua, como á la torpeza de Rosamunda, hallándose solo con Rutilio, le dixo: mira, Rutilio, necio es y muy necio el que descubriendo un secreto á otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida, en que lo que le dice no se sepa: digo yo ahora: ven acá, descubridor de tus pensamientos y derramador de tus secretos, si á tí con importarte la vida, como dices, los descubres al otro, á quien se lo dices, que no le importa nada el descubrillos, ¿cómo quieres que los cierre y recoja debaxo de la llave del silencio? ¿qué mayor seguridad puedes tomar, de que no se sepa lo que sabes, sino no decillo? Todo esto sé, Rutilio, y con todo esto me salen á la lengua y á la boca ciertos pensamientos que rabian, porque los porga en voz y los arroje en las plazas, antes que se me pudran en el

pecho, ó rebiente con ellos. Ven acá, Rutilio, ¿qué hace aquí este Arnaldo siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuese su misma sombra, dexando su Reyno á la discrecion de su padre viejo y quizá caduco; perdiéndose aquí, anegándose allí, llorando acá, suspirando acullá, lamentándose amargamente de la fortuna que él mismo se fabrica? ¿qué diremos de esta Auristela y de este su hermano, mozos vagabundos, encubridores de su linage, quizá por poner en duda, si son ó no principales, que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere: y con la discrecion y artificio parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna? no niego yo, que no sea virtud digna de alabanza, mejorarse cada uno, pero ha de ser sin perjuicio de tercero: el honor y la alabanza son premios de la virtud, que siendo firme y sólida, se le deben, mas no se le debe á la ficticia y

hipócrita : ¿quién puede ser este luchador , este esgrimador , este corredor y saltador? ¿este Ganimedes , este lindo , este aquí vendido, acullá comprado; este Argos de esta ternera de Auristela , que apenas nos la dexa mirar por brujula , que ni sabemos , ni hemos podido saber de este par , tan sin par en hermosura , de donde vienen , ni á dó van? pero lo que mas me fatiga de ellos , es que por los once cielos que dicen que hay , te juro , Rutilio , que no me puedo persuadir que sean hermanos , y que puesto que lo sean , no puedo juzgar bien , de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras , por desiertos, por campañas , por hospedages y mesones : lo que gastan , sale de las alforjas , saquillos y repuestos llenos de pedazos de oro de las barbaras Ricla y Constanza: bien veo que aquella cruz de diamantes y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen un gran tesoro ; pero no son

prendas que se cambian y truecan por menudo; pues pensar que siempre han de hallar Reyes que los hospeden, y Príncipes que los favorezcan, es hablar en lo escusado. ¿Pues qué dirémos, Rutilio, ahora de la fantasía de Transila y de la astrología de su padre, ella que rebienta de valiente, y él que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? yo apostaré, que Ladislao su esposo de Transila tomara ahora estar en su patria, en su casa y en su reposo, aunque pasára por el estatuto y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena á la discrecion del que quisiere darles lo que han menester; y este nuestro bárbaro Español, en cuya arrogancia debe estar cifrada la valentía del orbe, yo pondré que si el cielo le lleva á su patria, que ha de hacer corrillos de gente, mostrando á su muger y á sus hijos, envueltos en sus pellejos, pintando la isla bárbara en un lienzo, y señalando con una vara el lugar do

estuvo encerrado quince años, la mazmorra de los prisioneros y la esperanza inútil y ridícula de los bárbaros, y el incendio no pensado de la isla: bien asi como hacen los que libres de la esclavitud turquesca, con las cadenas al hombro, habiéndolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras voces y humildes plegarias en tierra de christianos: pero esto pase, que aunque parezca que cuentan imposibles, á mayores peligros está sujeta la condicion humana, y los de un desterrado, por grandes que sean, pueden ser creedores. ¿Adónde vas á parar, ó Clodio? dixo Rutilio. Voy á parar, respondió Clodio, en decir de tí, que mal podrás usar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no danzan, ni tienen otros pasatiempos, sino lo que les ofrece Baco en sus tazas risueño, y en sus bebidas lascivo: pararé tambien en mí, que habiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo y por

la cortesía de Arnaldo : ni al cielo doy gracias , ni á Arnaldo tampoco , antes querria procurar , que aunque fuese á costa de su desdicha , nosotros enmendasemos nuestra ventura : entre los pobres pueden durar las amistades , porque la igualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones : pero entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera , por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza. Filósofo estás , Clodio , replicó Rutilio , pero yo no puedo imaginar , qué medio podrémos tomar para mejorar , como dices , nuestra suerte , si ella comenzó á no ser buena desde nuestro nacimiento : yo no soy tan letrado como tú , pero bien alcanzo, que los que nacen de padres humildes , si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por sí solos pocas veces se levantan á donde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dá la mano; pero á tí, ¿quién te la ha de dar , si la mayor que

tienes, es decir mal de la misma virtud? y á mí quien me ha de levantar, pues quando mas lo procure, no podré subir mas de lo que se alza una cabriola? yo danzador, tú murmurador: yo condenado á la horca en mi patria, tú desterrado de la tuya por maldiciente: mira que bien podremos esperar, que nos mejore. Suspendióse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension dió fin á este capítulo el autor de esta grande historia.

CAPÍTULO VI.

Todos tenian con quien comunicar sus pensamientos, Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio, solo el suspenso Periandro los comunicaba consigo mismo, que le engendraron tanto las razones de Auristela, que no sabia á qual acudir, que le aliviase su pesadumbre. Válame Dios! ¿qué es esto, decia entre sí mismo, ha perdido el juicio Auristela, ella mi casamen-

tera? ¿cómo es posible que haya dado al olvido nuestros conciertos? ¿qué tengo yo que ver con Sinforosa? ¿qué reynos ni que riquezas me pueden á mí obligar, á que dexe á mi hermana Sigismunda, sino es dexando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordió la lengua, y miró á todas partes á ver si alguno le escuchaba, y asegurándose que no, prosiguió diciendo: Sin duda Auristela está zelosa, que los zelos se engendran entre los que bien se quieren, del ayre que pasa, del sol que toca, y aun de la tierra que se pisá. O señora mia! mira lo que haces, no hagas agravio á tu valor, ni á tu belleza, ni me quites á mí la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad y firmeza me va labrando una inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa; pero en tu comparacion es fea, es pobre y de linage humilde: considera, señora, que el amor nace y se

engendra en nuestros pechos, ó por eleccion ó por destino : el que por destino, siempre está en su punto; el que por eleccion, puede crecer, ó menguar, segun pueden menguar ó crecer las causas que nos obligan y mueven á querernos, y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo que mi amor no tiene términos que le encierren, ni palabras que le declaren: casi puedo decir, que desde las mantillas y faxas de mi niñez te quise bien, y aquí pongo yo la razon del destino: con la edad y con el uso de la razon fue creciendo en mí el conocimiento, y fueron creciendo en tí las partes que te hicieron amable : vílas, contemplélas, conocílas, gravélas en mi alma, y de la tuya y la mia hice un compuesto tan uno y tan solo, que estoy por decir, que tendrá mucho que hacer la muerte en dividirle: dexa, pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me convides con Imperios, ni Monarquias,

ni dexes que suene en mis oidos el dulce nombre de hermano, con que me llamas : todo esto que estoy diciendo entre mí , quisiera decirtelo á tí por los mismos términos con que lo voy fraguando en mi imaginacion ; pero no será posible, porque la luz de tus ojos , y mas si me miran ayrados , ha de turbar mi vista y enmudecer mi lengua; mejor será escribírtelo en un papel , porque las razones serán siempre unas , y las podrás ver muchas veces, viendo siempre en ellas una verdad misma , una fe confirmada y un deseo loable y digno de ser creido , y así determino de escribirte. Quietóse con esto algun tanto , pareciéndole que con mas advertido discurso pondria su alma en la pluma que en la lengua.

Dexemos escribiendo á Periandro , y vamos á oir lo que dice Sinforosa á Auristela, la qual Sinforosa con deseo de saber lo que Periandro habia respondido á Auristela, procuró verse con ella á solas , y

darle de camino noticia de la intencion de su padre, creyendo, que apenas se la habria declarado, quando alcanzase el sí de su cumplimiento, puesta en pensar que pocas veces se desprecian las riquezas, ni los señoríos, especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son codiciosas, como las mas son altivas y soberbias. Quando Auristela vió á Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, porque no tenia que responderle, por no haber visto á Periandro; pero Sinforosa antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginándose que con aquellas nuevas que á Auristela la llevaba tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaba estar el todo de su buen suceso, y así le dixo: Sin duda alguna, bellísima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece, que quieren llover sobre tí venturas y mas venturas: mi padre el Rey te adora, y conmigo te envia á decir, que quiere ser tu

esposo, y en albricias del sí que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido á Periandro por esposo: ya, señora, eres Reyna, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobraren, sobrarte han en los del mando y en los de los vasallos, que estarán continuo atentos á tu servicio. Mucho te he dicho, amiga y señora mia, y mucho has de hacer por mí, que de un gran valor no se puede esperar menos que un grande agradecimiento: comience en nosotras á verse en el mundo dos cuñadas que se quieren bien, y dos amigas que sin doblez se amen, que sí verán, si tu discrecion no se olvida de sí misma: y díme ahora, qué es lo que respondió tu hermano, á lo que de mí le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bien simple seria el que no recibiese tus consejos como de un oráculo. A lo que respondió Auristela: mi hermano Perian-

dro es agradecido como principal caballero, y es discreto como andante peregrino, que el ver mucho y el leer mucho, aviva los ingenios de los hombres; mis trabajos y los de mi hermano nos van leyendo, en quanto debemos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofrece es tal, sin duda imagino, que le habremos de admitir; pero hasta ahora no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su voluntad cosa que pueda alentar tu esperanza, ni desmayarla. Da, ó bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y dexanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra sepamos estimarlas: las obras que no se han de hacer mas de una vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es una de estas acciones: y así es menester que se considere bien antes que se haga, puesto que los términos de esta consideracion los doy por pasados, y hallo que tú

alcanzarás tus deseos, y yo admitiré tus promesas y consejos, y vete hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber de él alegres nuevas que decirte, y aconsejarme con él de lo que me conviene como con hermano mayor, á quien debo tener respeto y obediencia. Abrazóla Sinforosa, y dexóla por hacer venir á Periandro á que la viese, el qual en este tiempo encerrado y solo habia tomado la pluma, y de muchos principios que en un papel borró y tornó á escribir, quitó y añadió, en fin salió con uno que se dice decia de esta manera:

No he osado fiar de mi lengua lo que de mi pluma, ni aun de ella fio algo, pues no puede escribir cosa que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte: ahora vengo á conocer, que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos, aquellos sí, que tienen esperiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo.

Perdoname, que no admito el tuyo, por parecerme, ó que no me conoces, ó que te has olvidado de tí misma: vuelve, señora, en tí, y no te haga una vana presuncion zelosa, salir de los límites de la gravedad y peso de tu raro entendimiento. Considera quien eres, y no te se olvide de quien yo soy, y verás en tí el término del valor que puede desearse, y en mí, el amor y la firmeza que puede imaginarse, y fiandote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines, que á tu incomparable virtud y belleza, otra alguna se anteponga: sigamos nuestro viage, cumplamos nuestro voto, y quedense á parte zelos infructuosos y mal nacidas sospechas; la partida de esta tierra solicitaré con toda diligencia y brevedad, porque me parece que en salir de ella, saldré del infierno de mi tormento á la gloria de verte sin zelos.

Esto fue lo que escribió Pe-

riandro, y lo que dexó en limpio, al cabo de haber hecho seis borradores; y doblando el papel se fue á ver á Auristela, de cuya parte ya le habian llamado.

CAPÍTULO VII.

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

Rutilio y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el uno de su ingenio, y el otro de su poca vergüenza, se imaginaron merecedores, el uno de Policarpa, y el otro de Auristela; á Rutilio le contentó mucho la voz y el donayre de Policarpa, y á Clodio la sin igual belleza de Auristela, y andaban buscando ocasion, como descubrir sus pensamientos, sin que les viniese mal por declararlos; que es bien que tema un hombre baxo y humilde, que se atreve á decir á una muger principal lo que no habia de atreverse á pensarlo

siquiera; pero tal vez acontece, que la desenvoltura de un poco honesta, aunque principal señora, da motivo á que un hombre humilde y baxo ponga en ella los ojos y le declare sus pensamientos: ha de ser anexo á la muger principal, el ser grave, el ser compuesta y recatada, sin que por esto sea soberbia, desabrida y descuidada; tanto ha de parecer mas humilde y mas grave una muger, quanto es mas señora; pero en estos dos caballeros y nuevos amantes no nacieron sus deseos de las desenvolturas y poca gravedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escribió un papel á Policarpa, y Clodio á Auristela del tenor que se sigue:

RUTILIO Á POLICARPA.

Señora, yo soy estrangero, y aunque te diga grandezas de mi linage; como no tengo testigos que las confirmen, quizá no ballarán

crédito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy ilustre en linage, basta que he tenido atrevimiento de decirte, que te adoro: mira que pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que á tí estará el pedirlas, y á mí el hacerlas, y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco como deseo, que de altos espíritus es aspirar á las cosas altas; dame siquiera con los ojos respuesta de este papel, que en la blandura ó rigor de tu vista veré la sentencia de mi muerte, ó de mi vida.

Cerró el papel Rutilio con intencion de darsele á Policarpa, arrimándose al parecer de los que dicen: diselo tú una vez, que no faltará quien se lo acuerde ciento: mostróselo primero á Clodio, y Clodio le mostró á él, otro que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue:

CLODIO Á AURISTELA.

Unos entran en la red amorosa con el cebo de la hermosura, otros con los del donayre y gentileza, otros con los del valor que consideran en la persona á quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi cerviz á su coyunda, mi voluntad á sus fueros, y mis pies á sus grillos, que ha sido por la de la lástima: que ¿quál es el corazon de piedra que no la tendrá, hermosa señora, de verte vendida y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al último de la vida por momentos! el hierro y despiadado acero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieve tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquecida y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas, y finalmente el agua te ha sorbi-

do y vomitado, y estos trabajos no sé con que fuerzas los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de un Rey vagabundo, y que te sigue por solo el interes de gozarte: ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias: no fies, señora, de promesas remotas, y arrimate á las esperanzas propinquas, y escoge un modo de vida que te asegure la que el cielo quisiere darte: mozo soy, habilidad tengo para saber vivir en los últimos rincones de la tierra, yo daré traza como sacarte de esta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo, y sacándote de este Egipto, te llevaré á la tierra de promision, que es España, ó Francia, ó Italia, ya que no pudo vivir en Inglaterra, dulce y amada patria mia; y sobre todo me ofrezco á ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa.

Habiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dixo: verdaderamente

nosotros estamos faltos de juicio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra pretension, son las de la hormiga. Mira, Clodio: yo soy de parecer que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forzado á escribirlos ninguna fuerza amorosa, sino una ociosa y valdía voluntad, porque el amor ni nace, ni puede crecer, sino es el arrimo de la esperanza, y faltando ella, falta él de todo punto, ¿pues por qué queremos aventurarnos á perder, y no á ganar en esta empresa? que el declararla y el ver á nuestras gargantas arrimado el cordel ó el ruchillo ha de ser todo uno: demas que por mostrarnos enamorados, habremos de parecer sobre desagradecidos, traidores: ¿tú, no ves la distancia que hay de un maestro de danzar, que enmendó su oficio con aprender el de platero, á una hija de un Rey? ¿y la que hay de un desterrado murmurador á la que desecha y

menosprecia reynos? mordamonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento á do ha llegado nuestra necedad: á lo menos este mi papel se dará primero al fuego ó al viento que á Policarpa. Haz tú lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dé á Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aunque temo que si no se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia, de haber tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las veces daña.

Estas razones pasaron entre los dos fingidos amantes, y atrevidos y necios de veras: llegóse en fin el punto de hablar á solas Periandro con Auristela, y entró á verla con intencion de darle el papel que habia escrito; pero así como la vió, olvidándose de todos los discursos y disculpas que llevaba prevenidas, le dixo: Señora, mirame bien, que yo soy Periandro, que fuí el que fue Persiles, y soy

el que tu quieres que sea Periandro: el ñudo con que estan atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte; y siendo esto así, ¿de qué te sirve darme consejos tan contrarios á esta verdad? Por todos los cielos y por tí misma, mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas á Sinforosa, ni imagines que su belleza, ni sus tesoros han de ser parte á que yo olvide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, así del cuerpo, como del alma: esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecí la vez primera que mis ojos te vieron, porque no hay cláusula que añadir á la obligacion en que quedé de servirte, al punto que en mis potencias se imprimió el conocimiento de tus virtudes. Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré lo mejor que pudiere nuestro

viage, que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no habrá trabajos ni peligros que nos nieguen del todo el llegar á ella, puesto que los haya para dilatar el camino: tente al tronco y á las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de haber en el mundo quien se le oponga. En tanto que Periandro esto decia, le estaba mirando Auristela con ojos tiernos y con lágrimas de zelos y compasion nacidas; pero en fin, haciendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, dió lugar á la verdad que en ellas venia encerrada, y respondióle seis ú ocho palabras, que fueron: sin hacerme fuerza, dulce amado, te creo, y confiada te pido que con brevedad salgamos de esta tierra, que en otra quizá convaleceré de la enfermedad zelosa que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, llevára con paciencia tus quejas, y

en mis disculpas halláras tú el remedio de tus lástimas; pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme: por quien eres te suplico, que alegres los corazones de los que te conocen, y sea brevemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no hay para que nos mates con ella: pondré en efecto lo que me mandas, saldrémos de esta tierra con la brevedad posible. ¿Sabes quanto te importa, Periandro? respondió Auristela: pues has de saber que me van lisongeando promesas, y apretando dádivas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este Reyno; Policarpo el Rey quiere ser mi esposo, ha me lo enviado á decir con Sinforosa su hija, y ella con el favor que piensa tener en mí, siendo su madrastra, quiere que seas su esposo: si esto puede ser, tú lo sabes, y si estamos en peligro, considéralo, y conforme á esto aconsejate con tu discrecion y busca el remedio que nuestra necesidad pi-

de; y perdóname que la fuerza de las sospechas han sido las que me han forzado á ofenderte, pero estos yerros facilmente los perdona el amor. De él se dice, replicó Periandro, que no puede estar sin zelos, los quales quando de débiles y flacas ocasiones nacen, le hacen crecer sirviendo de espuelas á la voluntad, que de puro confiada se entibia, ó á lo menos parece que se desmaya; y por lo que debes á tu buen entendimiento, te ruego que de aquí adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede haber en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana y menos puntosa, no levantando algun descuido mio, mas pequeño que un grano de mostaza, á ser monte que llegue á los cielos, llegando á los zelos, y en lo demas con tu buen juicio entreten al Rey y á Sinforosa, que no la ofenderás en fingir palabras que se encaminan á conseguir buenos deseos; y queda en paz, no engendre en

algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga plática. Con esto la dexó Periandro, y al salir de la estancia encontró con Clodio y Rutilio, Rutilio acabando de romper el papel que habia escrito á Policarpa, y Clodio doblando el suyo, para ponerselo en el seno; Rutilio, arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad, y ufano de su atrevimiento: pero andará el tiempo y llegará el punto donde diera él por no haberle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPÍTULO VIII.

Andaba el Rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado y tan seguro, que habia de corresponder á lo que deseaba, que ya consigo mismo trazaba las bodas, concertaba las fiestas, inven-

taba las galas y aun hacia mercedes en esperanza del venidero matrimonio ; pero entre todos estos desinios no tomaba el pulso á su edad , ni igualaba con discrecion la disparidad que hay de diez y siete años á setenta , y quando fueran sesenta , es tambien grande la distancia : ansi halagan y lisongean los lascivos deseos las voluntades , así engañan los gustos imaginados á los grandes entendimientos , asi tiran y llevan tras si las blandas imaginaciones á los que no resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaba Sinforosa que no se aseguraba de su suerte, por ser cosa natural, que quien mucho desea mucho teme , y las cosas que podian poner alas á su esperanza , como eran su valor , su linage y hermosura , esas mismas se las cortaban , por ser propio de los amantes rendidos , pensar siempre , que no tienen partes que merezcan ser amadas de los que bien quieren : andan el amor y el temor

tan apareados, que á do quiera que volvais la cara los vereis juntos, y no es soberbio el amor, como algunos dicen, sino humilde, agradable y manso, y tanto que suele perder de su derecho, por no dar á quien bien quiere pesadumbre; y mas que como todo amante tiene en sumo precio y estima la cosa que ama, huye de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla.

Todo esto con mejores discursos que su padre consideraba la bella Sinforosa, y entre temor y esperanza puesta, fue á ver á Auristela, y á saber de ella lo que esperaba y temia; en fin, se vió Sinforosa con Auristela y sola, que era lo que ella mas deseaba, y era tanto el deseo que tenia de saber las nuevas de su buena ó mala andanza, que así como entró á verla, sin que la hablase palabra, se la puso á mirar ahincadamente, por ver si en los movimientos de su rostro le daba señales de su vida ó muerte. Entendióla Auristela, y á

media risa, quiero decir con muestras alegres, le dixo: llegaos, señora, que á la raiz del árbol de vuestra esperanza no ha puesto el temor segur para cortar: bien es verdad, que vuestro bien y el mio se han de dilatar algun tanto, pero en fin llegarán, porque aunque hay inconvenientes, que suelen impedir el cumplimiento de los justos deseos, no por eso ha de tener la desesperacion fuerzas para no esperalle: mi hermano dice, que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura, no solamente le obliga, pero que le fuerza á quererte, y tiene á bien y á merced particular la que le haces, en querer ser suya; pero antes que venga á tan dichosa posesion, ha menester defraudar las esperanzas que el Principe Arnaldo tiene, de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tú de mi hermano, no lo estorbara: que has de saber, hermana mia, que así puedo yo vivir sin Periandro, co-

mo puede vivir un cuerpo sin alma; allí tengo de vivir, donde él viviere; él es el espíritu que me mueve, y el alma que me anima; y siendo esto así, si él se casa en esta tierra contigo, ¿cómo podré yo vivir en la de Arnaldo, en ausencia de mi hermano? Para escusar este desman que me amenaza, ordena que nos vamos con él á su Reyno, desde el qual le pediremos licencia para ir á Roma á cumplir un voto, cuyo cumplimiento nos sacó de nuestra tierra, y está claro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir un punto de mi voluntad. Puestos pues en nuestra libertad, facil cosa será dar la vuelta á esta isla, donde burlando sus esperanzas, veamos el fin de las nuestras, yo casándome con tu padre, y mi hermano contigo. Á lo que respondió Sinforosa: no sé, hermana, con qué palabras podré encarecer la merced que me has hecho, con las que me has dicho, y así la dexaré en su punto,

porque no sé como esplicarlo; pero esto que ahora decirte quiero, recibelo antes por advertimiento que por consejo: ahora estás en esta tierra y en poder de mi padre, que te podrá y querrá defender de todo el mundo, y no será bien que ponga en contingencia la seguridad de tu posesion: no le ha de ser posible á Arnaldo llevaros por fuerza á tí y á tu hermano, y hale de ser forzoso, sino querer á lo menos consentir, lo que mi padre quisiere, que le tiene en su reyno y en su casa: asegurame tú, ó hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor y esposo, que yo te daré llanas todas las dificultades é inconvenientes que para llegar á este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: los varones prudentes por los casos pasados y por los presentes juzgan los que estan por venir; á hacernos fuer-

za pública ó secreta tu padre en nuestra detencion, ha de irritar despertar la cólera de Arnaldo, que en fin es Rey poderoso, á lo menos lo es mas que tu padre, y los Reyes burlados y engañados facilmente se acomodan á vengarse, y así en lugar de haber recibido con nuestro parentesco gusto, recibiriades daño, trayendoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dixeres que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aquí, ora volvamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dexen alguna luz con que se descubra la de su remedio, soy de parecer que nos vamos con Arnaldo, y que tú misma con su discrecion y aviso, solicites nuestra partida, que en esto solicitarás y abreviarás nuestra vuelta, y aquí si no en reynos tan grandes como los de Arnaldo, á lo menos en paz mas segura gozaré yo de la prudencia de tu padre, y tú de la gentileza y bondad

de mi hermano, sin que se dividan y aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa, loca de contenta se abalanzó á Auristela, y le echó los brazos al cuello, midiéndole la boca y los ojos con sus hermosos labios: en esto vieron entrar por la sala á los dos, al parecer bárbaros, padre y hijo, y á Ricla y Constanza: y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao y Transila, deseosos de ver y hablar á Auristela, y saber en qué punto estaba su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: despidióse Sinforosa mas alegre y mas engañada que quando habia entrado, que los corazones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto.

El anciano Mauricio, despues de haber pasado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas, que suelen pasar entre los enfermos y los que los visitan, dixo: si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse

desterrados ó ausentes de su patria, donde no dexaron sino los terrones que los sustentaban, ¿qué sentirán los ausentes que dexaron en su tierra los bienes que de la fortuna pudieran prometerse? digo esto, señora, porque mi edad, que con presurosos pasos me va acercando al último fin, me hace desear verme en mi patria, adonde mis amigos, mis parientes y mis hijos me cierren los ojos, y me den el último vale: este bien y merced conseguirémos todos quantos aquí estamos, pues todos somos estrangeros y ausentes, y todos, á lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallarémos en las agenas. Si tú, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ó á lo menos teniendo por bien, que nosotros la procurémos, puesto que no será posible el dexarte; porque tu generosa condicion y rara hermosura, acompañada de la discrecion que admira, es la piedra iman de nuestras voluntades. Á lo

menos, dixo á esta sazon Antonio el padre, de la mia y de las de mi muger y hijos, lo es de suerte, que primero dexaré la vida, que dexar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el deseo que me habeis mostrado, y aunque no está en mi mano corresponder á él como debia, todavia haré que le pongan en efecto el Príncipe Arnaldo y mi hermano Periando, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle. En tanto pues que llega el felice dia y punto de nuestra partida, ensanchad los corozones, y no deis lugar que reyne en ellos la melancolía, ni penseis en peligros venideros, que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobrevengan, nos llevará á nuestras dulces patrias, que los males que no tienen fuerzas para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia.

Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrió su corazon piadoso y su discrecion admirable. Entró en este instante el Rey Policarpo, alegre sobre manera, porque ya habia sabido de Sinforosa, su hija, las prometidas esperanzas del cumplimiento de sus entre castos y lascivos deseos: que los impetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos, se cubren y disfrazan con la capa de la hipocresia, que no hay hipócrita, sino es conocido por tal, que dañe á nadie sino á sí mismo; y los viejos con la sombra del matrimonio disimulan sus depravados apetitos. Entraron con el Rey Arnaldo y Periandro, y dandole el parabien á Auristela de la mejoria, mandó el Rey, que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela habian recibido, se hiciesen luminarias en la ciudad y fiestas y regocijos ocho dias continuos: Periandro lo agradeció como

hermano de Auristela, y Arnaldo como amante que pretendia ser su esposo. Regocijábase Policarpo allá entre sí mismo, en considerar, quan suavemente se iba engañando Arnaldo, el qual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiese los designios de Policarpo, buscaba modo de salir de su ciudad, pues tanto quanto mas se dilataba su partida, tanto mas, á su parecer, se alongaba el cumplimiento de su deseo. Mauricio tambien deseoso de volver á su patria, acudió á su ciencia, y halló en ella, que grandes dificultades habian de impedir su partida: comunicólas con Arnaldo y Periandro que ya habian sabido los intentos de Sinforosa y Policarpo, que les puso en mucho cuidado, por saber cierto, que quando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por qualquiera dificultad, y hasta llegar al fin de ellos no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones: y

así no habia para qüe fiarse en las pocas ó ninguna en que Policarpo les estaba. En resolucion quedaron los tres de acuerdo, que Mauricio buscase un baxel de muchos que en el puerto estaban, que los llevase á Inglaterra secretamente, que para embarcarse, no faltaria modo convenible, y que en este entretanto no mostrase ninguno señales de que tenian noticia de los designios de Policarpo. Todo esto se comunicó con Auristela, la qual aprobó su parecer, y entró en nuevos cuidados de mirar por su salud y por la de todos.

CAPÍTULO IX.

DA CLODIO EL PAPEL Á AURISTELA, ANTONIO EL BÁRBARO LE MATA POR YERRO.

Dice la historia que llegó á tanto la insolencia, ó por mejor decir, la desvergüenza de Clodio, que tuvo atrevimiento de poner en las

manos de Auristela el desvergonzado papel que la habia escrito, engañada con que le dixo, que eran unos versos devotos, dignos de ser leidos y estimados: abrió Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dió lugar al enojo, para dexalle de leer hasta el cabo: leyóle en fin, y volviéndole á cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas veces solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo: Quítateme de delante, hombre maldito y desvergonzado, que si la culpa de este tu atrevido disparate entendiera, que habia nacido de algun descuido mio que menoscabára mi crédito y mi honra, en mí misma castigára tu atrevimiento, el qual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura y mi paciencia no se pone el tenerte lástima. Quedó atónito Clodio, y diera él por no haberse atrevido la mitad de la vida, como ya se ha dicho;

rodeáronle luego el alma mil temores, y no se daba mas término de vida, que lo que tardasen en saber su bellaquería Arnaldo ó Periandro; y sin replicar palabra, baxó los ojos, volvió las espaldas, y dexó sola á Auristela, cuya imaginacion ocupó un temor no vano, sino muy puesto en razon de que Clodio desesperado habia de dar en traidor, aprovechándose de los intentos de Policarpo, si acaso á su noticia viniese, y determinó darla de aquel caso á Periandro y Arnaldo: sucedió en este tiempo, que estando Antonio el mozo solo en su aposento, entró á deshora una muger en él, de hasta quarenta años de edad, que con el brio y donayre debia de encubrir otros diez, vestida, no al uso de aquella tierra, sino al de España, y aunque Antonio no conocia de usos, sino de los que habia visto en los de la Bárbara isla, donde se habia criado y nacido, bien conoció ser estrangera de aquella tierra.

Levantóse Antonio á recibirla cortesmente, porque no era tan bárbaro que no fuese bien criado; sentáronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dé este nombre) despues de haber estado atenta, mirando el rostro de Antonio, dixo: parecerte ha novedad, ó mancebo, esta mi venida á verte, porque no debes de estar en uso de ser visitado de mugeres, habiéndote criado, segun he sabido en la isla Bárbara, y no entre bárbaros, sino entre riscos y peñas, de las quales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias, temo, que no me ha de ser de provecho; no te desvies, sosiégate y no te alborotes, que no está hablando contigo algun monstruo ni persona que quiera decirte, ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana: mira, que te hablo Español, que es la lengua que tú sabes, cuya conformidad suele engendrar

amistad entre los que no se conocen; mi nombre es Zenotia, soy natural de España, nacida y criada en Alhama, ciudad del Reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no consiente que mi nombre se encubra, haciéndome conocida mis obras; salí de mi patria, habrá quatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores, que en aquel reyno tienen del católico rebaño: mi estirpe es agarena, mis exercicios los de Zoroastres, y en ellos soy única: ¿vees este sol que nos alumbra? pues si para señal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos, y le asombre con nubes, pidemelo, que haré que á esta claridad suceda en un punto escura noche, ó ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras ó otras espantosas señales que nos representen la confusion del

caos primero, pidelo, que tú quedarás satisfecho, y yo acreditada. Has de saber ansimismo, que en aquella ciudad de Alhama siempre ha habido alguna muger de mi nombre, la qual con el apellido de Zenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña á ser hechiceras, como algunos nos llaman, sino á ser encantadoras y magas, nombres que nos vienen mas al propio: las que son hechiceras, nunca hacen cosa que para alguna cosa sea de provecho; exercitan sus burlerias con cosas al parecer de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeza y cabellos cortados en crecientes ó menguantes de luna; usan de caracteres que no entienden, y si algo alcanzan tal vez de lo que pretenden, es, no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe; pero nosotras, las que tenemos nombre de magas y de encantadoras, somos

gente de mayor quantía, tratamos con las estrellas, contemplamos el movimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yerbas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo activo á lo pasivo, parece que hacemos milagros, y nos atrevemos á hacer cosas tan estupendas, que causan admiracion á las gentes, de donde nace nuestra buena ó mala fama; buena, si hacemos bien con nuestra habilidad; mala, si hacemos mal con ella: pero como la naturaleza parece que nos inclina antes al mal que al bien, no podemos tener tan á raya los deseos que no se deslicen á procurar el mal ageno; que ¿quién quitará al ayrado y ofendido que no se vengue? ¿quién al amante desdeñado, que no quiera, si puede, reducir á ser querido del que le aborrece? puesto que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto es ir contra el libre alvedrio, no hay ciencia que lo pueda, ni virtud de yerbas que lo alcance.

Á todo esto que la Española Zenotia decia, la estaba mirando Antonio, con deseo grande de saber, qué suma tendria tan larga cuenta, pero la Zenotia prosiguió diciendo: dígote en fin, bárbaro discreto, que la persecucion de los que llaman Inquisidores en España me arrancó de mi patria, que quando se sale por fuerza de ella, antes se puede llamar arrancada, que salida: vine á esta isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuvieran cerca, volviendo la cabeza atras, pensando que me mordian las faldas los perros que aun hasta aquí temo: díme presto á conocer al Rey antecesor de Policarpo, hice algunas maravillas, con que dexé maravillado al pueblo, procuré hacer vendible mi ciencia, tan en mi provecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro, y estando atenta á esta ganancia he vivido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurá-

ra si mi buena ó mi mala fortuna no te hubieran traido á esta tierra, que en tu mano está darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo haré de modo que me juzgues por hermosa; si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y ensancha los sacos de la codicia y los senos, y comienza desde luego á contar quantos dineros acertares á desear: para tu servicio sacaré las perlas que encubren las conchas del mar, rendiré y traeré á tus manos las aves que rompen el ayre, haré que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra, haré que brote del abismo lo mas precioso que en él se encierra, haréte invencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin enmendaré tu suerte de manera, que seas siempre envidiado, y no envidioso; y en cambio de estos bienes que te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino que me recibas por tu esclava, que para ser tu esclava no

es menester que me tengas voluntad, como para ser esposa; y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, viviré contenta: comienza, pues, ó generoso mancebo, á mostrarte prudente mostrándote agradecido: mostrartehas prudente, si antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hacer experiencia de mis obras, y en señal de que así lo harás, alégrame el alma ahora, con darme alguna señal de paz, dándome á tocar tu valerosa mano; y diciendo esto se levantó para ir á abrazarle. Antonio viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada doncella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso á defenderle, y levantándose, fue á tomar su arco que siempre ó le traia consigo, ó le tenia junto á sí, y poniendo en él una flecha, hasta veinte pasos desviado de la Zenotia, le encaró la flecha. No le contentó mucho á la enamorada dama la postura ame-

nazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvió el cuerpo, y pasó la flecha volando por junto á la garganta (en esto mas bárbaro Antonio de lo que parecia su traje): pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque á este instante entraba por la puerta de la estancia el maldiciente Clodio que le sirvió de blanco, y le pasó la boca y la lengua, y le dexó la vida en perpetuo silencio, castigo merecido á sus muchas culpas. Volvió la Zenotia la cabeza, vió el mortal golpe que habia hecho la flecha, temió la segunda, y sin aprovecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion y de miedo, tropezando aquí y cayendo allí, salió del aposento con intencion de vengarse del cruel y desamorado mozo.

CAPÍTULO X.

No le quedó sabrosa la mano á Antonio del golpe que habia he-

cho, que aunque acertó errando; como no sabia las culpas de Clodio, y habia visto las de la Zenotia, quisiera haber sido mejor certero: llegóse á Clodio, por ver si le quedaban algunas reliquias de vida, y vió que todas se las habia llevado la muerte; cayó en la cuenta de su yerro, y tuvose verdaderamente por barbaro: entró en esto su padre, y viendo la sangre y el cuerpo muerto de Clodio, conoció por la flecha, que aquel golpe habia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntóselo, y respondióle, que sí: quiso saber la causa, y tambien se la dixo: admiróse el padre, y lleno de indignacion le dixo: Ven acá, barbaro, si á los que te aman y te quieren procuras quitar la vida, ¿qué harás á los que te aborrecen? si tanto presumes de casto y honesto, defiende tu castidad y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huir

de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucedió á aquel mancebo Hebreo, que dexó la capa en manos de la lasciva señora que le solicitaba: dexaras tú, ignorante, esa tosca piel que traes vestida, y ese arco con que presumes vencer á la misma valentia, no le armaras contra la blandura de una muger rendida, que quando lo está, rompe por qualquier inconveniente que á su deseo se oponga: si con esta condicion pasas adelante en el discurso de tu vida, por bárbaro serás tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo que ofendas á Dios en ningun modo, sino que reprendas y no castigues á las que quisieren turbar tus honestos pensamientos, y aparéjate para mas de una batalla, que la verdura de tus años, y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan, y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitarás y sin alcanzar tus deseos, te al-

canzará la muerte en ellos. Escuchaba Antonio á su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonzoso como arrepentido. Y lo que le respondió, fue: no, miré señor, lo que hice, y pesame de haberlo hecho: procuraré enmendarme de aquí adelante, de modo que no parezca barbaro por riguroso, ni lascivo por manso: dése orden de enterrar á Clodio, y de hacer la satisfaccion mas conveniente que ser pudiere. Ya en esto habia volado por el palacio la muerte de Clodio, pero no la causa de ella, porque la encubrió la enamorada Zenotia, diciendo solo, que sin saber por qué, el barbaro mozo le habia muerto.

Llegó esta nueva á los oidos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarsele á Periandro, ó á Arnaldo para que castigasen su atrevimiento; pero viendo que el cielo habia tomado á su cargo el castigo, rompió el papel, y

no quiso que saliesen á luz las culpas de los muertos, consideracion tan prudente como christiana, y bien que Policarpo se alborotó con el suceso, teniéndose por ofendido de que nadie en su casa vengase sus injurias, no quiso averiguar el caso, sino remitióselo al Príncipe Arnaldo, el qual á ruego de Auristela, y al de Transila, perdonó á Antonio, y mandó enterrar á Clodio, sin averiguar la culpa de su muerte, creyendo ser verdad lo que Antonio decia, que por yerro le habia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque á él no le tuviesen de todo en todo por bárbaro. Pasó el rumor del caso, enterraron á Clodio, quedó Auristela vengada, como si en su generoso pecho albergara genero de venganza alguna, así como albergaba en el de la Zenotia, que bebia, como dicen, los vientos, imaginando cómo vengarse del cruel flechero, el qual de allí á dos dias se sintió mal dispuesto, y cayó en la cama con tanto des-

caecimiento , que los médicos dixeron que se le acababa la vida, sin conocer de qué enfermedad : lloraba Ricla su madre , y su padre Antonio tenia de dolor el corazon consumido : no se podia alegrar Auristela , ni Mauricio : Ladislao y Transila sentian la misma pesadumbre , viendo lo qual Policarpo, acudio á su consejera Zenotia , y le rogó procurase algun remedio á la enfermedad de Antonio, la qual por no conocerla los médicos , ellos no sabian hallarle : ella le dió buenas esperanzas , asegurándole que de aquella enfermedad no moriria; pero que convenia dilatar algun tanto la cura : creyóla Policarpo como si se lo dixera un oráculo. De todos estos sucesos no le pesaba mucho á Sinforosa , viendo que por ellos se detendria la partida de Periandro, en cuya vista tenia librado el alivio de su corazon , que puesto que deseaba que se partiese , pues no podia volver si no se partia , tanto gusto le daba el verle , que no qui-

siera que se partiera. Llegó una sazon y coyuntura donde Policarpo y sus dos hijas, Arnaldo, Periandro y Auristela, Mauricio, Ladislao y Transila y Rutilio, que despues que escribió el villete á Policarpo, aunque le habia roto, de arrepentido andaba triste y pensativo, bien así como el culpado que piensa que quantos le miran son sabedores de su culpa. Digo que la compañia de los ya nombrados se halló en la estancia del enfermo Antonio, á quien todos fueron á visitar á pedimento de Auristela, que ansi á él, como á sus padres, los estimaba y queria mucho, obligada del beneficio que el mozo bárbaro le habia hecho quando los sacó del fuego de la isla, y la llevó al serrallo de su padre: y mas que como en las comunes desventuras se reconcilian los animos, y se traban las amistades, por haber sido tantas las que en compañia de Ricla y de Constanza y de los dos Antonios habia pasado, ya no solamen-

te por obligacion, mas por eleccion y destino los amaba.

Estando pues juntos, como se ha dicho, un dia Sinforosa rogó encarecidamente á Periandro les contase algunos sucesos de su vida, especialmente se holgaria de saber de dónde venia la primera vez que llegó á aquella isla, quando ganó los premios de todos los juegos y fiestas que aquel dia se hicieron, en memoria de haber sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondió, que sí haria, si se le permitiese comenzar el cuento de su historia, no del mismo principio, porque este no le podia decir ni descubrir á nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dixeron que hiciese su gusto, que de qualquier cosa que él dixese, le recibirian; y el que mas contento sintió fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixese, algo que descubriese quién era: con este salvo conducto Periandro dixo de esta manera.

CAPÍTULO XI.

CUENTA PERIANDRO EL SUCESO DE SU VIAGE.

El principio y preámbulo de mi historia, ya que quereis, señores, que os la cuente, quiero que sea éste: que nos contempleis á mi hermana y á mí con una anciana ama suya embarcados en una nave, cuyo dueño en lugar de parecer mercader, era un gran corsario, las riberas de una isla barriamos, quiero decir, que ibamos tan cerca de ella, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias; mi hermana cansada de haber andado algunos dias por el mar, deseó salir á recrearse á la tierra, pidióselo al Capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerza de mandamiento, consintió el Capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la nave con solo un marinero nos echó en tierra á

mí, y á mi hermana, y á Cloelia, que este era el nombre de su ama: al tomar tierra, vió el marinero que un pequeño rio por una pequeña boca entraba á dar al mar su tributo, hacianle sombra por una y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos arboles, á quien servian de cristalinos espejos sus transparentes aguas: rogamosle se entrase por el rio, pues la amenidad del sitio nos convidaba, hizolo así, y comenzó á subir por el rio arriba, y habiendo perdido de vista la nave, soltando los remos, se detuvo, y dixo: mirad, señores, del modo que habeis de hacer este viage, y haced cuenta que esta pequeña barca, que ahora os lleva, es vuestro navio, porque no habeis de volver mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que decis que sois su hermano, la vida: dixóme en fin, que el Capitan del navio queria deshonrar á mi hermana, y darme á mí la muerte, y

que atendiesemos á nuestro remedio, que él nos seguiria y acompañaria en todo lugar y en todo acontecimiento: si nos turbamos con esta nueva, juzguelo el que estuviere acostumbrado á recibirlas malas de los bienes que espera. Agradecile el aviso, y ofrecile la recompensa quando nos viesemos en mas felice estado: aun bien, dixo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora, aconsejándonos los quatro de lo que hacer debiamos, fue parecer del marinero, que nos entrasemos el rio adentro, quizá descubririamos algun lugar que nos defendiese, si acaso los de la nave viniesen á buscarnos: mas no vendrán, dixo, porque no hay gente en todas estas islas que no piensen ser corsarios todos quantos surcan estas riberas, y en viendo la nave, ó naves, luego toman las armas para defenderse, y si no es con asaltos nocturnos y secretos, nunca salen medrados los corsarios. Parecióme bien su consejo, tomé yo el un re-

mo, y ayudéle á llevar el trabajo; subimos por el rio arriba, y habiendo andado como dos millas, llegó á nuestros oidos el son de muchos y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreció á la vista una selva de arboles movibles, que de la una ribera á la otra, ligeramente cruzaban, llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas, lo que parecian arboles, y que el son le formaban los instrumentos que tañian los que en ellas iban.

Apenas nos hubieron descubierto quando se vinieron á nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes, levantóse en pie mi hermana, y echándose sus hermosos cabellos á las espaldas, tomados por la frente con una cinta leonada, ó liston que le dió su ama, hizo de sí casi divina é improvisa muestra, que como despues supe, por tal la tuvieron todos los que en las barcas venian, los quales á voces, como dixo el marinero que las entendia, decian: ¿qué es esto? ¿qué

deidad es esta que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino, y á la sinpar Selviana, de sus felicisimas bodas? luego dieron cabo á nuestra barca y nos llevaron á desembarcar no lejos del lugar donde nos habian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, quando un esquadron de pescadores, que así lo mostraban ser en su trage, nos rodearon, y uno por uno, llenos de admiracion y reverencia, llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela, la qual, á pesar del temor que la congojaba de las nuevas que la habian dado, se mostró á aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuvieron por divina. Poco desviados de la ribera vimos un tálamo en gruesos troncos de sabina sustentado cubierto de verde juncia, y oloroso con diversas flores, que servian de alcatifas al suelo: vimos ansimismo levantarse de unos asientos dos mugeres y dos hombres: ellas mozas,

y ellos gallardos mancebos: la una hermosa sobremanera, y la otra fea sobremanera: el uno gallardo y gentil hombre, y el otro no tanto, y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre, dixo: ó tú quien quiera que seais, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano y yo con el estremo á nuestras fuerzas posible, te agradecemos esta merced que nos haces, honrando nuestras pobres, y ya de hoy mas ricas bodas: ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como una de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los tejados de mimbres, ó por mejor decir las paredes de mimbres, y los tejados de conchas; hallarás por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas para servirte, y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. In-

clinóse á abrazarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesia y hermosura, la opinion que de ella tenian. El pescador menos gallardo se apartó á dar órden á la demas turba á que levantasen las voces en alabanzas de la recien venida estrangera, y que tocasen todos los instrumentos en señal de regocijo. Las dos pescadoras, fea y hermosa, con sumision humilde besaron las manos á Auristela, y ella las abrazó cortés y amigablemente: el marinero (contentísimo del suceso) dió cuenta á los pescadores del navio, que en el mar quedaba, diciéndoles que era de corsarios, de quien se temia que habian de venir por aquella doncella, que era una principal señora, hija de Reyes, que para mover los corazones á su defensa, le pareció ser necesario levantar este testimonio á mi hermana. Apenas entendieron esto, quando dexando los instrumentos regocijados, y acudieron á los bélicos que tocaron, ar-

ma, arma, por entrambas riberas: llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusiéronse centinelas hasta la misma boca del rio, ceváronse las nasas, tendiéronse las redes, y acomodáronse los anzuelos, todo con intencion de regalar y servir á sus nuevos huespedes; y por mas honrarlos, los dos recien desposados no quisieron aquella noche pasarla con sus esposas, sino dexar los ranchos solos á ellas, y Auristela y á Cloelia, y que ellos con sus amigos, conmigo y con el marinero se las hiciese guarda y centinela, y aunque sobraba la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente luna, y en la tierra ardian las hogueras que el nuevo regocijo habia encendido; quisieron los desposados que cenasemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres: hízose así, y fue la cena tan abundante, que pareció que la tierra se quiso aventajar al mar, y el

mar á la tierra, en ofrecer la una sus carnes, y la otra sus pescados.

Acabada la cena, Carino me tomó por la mano, y paseándose conmigo por la ribera, despues de haber dado muestras de tener apasionada el alma, con sollozos y con suspiros, me dixo: por tener milagrosa esta tu llegada á tal sazon y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo; y ansi aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiento y de peor gusto, quiero que sepas que de aquellas dos pescadoras que has visto, la una fea y la otra hermosa, á mí me ha cabido en suerte de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Selviana; pero no sé que te diga, ni sé que disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago: yo adoro á Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte á hacer otra cosa: con todo esto te quiero decir una ver-

dad, sin que me engañe en creerla, que á los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo, y hay mas en esto que de Solercio, que es el nombre del otro desposado, tengo mas de un barrunto que muere por Selviana, de modo que nuestras quatro voluntades están trocadas, y esto ha sido por querer todos quatro obedecer á nuestros padres y á nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios, y no puedo yo pensar en qué razon se consiente, que la carga que ha de durar toda la vida se la eche el hombre sobre sus hombros, no por el suyo sino por el gusto ageno; y aunque esta tarde habiamos de dar el consentimiento y el sí del cautiverio de nuestras voluntades, no por industria sino por ordenacion del cielo, que así lo quiero creer, se estorbó con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ven-

tura, y para esto te pido consejo, pues como estrangero y no parcial de ninguno, sabrás aconsejarme, porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda, que me lleve á mi remedio, de ausentarme de estas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida durare, ora mis padres se enojen, ó mis parientes me riñan, ó mis amigos se enfaden.

Atentamente le estuve escuchando, y de improviso me vino á la memoria su remedio, y á la lengua estas mismas palabras: no hay para que te ausentes, amigo, á lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosísima doncella que has visto: ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento divino, como tiene hermosura divina: con esto nos volvimos á los ranchos, y yo conté á mi hermana todo lo que con el pescador habia pasado, ella halló en su discrecion el modo como sacar

verdaderas mis palabras, y el contento de todos, y fue que apartándose con Leoncia y Selviana á una parte, les dixo: sabed amigas, que de hoy mas lo habeis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotó de un entendimiento perspicaz y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de una persona le leo el alma, y le adivino los pensamientos: para prueba de esta verdad, os presentaré á vosotras por testigos: tú, Leoncia, mueres por Carino, y tú, Selviana, por Solercio; la virginal vergüenza os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio; y por mi consejo, que sin duda alguna será admitido, se igualarán vuestros deseos; callad, y dexadme hacer, que ó yo no tendré discrecion, ó vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino con besarla infinitas veces las manos, y abrazándola estrechamente, confirma-

ron ser verdad quanto habia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Pasóse la noche, vino el dia, cuya alborada fue regocijadísima porque con nuevos y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores, sonaron los instrumentos con nuevos y alegres sones, alzaron las voces todos, con que se aumentó la alegría, salieron los desposados para irse á poner en el tálamo, donde habian estado el dia de antes; vistiéronse Selviana y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se aderezó y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse una cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y unas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor que hasta ahora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis quando os las enseñe: mostró ser imagen sobre el mortal curso levantada, llevaba asidas de las manos Selviana y á Leoncia, y puesta encima del teatro donde el

tálamo estaba, llamó, y hizo llegar junto así á Carino y á Solercio: Carino llegó temblando y confuso, de no saber lo que yo habia negociado, y estando ya el Sacerdote á punto para darles las manos, y hacer las católicas ceremonias que se usan, mi hermana hizo señales que la escuchasen, luego se estendió un mudo silencio por toda la gente, tan callado que apenas los ayres se movian. Viéndose pues, prestar grato oido de todos, dixo en alta y sonora voz: esto quiere el cielo, y tomando por la mano á Selviana, se la entregó a Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la dió á Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental, sino propio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegria de sus rostros, y el sí que pronuncian sus lenguas. Abrazáronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron,

como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento y belleza de mi hermana, pues asi habia trocado aquellos casi hechos casamientos con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio quatro despalmadas, vistosas por las diversas colores con que venian pintadas, y los remos que eran seis de cada vanda, ni mas ni menos las vanderetas, que venian muchas por los filaretes, asimismo eran de varias colores; los doce remeros de cada una, venian vestidos de blanquísimo y delgado lienzo, de aquel mismo modo que yo vine quando entré la vez primera en esta isla: luego conocí que querian las barcas correr el palio, que se mostraba puesto en el árbol de otra barca desviada de las quatro, como tres carreras de caballo: era el palio de tafetan verde listado de oro, vistoso y grande, pues alcanzaba á besar y aun á pasearse por las aguas.

El rumor de la gente, y el són

de los instrumentos era tan grande, que no se dexaba entender lo que mandaba el Capitan del mar, que en otra pintada barca venia: apartáronse las enramadas barcas á una y otra parte del rio, dexando un espacio llano en medio por donde las quatro competidoras barcas volasen sin estorbar la vista á la infinita gente que desde el tálamo y desde ambas riberas estaba atenta á mirarlas, y estando ya los bogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los brazos, donde se parecian los gruesos nervios, las anchas venas y los torcidos músculos, atendian la señal de la partida, impacientes por la tardanza y fogosos, bien ansi como lo suele estar el generoso can de Irlanda, quando su dueño no le quiere soltar de la traylla, á hacer la presa que á la vista se le muestra. Llegó en fin la señal esperada, y á un mismo tiempo arrancaron todas quatro barcas, que no por el agua, sino por el viento parecia

que volaban: una de ellas que llevaba por insignia un vendado Cupido, se adelantó de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dió esperanza á todos quantos la miraban de que ella seria la primera que llegase á ganar el deseado premio: otra que venia tras ella iba alentandó sus esperanzas, confiada en el teson durísimo de sus remeros; pero viendo que la primera en ningun modo desmayaba, estuvieron por soltar los remos sus bogadores, pero son diferentes los fines y acontecimientos de las cosas, de aquello que se imagina, porque aunque es ley de los combates y contiendas, que ninguno de los que miran, favorezca á ninguna de las partes con señales, con voces ó con otro algun género que parezca que pueda servir de aviso al combatiente: viendo la gente de la ribera que la barca de la insignia de Cupido se aventajaba tanto á las demas, sin mirar á leyes, creyendo que la victoria

era suya, dixeron á voces muchos: Cupido vence, el Amor es invencible A cuyas voces, por escucharlas, parece que afloxaron un tanto los remeros del Amor. Aprovechóse de esta ocasion la segunda barca que detras de la del Amor venia, la qual traia por insignia al Interes, en figura de un gigante pequeño, pero muy ricamente aderezado, y impelió los remos con tanta fuerza, que llegó á igualarse el Interes con el Amor, y arrimándosele á un costado, le hizo pedazos todos los remos de la diestra vanda, habiendo primero la del Interes recogido los suyos: y pasado adelante, dexando burladas las esperanzas de los que primero habian cantado la victoria por el Amor, y volvieron á decir: el Interes vence, el Interes vence. La barca tercera traia por insignia á la Diligencia en figura de una muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que á traer trompeta en las manos, antes pareciera Fama que Diligen-

cia: viendo el buen suceso del Interes, alentó su confianza, y sus remeros se esforzaron de modo, que llegaron á igualar con el Interes; pero por el mal gobierno del timonero se embarazo con las dos barcas primeras, de modo que los unos ni los otros remos fueron de provecho. Viendo lo qual la postrera, que traia por insignia á la Buena fortuna, quando estaba desmayada y casi para dexar la empresa, viendo el intrincado enredo de las demas barcas, desviándose algun tanto de ellas por no caer en el mismo embarazo, apretó, como decir se suele, los puños; y deslizándose por un lado, paso delante de todas. Cambiáronse los gritos de los que miraban: cuyas voces sirvieron de aliento á sus bogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecia, que si los que quedaban atras entonces, les llevá-
ran la misma ventaja, no dudáran de alcanzarlos, ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por

ventura, que por ligereza.

En fin, la Buena fortuna fue la que la tuvo entonces, y la mia de ahora no lo seria, si yo adelante pasase con el cuento de mis muchos y extraños sucesos. Y así, os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le daré fin, si es posible que le puedan tener mis desventuras. Esto dixo Periandro, á tiempo que al enfermo Antonio le tomó un terrible desmayo, viendo lo qual su padre, casi como adivino de donde procedia, los dexó á todos, y se fue como despues parecerá, á buscar á la Zenotia, con la qual le sucedió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XII.

Pareceme que si no se arrimára la paciencia al gusto que tenian Arnaldo y Policarpo de mirar á Auristela, y Sinforosa de ver á Periandro, ya le hubieran perdido es-

cuchando su larga plática, de quien juzgaron Mauricio y Ladislao que habia sido algo larga, y traida no muy apropósito, pues para contar sus desgracias propias, no habia para que contar los placeres agenos; con todo eso les dió gusto y quedaron con él, esperando oir el fin de su historia por el donayre siquiera y buen estilo con que Periandro la contaba. Halló Antonio el padre á la Zenotia, que buscaba en la cámara del Rey por lo menos, y en viéndola, puesta una desembaynada daga en las manos, con cólera española y discurso ciego arremetió á ella, y asiéndola del brazo izquierdo, y levantado la daga en alto, la dixo: dáme, ó hechicera, á mi hijo vivo y sano y luego, sino haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado; mira si tienes su vida envuelta en algun envoltorio de agujas sin ojos ó de alfileres sin cabezas: mira, ó pérfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ó en alguna

otra parte, que solo tú lo sabes. Pasmóse Zenotia, viendo que la amenazaba una daga desnuda en las manos de un español colérico, y temblando le prometió de darle la vida y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera; de tal manera se la habia entrado el temor en el alma, y así le dixo: suéltame, Español, y embayna tu acero, que los que tiene tu hijo le han conducido al término en que está, y pues sabes que las mugeres somos naturalmente vengativas, y mas quando nos llama á la venganza el desden y el menosprecio, no te maravilles si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho; aconséjale que se humane de aquí adelante con los rendidos, y no menosprecie á los que piedad le pidieren, y vete en paz, que mañana estará tu hijo en disposicion de levantarse bueno y sano. Quando así no sea, respondió Antonio, ni á mí me faltará industria, para ha-

llarte, ni cólera para quitarte la vida, y con esto la dexó, y ella quedó tan entregada al miedo, que olvidándose de todo agravio, sacó del quicio de una puerta los hechizos que habia preparado, para consumir la vida poco á poco del riguroso mozo, que con los de su donayre y gentileza la tenia rendida. Apenas hubo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salió la salud perdida de Antonio á plaza, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre y las desmayadas fuerzas esforzado brio, de lo que recibieron general contento quantos le conocian; y estando con él á solas su padre, le dixo: En todo quanto quiero ahora decirte, ó hijo, quiero advertirte, que adviertas que se encaminan mis razones á aconsejarte que no ofendas á Dios en ninguna manera, y bien habras echado de ver esto en quince ó diez y seis años, que ha que te enseño la ley que mis padres me

enseñaron, que es la católica, la verdadera, y en la que se han de salvar, y se han salvado todos los que han entrado hasta aquí, y han de entrar de aquí adelante en el reyno de los cielos: esta santa ley nos enseña que no estamos obligados á castigar á los que nos ofenden, sino á aconsejarlos la enmienda de sus delitos, que el castigo toca al juez, y la reprehension á todos, como sea con las condiciones que despues te diré: quando te convidaren á hacer ofensas, que redunden en deservicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni decir injuriosas palabras, que con no recebir el consejo, y apartarte de la ocasion, quedarás vencedor de la pelea, y libre y seguro de verte otra vez en el trance que ahora te has visto: la Zenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco á poco en menos de diez dias perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo

hubiera estorbado, y vente conmigo, porque alegres á todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucesos de Periandro que los ha de acabar de contar esta noche. Prometióle Antonio á su padre, de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, á pesar de todas las persuasiones y lazos que contra su honestidad se armasen.

La Zenotia en esto corrida, afrentada y lastimada de la soberbia desamorada del hijo, y de la temeridad y cólera del padre, quiso por mano agena vengar su agravio, sin privarse de la presencia de su desamorado bárbaro, y con este pensamiento y resuelta determinacion se fue al Rey Policarpo, y le dixo: ya sabes, señor, como despues que vine á tu casa y á tu servicio, siempre he procurado no apartarme en él con la solicitud posible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archivo de tus secretos; y sabes como prudente,

que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos que al parecer van mas acertados, y por esto querria, que en el que ahora tienes hecho de dexar ir *li*bremente á Arnaldo y á toda su compañía, vas fuera de toda razon y de todo término. Dime, si no puedes presente rendir á Auristela, ¿cómo la rendirás ausente? ¿y cómo querrá ella cumplir su palabra, volviendo á tomar por esposo á un varon anciano, que en efecto lo eres, que las verdades que uno conoce de sí mismo, no nos pueden engañar, teniéndose ella de su mano á Periandro, que podria ser que no fuese su hermano, y Arnaldo Príncipe mozo, y que no la quiere para menos que para ser su esposa. No dexes, señor, que la ocasion que agora se te ofrece, te vuelva la calva en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia y atrevimiento que tuvo

este monstruo bárbaro que viene en su compañía, de matar en tu misma casa á aquel, que dicen que se llamaba Clodio, que si ansi lo haces, alcanzarás fama que alverga en tu pecho, no el favor, sino la justicia. Estaba escuchando Policarpo atentísimamente á la maliciosa Zenotia, que con cada palabra que le decia, le atravesaba, como si fuera con agudos clavos, el corazon, y luego luego quisiera correr á poner en efecto sus consejos; ya le parecia ver á Auristela en brazos de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amante; ya se la contemplaba con la corona en la cabeza del Reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hacia burla de sus amorosos designios: en fin la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderó del alma en tal manera, que estuvo por dar voces y pedir venganza de quien en ninguna cosa le habia ofendido: pero viendo la Zenotia quan sazonado le

tenia , y quan pronto para executar todo aquello que mas le quisiese aconsejar , le dixo , que se sosegase por entonces, y que esperasen á que aquella noche acabase de contar Periandro su historia , porque el tiempo se le diese de pensar lo que mas convenia.

Agradecióselo Policarpo, y ella cruel y enamorada daba trazas en su pensamiento , como cumpliese el deseo del Rey y el suyo : llegóse en esto la noche , juntáronse á conversacion como la vez pasada, volvió Periandro á repetir algunas palabras antes dichas , para que viniese con concierto á anudar el hilo de su historia , que la habia dexado en el certamen de las barcas.

CAPÍTULO XIII.

PROSIGUE PERIANDRO SU AGRADABLE HISTORIA Y EL ROBO DE AURISTELA.

La que con mas gusto escuchaba á Periandro era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hercules, tal era la gracia y donayre con que Periandro contaba sus sucesos: finalmente los volvió á anudar, como se ha dicho, prosiguiendo de esta manera: al Amor, al Interes y á la Diligencia dexó atras la Buena fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de provecho el interes, ni el amor puede usar de sus fuerzas: la fiesta de mis pescadores, tan regocijada como pobre, excedió á las de los triunfos romanos, que tal vez en la llaneza y en la humildad suelen esconderse los regocijos mas aventajados; pero co-

mo las venturas humanas esten por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudanza facilmente se quiebran y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron y fortificaron mis desgracias, aquella noche la pasamos todos en una isla pequeña, que en la mitad del rio se hacia, convidados del verde sitio y apacible lugar: holgabanse los desposados que sin muestras de parecer que lo eran, con honestidad y diligencia de dar gusto á quien se le habia dado tan grande, poniéndolos en aquel deseado y venturoso estado, y así ordenaron que en aquella isla del rio se renovasen las fiestas, y se continuasen por tres dias: la sazon del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los árboles, el olor de las flores, cada cosa de estas de por sí y todas juntas convidaban á tener por acertado el pa-

recer de que allí estuviesemos el tiempo que las fiestas durasen. Pero apenas nos habiamos reducido á la isla, quando de entre un pedazo de bosque que en ella estaba, salieron hasta cincuenta salteadores armados á la ligera, bien como aquellos que quieren robar y huir todo á un mismo punto, y como los descuidados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuido, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos á mirar, que á acometer á los ladrones, los quales como hambrientos lobos, arremetieron al rebaño de las simples ovejas, y se llevaron si no en la boca, en los brazos á mi hermana Auristela, á Cloelia su ama, y á Selviana y á Leoncia, como si solamente vinieran á ofendellas, porque se dexaron otras muchas mugeres á quien la naturaleza habia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el estraño caso mas colérico que suspenso me puso, me ar-

rojé tras los salteadores, los seguí con los ojos y con las voces afrentándolos como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos á que mis injurias les moviesen á volver á tomar venganza de ellas; pero ellos atentos á salir con su intento, ó no oyeron ó no quisieron vengarse, y así se desaparecieron, y luego los desposados y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele decirse á consejo, sobre qué hariamos para enmendar nuestro yerro, y cobrar nuestras prendas: uno dixo, no es posible, sino que alguna nave de salteadores está en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizá sabidores de nuestra junta y de nuestras fiestas: si esto es ansi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es, que salgan algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el

tanto mas quanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dixe entonces, el que haré esa diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dixeron Carino y Solercio, ellos llorando en público, y yo muriendo en secreto.

Quando tomamos esta resolucion, comenzaba á anochecer, pero con todo eso nos entramos en un barco los desposados y yo con seis remeros: pero quando salimos al mar descubierto, habia acabado de cerrar la noche, por cuya oscuridad no vimos baxel alguno, determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos algun navio, y quiso la suerte que descubriesemos dos, el uno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia á tomarla: conocí que el que dexaba la tierra era el mismo de quien ha-

biamos salido á la isla, así en las banderas como en las velas, que venian cruzadas con una cruz roxa, los que venian de fuera las traian verdes, y los unos y los otros eran corsarios. Pues como yo imaginé, que el navio que salia de la isla era el de los salteadores de la presa, hice poner en una lanza una bandera blanca de seguro, vine arrimado al costado del navio para tratar del rescate, llevando cuidado de que no me prendiesen. Asomóse el Capitan al borde, y quando quise alzar la voz para hablarle, puedo decir que me la turbó y suspendió, y cortó en la mitad del camino un espantoso trueno que formó el disparar de un tiro de artilleria de la nave de fuera, en señal que desafiaba á la batalla al navio de tierra, al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y en un instante se comenzaron á cañonear las dos naves como si fueran de dos conocidos é irritados enemigos.

Desvióse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lejos estuvimos mirando la batalla, y habiendo jugado la artilleria casi una hora se aferraron los dos navios con una no vista furia: los del navio de fuera, ó mas venturosos, ó por mejor decir mas valientes, saltaron en el navio de tierra, y en un instante desembarazaron toda la cubierta, quitando la vida á sus enemigos, sin dexar á ninguno con ella: viéndose pues libres de sus ofensores, se dieron á saquear el navio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de corsarios, no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras á mi hermana, á Selviana, á Leoncia, y á Cloelia, con que enriquecieron su nave, pareciéndoles que en la hermosura de Auristela llevaban un precioso y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca á hablar con el Capitan de los vencedores; pero como

mi ventura andaba siempre en los ayres, uno de tierra sopló y hizo apartar el navio, no pude llegar á él, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y así fue forzoso el volvernos sin ninguna esperanza de cobrar nuestra pérdida, y por no ser otra la derrota que el navio llevaba, que aquella que el viento le permitia no pudimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diese á entender quienes fuesen los vencedores, para juzgar siquiera, sabiendo su patria las esperanzas de nuestro remedio; él voló en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados y tristes nos entramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estaban esperando. No sé si os diga, señores, lo que es forzoso deciros, un cierto espiritu se entró entonces en mi pecho, que sin mudarme el sér, me pareció que le tenia mas que de hombre, y así levantandome en pie sobre la barca hice que la rodeasen todas

las demas, y estuviesen atentos á estas ó otras semejantes razones que les dixe: la baxa fortuna jamas se enmendó con la ociosidad ni con la pereza, en los ánimos encogidos nunca tuvo lugar la buena dicha, nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no hay alma que no sea capaz de levantarse á su asiento: los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros, mendigos. Esto os digo, ó amigos mios, para moveros y incitaros á que mejoreis vuestra suerte, y á que dexeis el pobre ajuar de unas redes, y de unos estrechos barcos, y busqueis los tesoros que tiene en sí encerrados el generoso trabajo, llamo generoso al trabajo del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cabador rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que un dia sin ganar fama alguna, ¿por qué no tomará en lugar de la azada una lanza, y sin temor del sol ni de todas las inclemencias

del cielo procurará ganar con el sustento fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra, así como es madrasta de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcanzan, se pueden llamar ultramundanos. Ea pues, amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel navio que se lleva las caras prendas de vuestros parientes, encerrándonos en estotro, que en la ribera nos dexaron, casi á lo que creo, por ordenacion del cielo: vamos tras él, y hagamonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino justicieros como lo seremos nosotros; á todos se nos entiende el arte de la marineria, bastimentos hallarémos en el navio con todo lo necesario á la navegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres, y si es grande el agravio que hemos recibido, grandisima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: sigame pues el que quisiere, que yo

os suplico y Carino y Solercio os lo ruegan, que bien sé que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apenas hube acabado de decir estas razones, quando se oyó un murmureo por todas las barcas, procedido de que unos con otros se aconsejaban de lo que harian, y entre todos salió una voz que dixo: embarcate, generoso huesped, y sé nuestro Capitan y nuestra guia, que todos te seguiremos.

Esta tan improvisa resolucion de todos me sirvió de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diese ocasion de madurar su discurso, me adelanté con mi barco, al qual siguieron otros casi quarenta: llegué á reconocer el navio, entré dentro, escudriñéle todo, miré lo que tenia y lo que le faltaba, y hallé todo lo que me pudo pedir el deseo que fuese necesario para el viage; aconsejeles que ninguno volviese á tierra, por quitar la ocasion de que el llanto

de las mugeres, y el de los queridos hijos no fuese parte para dexar de poner en efecto resolucion tan gallarda. Todos lo hicieron así, y desde allí se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos y mugeres: caso estraño, y que ha menester que la cortesia ayude á darle crédito: ninguno volvio á tierra, ni se acomodó de mas vestidos de aquellos con que habia entrado en el navio, en el qual sin repartir los oficios, todos servian de marineros y de pilotos, excepto yo, que fuí nombrado por Capitan por gusto de todos: y encomendándome á Dios, comencé luego á exercer mi oficio, y lo primero que mandé, fue desembarazar el navio de los muertos que habian sido en la pasada refriega, y limpiarle de la sangre de que estaba lleno: ordené que se buscasen todas las armas ansi ofensivas, como defensivas que en él habia, y repartiéndolas entre todos, dí á cada uno la que á mi parecer mejor le esta-

ba: requerí los bastimentos, y conforme á la gente, tantee para quantos dias serian bastantes poco mas ó menos.

Hecho esto, y hecha oracion al Cielo, suplicándole encaminase nuestro viage, y favoreciese nuestros tan honrados pensamientos, mandé hizar las velas, que aun se estaban atadas á las entenas, y que las dieramos al viento, que como se ha dicho, soplaba de la tierra, y tan alegres como atrevidos, y tan atrevidos como confiados, comenzamos á navegar por la misma derrota que nos pareció que llevaba el navio de la presa. Veisme aquí, señores, que me estais escuchando, hecho pescador y casamentero, rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de Capitan contra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen un punto donde paren, ni términos que las encierren. No mas, dixo á esta sazon Arnaldo, no mas, Periandro

amigo, que puesto que tú no te canses de contar tus desgracias, á nosotros nos fatiga el oirlas, por ser tantas. A lo que respondió Periandro: yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama lugar, que es donde todas las cosas caben, y no hay ninguna fuera del lugar, y en mí le tienen todas las que son desgraciadas, aunque por haber hallado á mi hermana Auristela, las juzgó por dichosas, que el mal que se acaba sin acabar la vida, no lo es. A esto dixo Transila: yo por mí digo, Periandro, que no entiendo esa razon, solo entiendo que lo será muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos de saber los sucesos de vuestra historia, que me van pareciendo ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escriban. Suspensa me tiene el veros Capitan de salteadores, juzgué merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estaré esperando tambien

suspensa, quál fue la primera hazaña que hicisteis, y la aventura primera con que encontrasteis. Esta noche, señora, respondió Periandro, daré fin, si fuere posible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios, quedando todos de acuerdo que aquella noche volviesen á la misma plática, por entonces dió fin Periandro á la suya.

CAPÍTULO XIV.

DA CUENTA PERIANDRO DE UN NOTABLE CASO QUE LE SUCEDIÓ EN EL MAR.

La salud del hechizado Antonio volvió su gallardia á su primera entereza, y con ella se volvieron á renovar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los quales tambien renovaron en su corazon los temores de verse de él ausente, que los deshauciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse que lo estan, en tanto

que ven presente la causa de donde nacen, y así procuraba con todas las trazas que podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesen de la ciudad ninguno de aquellos huespedes, y así volvió á aconsejar á Policarpo, que en ninguna manera dexase sin castigo el atrevimiento del bárbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le diese la pena conforme al delito, le debia prender y castigarle siquiera con amenazas, dando lugar que el favor se opusiese por entonces á la justicia, como tal vez se suele hacer en mas importantes ocasiones. No lo quiso tomar Policarpo en la que este consejo le ofrecia, diciendo á la Zenotia, que era agraviar la autoridad del Príncipe Arnaldo, que debaxo de su amparo le traia, y enfadar á su querida Auristela, que como á su hermano le trataba, y mas que aquel delito fue accidental y forzoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte que le pidiese, y

que todos quantos le conocian afirmaban que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. ¿Cómo es esto, señor, replicó la Zenotia, que habiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo de prenderle, con cuya ocasion la tomases de detener á Auristela, agora estás tan lejos de tomarle? ellos se te irán, ella no volverá, tú llorarás entonces tu perplexîdad y tu mal discurso á tiempo, quando ni te aprovechen las lágrimas, ni enmendar en la imaginacion lo que ahora con nombre de piadoso quieres hacer. Las culpas que comete el enamorado, en razon de cumplir su deseo, no lo son, en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: Rey eres, y de los Reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nombre de severidad. Si prendes á este mozo, darás lugar á la justicia, y soltándole á la misericordia; y en lo uno

y en lo otro confirmarás el nombre que tienes de bueno. De esta manera aconsejaba la Zenotia á Policarpo, el qual á solas y en todo lugar iba y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resolverse de qué modo podia detener á Auristela, sin ofender á Arnaldo, de cuyo valor y poder era razon temiese; pero en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como la Zenotia, deseaba la partida de Periandro, por entrar en la esperanza de la vuelta: se llegó el término de que Periandro volviese á proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Ligera volaba mi nave por donde el viento queria llevarla, sin que se le opusiese á su camino la voluntad de ninguno de los que ibamos en ella, dexando todos en el alvedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gavia vimos caer á un marinero, que

antes que llegase á la cubierta del navio, quedó suspenso de un cordel que traia anudado á la garganta: llegué con priesa y cortésele, con que estorvé no se le acortase la vida. Quedó como muerto, y estuvo fuera de sí casi dos horas, al cabo de las quales volvió en sí, y preguntándole la causa de su desesperacion, dixo: dos hijos tengo, el uno de tres, y el otro de quatro años, cuya madre no pasa de los veinte y dos, y cuya pobreza pasa de lo posible, pues solo se sustentaba del trabajo de estas manos, y estando yo agora encima de aquella gavia, volví los ojos al lugar donde los dexaba, y casi como si alcanzara á verlos los ví hincados de rodillas, las manos levantadas al cielo, rogando á Dios por la vida de su padre, y llamándome con palabras tiernas; vi ansí mismo llorar á su madre, dándome nombre de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginé con tan gran vehemencia, que me fuerza á de-

cir que lo ví, para no poner duda en ello, y el ver que esta nave vuela, y me aparta de ellos, y que no sé dónde vamos, y la poca ó ninguna obligacion que me obligó á entrar en ella, me trastornó el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le dí á mi garganta, por acabar en un punto los siglos de pena que me amenazaba. Este suceso movió á lástima á quantos le escuchabamos, y habiéndole consolado y casi asegurado que presto dariamos la vuelta contentos y ricos; le pusimos dos hombres de guarda, que le estorvasen volver á poner en execucion su mal intento, y ansi le dexamos: y yo, porque este suceso no despertase en la imaginacion de alguno de los demas el querer imitarle, les dixe, que la mayor cobardia del mundo era el matarse, porque el homicida de sí mismo es señal que le falta el animo para sufrir los males que teme, y ¿qué mayor mal puede venir á un hombre

que la muerte ? y siendo esto así no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan y mejoran las malas suertes , y con la muerte desesperada , no solo no se acaban y se mejoran , pero se empeoran , y comienzan de nuevo. Digo esto, compañeros mios , porque no os asombre el suceso que habeis visto deste nuestro desesperado, que aun hoy comenzamos á navegar , y el animo me está diciendo que nos aguardan , y esperan mil felices sucesos.

Todos dieron la voz á uno, para responder por todos , el qual de esta manera dixo : valeroso Capitan , en las cosas que mucho se consideran , siempre se hallan muchas dificultades , y en los hechos valerosos que se acometen , alguna parte se ha de dar á la razon, y muchas á la ventura , y en la buena que hemos tenido en haberte elegido por nuestro Capitan, vamos seguros y confiados de alcanzar los buenos sucesos que di-

ces; quédense nuestras mugeres, quédense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza á todos, que los cielos que sustentan los gusarapos del agua, tendrán cuidado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, hizar las velas, pon centinelas en las gavias, por ver si descubren en qué podamos mostrar, que no temerarios, sino atrevidos son los que aquí vamos á servirte. Agradecíles la respuesta, hice hizar todas las velas, y habiendo navegado aquel dia, al amanecer del dia siguiente, la centinela de la gavia mayor dixo á grandes voces: navio, navio. Preguntáronle qué derrota llevaba, y que de qué tamaño parecia. Respondió que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos por la proa. Alto pues, dixe, amigos tomad las armas en las manos, y mostrad con estos, si son corsarios, el valor que os ha hecho dexar vuestras redes: hice luego cargar las velas, y en poco mas de

dos horas descubrimos y alcamos el navio, al qual envestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna saltaron en él mas de quarenta de mis soldados, que no tuvieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros y gente de servicio, y mirándolo bien todo, hallaron en un apartamiento puestos en un cepo de hierro por la garganta, desviados uno de otro casi dos varas, á un hombre de muy buen parecer, y á una muger mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron tendido en un rico lecho á un venerable anciano de tanta autoridad, que obligó su presencia á que todos le tuviesemos respeto; no se movió del lecho, porque no podia, pero levantándose un poco alzó la cabeza, y dixo: envaynad, señores, vuestras espadas, que en este navio no hallareis ofensores en quien exercitarlas, y si la necesidad os hace y fuerza á usar este oficio de buscar vuestra ventura á costa de

las agenas, á parte habeis llegado que os hará dichosos, no porque en este navio haya riquezas ni alajas que os enriquezcan, sino porque yo voy en él, que soy Leopoldio, el Rey de los Daneos. Este nombre de Rey me avivó el deseo de saber qué sucesos habian traido á un Rey á estar tan solo y tan sin defensa alguna: lleguéme á él, y preguntéle si era verdad lo que decia, porque aunque su grave presencia prometia serlo, el poco aparato con que navegaba, hacia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el aciano, que esta gente se sosiegue, y escúchame un poco, que en breves razones te contaré cosas grandes. Sosegáronse mis compañeros, y ellos y yo estuvimos atentos á lo que decir queria, que fue esto: el cielo me hizo Rey del Reyno de Danea, que heredé de mis padres, que tambien fueron Reyes, y lo heredaron de sus antepasados, sin haberles introducido á serlo la tirania, ni otra negociacion alguna,

caséme en mi mocedad con una muger mi igual, murióse sin dexarme sucesion alguna, corrió el tiempo, y muchos años me contuve en los límites de una honesta viudez; pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen nadie ha de echar la culpa á otro sino á sí mismo, digo que por culpa mia tropecé y caí en la de enamorarme de una dama de mi muger, que á ser ella la que debia, hoy fuera el dia que fuera Reyna, y no se viera atada y puesta en un cepo, como ya debeis de haber visto. Esta pues, pareciéndole ser injusto anteponer los rizos de un criado mio á mis canas se envolvió con él, y no solamente tuvo gusto de quitarme la honra, sino que procuro junto con ella, quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas trazas, con tales embustes y rodeos, que á no ser avisado con tiempo, mi cabeza estuviera fuera de mis hombros en una escarpia al viento, y las suyas coronadas del

Reyno de Danea; finalmente, yo descubrí sus intentos á tiempo, quando ellos tambien tuvieron noticia de que yo lo sabia: una noche en un pequeño navío que estaba con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa y de la indignacion de mi furia, se embarcaron, súpelo, volé á la marina en las alas de mi cólera, y hallé que habria veinte horas que habian dado las suyas al viento; y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la venganza, sin hacer algun prudente discurso, me embarqué en este navío, y los seguí, no con autoridad y aparato de Rey, sino como particular enemigo; hallélos á cabo de diez dias en una isla que llaman del Fuego, y cogílos descuidados, y puestos en ese cepo que habreis visto, los llevaba á Danea, para darles por justicia y procesos fulminados la debida pena á su delito. Esta es la pura verdad, los delinqüentes ahí están, que aunque no quieran la acreditan: yo soy

el Rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aquí, sino porque os doy mi palabra de poneroslas y enviaroslas donde quisieredes, para cuya seguridad si no basta mi palabra, llevadme con vosotros en vuestro navío, y dexad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios á Danea, y traiga este dinero donde le ordenaredes, y no tengo mas que deciros.

Mirábanse mis compañeros unos á otros, y diéronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como Capitan lo podia y debia hacer, con todo eso quise tomar parecer con Carino, con Solercio y con algunos de los demas, porque no entendiesen que me queria alzar de hecho con el mando que de su voluntad ellos me tenian dado, y así la respuesta que dí al Rey, fue decirle: Señor, á los que aquí venimos, no nos puso la necesidad las armas en las manos, ni ninguno otro deseo que de

ambiciosos tenga semejanza, buscando vamos ladrones, á castigar vamos salteadores, y á destruir piratas, y pues tú estás tan lejos de ser persona de este género, segura está tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te sirvamos, ninguna cosa habrá que nos lo impida, y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate, soltamos la promesa, que pues no estás cautivo, no estás obligado al cumplimiento de ella; sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones á tus ofenfores, que la grandeza del Rey algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisiérase humillar Leopoldio á mis pies, pero no lo consintió, ni mi cortesia, ni su enfermedad: pedíle me diese alguna polvora si llevaba, y partiese con nosotros de sus bastimentos, lo qual se hizo al punto: aconsejéle asímis-

mo, que si no perdonaba á sus dos enemigos, los dexase en mi navío, que yo los pondria en parte donde no la tuviesen mas de ofenderle. Dixo que sí haria, porque la presencia del ofensor suele renovar la injuria en el ofendido: ordené que luego nos volviesemos á nuestro navío con la pólvora y bastimentos que el Rey partió con nosotros, y queriendo pasar á los dos prisioneros ya sueltos y libres del pesado cepo, no dió lugar un recio viento que de improviso se levantó, de modo que apartó los dos navios, sin dexar que otra vez se juntasen; desde el borde de mi nave me despedí del Rey á voces, y él en los brazos de los suyos salió de su lecho, y se despidió de nosotros, y yo me despido ahora, porque la segunda hazaña me fuerza á descansar para entrar en ella.

CAPÍTULO XV.

A todos dió general gusto de oir el modo con que Periandro contaba su estraña peregrinacion, sino fue á Mauricio, que llegándose al oido de Transila su hija, le dixo: pareceme, Transila, que con menos palabras y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no habia para que detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia; pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras. Así debe de ser, respondió Transila; pero lo que yo sé decir, es, que ora se dilate, ó se sucinte en lo que dice, todo es bueno, y todo da gusto, pero ninguno le re-

cibia mayor, como ya creo que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro decia, así le regalaba el alma, que la sacaba de sí misma. Los revueltos pensamientos de Policarpo no le dexaban estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedára mas que decir, porque le dexára á él mas que hacer, que las esperanzas propinquas de alcanzar el bien que se desea, fatigan mucho mas que las remotas y apartadas; y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitó el volverse á juntar otro dia, en el qual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, á mis marineros, compañeros y soldados, mas ricos de fama que de oro, y á mí con algunas sospechas de que no les hubiese parecido bien mi liberalidad, y puesto que nació tan de su voluntad como de la mia en la libertad de Leopoldio, como no

son todas unas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuviesen todos contentos, y que les pareciese que seria dificil recompensar la pérdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometió Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me movió á decirles: amigos mios, nadie esté triste por la perdída ocasion de alcanzar el gran tesoro que nos ofreció el Rey, porque os hago saber que una onza de buena fama vale mas que una libra de perlas, y esto no lo puede saber sino el que comienza á gustar de la gloria que da el tener buen nombre. El pobre á quien la virtud enriquece, suele llegar á ser famoso; como el rico, si es vicioso, puede venir y viene á ser infame: la liberalidad es una de las mas agradables virdes de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no hay liberal mal puesto, como no hay avaro que no lo sea; mas iba á decir, pareciéndome que me

daban todos tan gratos oidos, como mostraban sus alegres semblantes, quando me quitó las palabras de la boca el descubrir un navío, que no lejos del nuestro á orza por delante de nosotros pasaba: hice tocar al arma, y díle caza con todas las velas tendidas, y en breve rato me le puse á tiro de cañon, y disparando uno sin bala, en señal de que amaynase, lo hizo así, soltando las velas de alto á baxo. Llegando mas cerca, ví en él uno de los mas extraños espectáculos del mundo, ví que pendientes de las entenas y de las xarcias venian mas de quarenta hombres ahorcados: admiróme el caso, y abordando con el navio, saltaron mis soldados en él, sin que nadie se lo defendiese, hallaron la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hombres semivivos, unos con las cabezas partidas, y otros con las manos cortadas; tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma; éste gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin

paciencia alguna : esta mortandad y fracaso daba señales de haber sucedido sobremesa, porque los manjares nadaban entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardaban el olor del vino; en fin pisando muertos, y hollando heridos , pasaron los mios adelante , y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doce hermosísimas mugeres , y delante de ellas una que mostraba ser su Capitana , armada de un coselete blanco, y tan terso y limpio , que pudiera servir de espejo á quererse mirar en él ; traia puesta la gola , pero no las escarcelas ni los brazaletes , el morrion sí, que era de hechura de una enroscada sierpe , á quien adornaban infinitas y diversas piedras de varios colores ; tenia un venablo en las manos, tachonado de arriba abaxo con clavos de oro , con una gran cuchila de agudo y luciente azero forjada, con que se mostraba tan briosa y tan gallarda , que bastó á detener su vista la furia de mis solda-

dos, que con admirada atencion se pusieron á mirarla.

Yo que de mi nave la estabā mirando, por verla mejor, pasé á su navío, á tiempo quando ella estaba diciendo: bien creo, ó soldados, que os pone mas admiracion que miedo este pequeño esquadron de mugeres, que á la vista se os ofrece, el qual despues de la venganza que hemos tomado de nuestros agravios, no hay cosa que pueda engendrar en nosotros temor alguno: envestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitándonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las daremos por bien empleadas: Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo Rey de Lituania, casóme mi tio con el gran Lampidio, tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza y de los de la fortuna. Ibamos los dos á ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer ir entre nuestros vasallos y criados, todos obligados por las bue-

nas obras que siempre les hicimos; pero la hermosura y el vino que suelen trastornar los mas vivos entendimientos, les borró las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lascivia; á noche bebieron de modo, que les sepultó en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron á poner las manos en mi esposo, y quitándole la vida, dieron principio á su abominable intento: pero como es cosa natural defender cada uno su vida; nosotras por morir vengadas siquiera, nos pusimos en defensa, aprovechándonos del poco tiempo y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos y con quatro criados, que libres del humo de Baco, nos acudieron, hicimos en ellos, lo que muestran esos muertos que están sobre esa cubierta, y pasando adelante con nuestra venganza, habemos hecho que esos arboles y esas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente,

quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil, tambien murieran, porque su poca ó ninguna defensa, y nuestra cólera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia: riquezas traigo que poder repartir, aunque mejor diria que vosotros podiais tomar, solo puedo añadir, que os las entregaré de buena gana: tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas antes quedareis infames que ricos.

Pareciéronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero corsario, me ablandára. Uno de mis pescadores, dixo á este punto: que me maten si no se nos ofrece aquí hoy otro Rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, que nosotros no queremos mas de la gloria de haber vencido nuestros naturales apetitos. Así será, respondí yo, pues vosotros, amigos, lo

quereis; y entended, que obras tales, nunca las dexa el cielo sin buena paga, como á las que son malas sin castigo: despojad esos árboles de tan mal fruto, y limpiad esa cubierta, y entregad á esas señoras, junto con la libertad, la voluntad de servirlas. Púsose en efecto mi mandamiento, y llena de admiracion y de espanto se me humilló Sulpicia, la qual, como persona que no acertaba á saber lo que le habia sucedido, tampoco acertaba á responderme, y lo que hizo, fue mandar á una de sus damas, le hiciese traer los cofres de sus joyas y de sus dineros: hízolo así la dama, y en un instante, como aparecidos, ó llovidos del cielo, me pusieron delante quatro cofres llenos de joyas y dineros: abriólos Sulpicia, y hizo muestras de aquel tesoro á los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizá, y aun sin quizá cegó en algunos la intencion que de ser liberales tenian, porque hay mucha diferencia de

dar lo que se posee y se tiene en las manos, á dar lo que está en esperanzas de poseerse. Sacó Sulpicia un rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras que en él venian engastadas, y diciendo: toma, Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa que por serlo la voluntad con que se te ofrece, dádiva es de una pobre viuda, que ayer se vió en la cunbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo, y hoy se vé sujeta á la discrecion de estos soldados que te rodean, entre los quales puedes repartir estos tesoros, que segun se dice, tienen fuerzas para quebrantar las peñas. A lo que yo respondí: dádivas de tan gran señora, se han de estimar como si fuesen mercedes, y tomando el collar me volví á mis soldados, y les dixe: esta joya es ya mia, soldados y amigos mios, y asi puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser á mi parecer inestimable, no

conviene que se dé á uno solo, tómele y guardele el que quisiere, que en hallando quien le compre, se dividirá el precio entre todos y quédese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que uno respondió: quisieramos, ó buen Capitan, que no nos hubieras prevenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos á la tuya: vuelve el collar á Sulpicia, la fama que nos prometes no hay collar que la ciña, ni límite que la contenga.

Quedé contentísimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente, ella me pidió que le diese doce soldados de los mios, que le sirviesen de guarda, y de marineros, para llevar su nave á Lituania: hízose así, contentísimos los doce que escogí, solo por saber que iban á hacer bien. Proveyónos Sul-

picia de generosos vinos, y de muchas conservas de que careciamos: soplaba el viento próspero para el viage de Sulpicia y para el nuestro, que no llevaba determinado paradero: despedímonos de ella, supo mi nombre, y el de Carino y Solercio, y dándonos á los tres sus brazos, con los ojos abrazó á todos los demas; ella llorando lagrimas del placer y tristeza nacidas, de tristeza por la muerte de su esposo, de alegria por verse libre de las manos que pensó ser de salteadores, nos dividimos y apartamos. Olvidaba de deciros, como volví el collar á Sulpicia, y ella le recibió á fuerza de mis importunaciones, y casi tuvo á afrenta que le estimáse yo en tan poco que se le volviese. Entré en consulta con los mios, sobre qué derrota tomariamos, y concluyóse, que la que el viento llevase, pues por ella habian de caminar los demás navios que por el mar navegasen, ó por lo menos si el vien-

to no hiciese á su proposito, harian bordos, hasta que les viniese á cuento. Llegó en esto la noche clara y serena, y yo llamando á un pescador marinero, que nos servia de maestro y piloto, me senté en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse á mirar el cielo. Apostaré, dixo á esta sazon Mauricio á Transila su hija, que se pone ahora Periandro á describirnos toda la celeste esfera, como si importase mucho á lo que vá contando el declararnos los movimientos del cielo: yo por mí, deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra, no dá lugar á que me entretenga ni ocupe en saber quales son fijas, ó quales erráticas estrellas, quanto mas que yo sé de sus movimientos mas de lo que él me puede decir. En tanto que Mauricio y Transila esto con sumisa voz hablaban, cobró aliento Periandro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPÍTULO XVI.

Comenzaba á tomar posesion el sueño, y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaba á preguntar al que estaba conmigo, muchas cosas necesarias para saber usar el arte de la marineria, quando de improviso comenzaron á llover no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la nave, de modo que no parecia sino que el mar todo se habia subido á la region del viento, y desde allí se dexaba descolgar sobre el navio. Alborotamonos todos, y puestos en pie, mirando á todas partes, por unas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso miedo y en admiracion: en esto, el que estaba conmigo, dixo: sin duda alguna esta lluvia procede de la que derraman por las ventanas que tienen mas abaxo de los ojos aquellos monstruosos pescados, que se llaman Náufragos;

y si esto es así en gran peligro estamos de perdernos, menester es disparar toda la artilleria, con çuyo ruido se espantan: en esto vi alzar y poner en el navio un cuello como de serpiente terrible, que arrebatando un marinero, se le engulló y tragó de improviso, sin tener necesidad de mascarle. Náufragos son, dixo el piloto, disparémos con balas ó sin ellas, que el ruido y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librarnos. Traia el miedo confusos y agazapados los marineros, que no osaban levantarse en pie por no ser arrebatados de aquellos vestigios, con todo eso se dieron priesa á disparar la artilleria y á dar voces unos, y acudir otros á la bomba para volver el agua al agua; tendimos todas las velas, y como si huyeramos de alguna gruesa armada de enemigos, huimos del sobre estante peligro, que fue el mayor en que hasta entonces nos habiamos visto. Otro dia al crepúsculo de la noche nos hallamos en la

ribera de una isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disinio de hacer agua en ella quisimos esperar el dia sin apartarnos de su ribera, amaynamos las velas, arrojamos las áncoras, y entregamos al reposo y al sueño los trabajados cuerpos de quien el sueño tomó posesion blanda y suavemente: en fin, nos desembarcamos todos, y pisamos la amenisima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formaban granos de oro y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofrecieron á la vista prados, cuyas yerbas no eran verdes por ser yerbas, sino por ser esmeraldas, en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele decirse, sino corrientes de líquidos diamantes formada, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian.

Descubrimos luego una selva de arboles de diferentes géneros, tan hermosos que nos suspendieron las almas y alegraron los sentidos; de

algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ó guindas que parecian granos de rubies: de otros pendian camuesas, cuyas mexillas, la una era de rosa, la otra de finísimo topacio; en aquel se mostraban las peras, cuyo olor era de ambar, y cuyo color de los que se forman en el cielo, quando el sol se traspone: en resolucion, todas las frutas de quien tenemos noticia, estaban allí en su sazon, sin que las diferencias del año las estorbasen, todo allí era primavera, todo verano, todo estío sin pesadumbre, y todo otoño agradable: con estremo increible. Satisfacia á todos nuestros cinco sentidos lo que mirabamos á los ojos con la belleza y la hermosura: á los oidos con el ruido manso de las fuentes y arroyos, y con el són de los infinitos paxarillos, que con no aprendidas voces formado, los quales saltando de árbol en árbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiva su li-

bertad, y que no querian ni acertaban á cobrarla: al olfato, con el olor que de sí despedian las yerbas, las flores, y los frutos: al gusto con la prueba que hicimos de la suavidad de ellos: al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tibar. Pesame, dixo á esta sazon Ladislao á su suegro Mauricio, que se haya muerto Clodio, que á fé que le habia dado bien que decir Periandro en lo que va diciendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas que digais no podreis decir que no prosigue bien su cuento Periandro: el qual, como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, él tomaba aliento para proseguir en las suyas, que quando son largas aunque sean buenas, antes enfadan que alegran. No es nada lo que hasta aquí he dicho, prosiguió Periandro, porque á lo que resta por decir, falta entendi-

miento que lo perciba, y aun cortesias que lo crean: volved, señores los ojos, y haced cuenta que veis salir del corazon de una peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiese engañar: digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero un suavisimo son que hirió nuestros oidos, y nos hizo estar atentos de diversos instrumentos de música formado, luego salió un carro que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota que escapaba de alguna gran borrasca; tirabanla doce poderosisimos ximios animales lascivos; sobre el carro venia una hermosisima dama vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas; venia arrimada á un baston negro, y en él fixa una tablachina ó escudo, donde venian estas letras, SENSUALIDAD: tras ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos

en las manos, formando una música ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estabamos atónitos, como si fueramos estatuas sin voz de dura piedra formados. Llegóse á mí la Sensualidad, y con voz entre ayrada y suave me dixo: Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida á lo menos el gusto; y diciendo esto pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete ú ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo, y volvieron á entrarse, siguiendo á su señora, por la abertura de la peña. Volvíme yo entonces á los mios para preguntarles, qué les parecia de lo que habian visto; pero estorvólo otra voz, ú voces que llegaron á nuestros oidos bien diferentes que las pasadas, porque eran mas suaves y regaladas; y formabanlas un esquadron de hermosisimas, al parecer doncellas, y segun la guia

que traian, eranlo sin duda, porque venia delante mi hermana Auristela, que á no tocarme tanto, gastára algunas palabras en alabanza de su mas que humana hermosura: ¿qué me pidieran á mí entonces que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que ha pedirme la vida, no la negára, si no fuera por no perder el bien, tan sin pensarlo hallado. Traia mi hermana á sus dos lados dos doncellas, de las quales la una me dixo: la Continencia y la Pudicicia amigas y compañeras acompañamos perpetuamente á la Castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela hoy ha querido disfrazarse: ni la dexarémos hasta que con dichoso fin le dé á sus trabajos y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma. Entonces yo á tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y estraño acontecimiento por su grandeza y por su novedad mal seguro, alcé la voz para mostrar con la lengua la gloria

que en el alma tenia, y queriendo decir: ó únicas consoladoras de mi alma, ó ricas prendas por mi bien halladas, dulces y alegres en este y en otro qualquier tiempo: fue tanto el ahinco que puse en decir esto, que rompí el sueño, y la vision hermosa desapareció, y yo me hallé en mi navio con todos los mios, sin que faltase alguno de ellos. A lo que dixo Constanza: ¿Luego, señor Periandro, dormiades? Sí, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, replicó Constanza, que ya queria preguntar á mi señora Auristela, adónde habia estado el tiempo que no habia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haciendo dudar, si era verdad ó no lo que decia. A lo que añadió Mauricio: esas son fuerzas de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en

ella siendo mentiras como si fueran verdades. A todo esto callaba Arnaldo, y consideraba los afectos y demostraciones con que Periandro contaba su historia, y de ninguno de ellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma habia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela y Periandro verdaderos hermanos. Con todo eso, dixo, prosigue Periandro tu cuento, sin repetir sueños, porque los ánimos trabajados siempre los engendran muchos y confusos, y porque la sin par Sinforosa esta esperando que llegues á decir, de dónde venias la primera vez que á esta isla llegaste, de dónde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ella se hacen. El gusto de lo que soñé, respondió Periandro, me hizo no advertir, de quan poco fruto son las digresiones en qualquiera narracion, quando ha de ser sucinta y no dilatada. Callaba Poli-

carpo, ocupando la vista en mirar á Auristela, y el pensamiento en pensar en ella: y así para él importaba muy poco ó nada que callase ó que hablase Periandro, el qual advertido ya de que algunos se cansaban de su larga plática, determinó de proseguirla, abreviándola y siguiéndola en las menos palabras que pudiese, y así dixo.

CAPÍTULO XVII.

PROSIGUE PERIANDRO SU HISTORIA.

Desperté del sueño, como he dicho, tomé consejo con mis compañeros, qué derrota tomariamos, y salió decretado que por donde el viento nos llevase; que pues íbamos en busca de corsarios, los quales nunca navegan contra viento, era cierto el hallarlos, y habia llegado á tanto mi simpleza, que pregunté á Carino y á Solercio si habian visto á sus esposas en compañía de mi hermana Auristela, quan-

do yo la ví soñando. Riéronse de mi pregunta, y obligáronme y aun forzáronme á que les contase mi sueño. Dos meses anduvimos por el mar, sin que nos sucediese cosa de consideracion alguna, puesto que le escombramos demas de sesenta navios de corsarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos á nuestro navio, y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaba de haber trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones sino de ladrones, ni robaron sino lo robado.

Sucedió pues, que un porfiado viento nos salteo una noche, que sin dar lugar á que amaynásemos algun tanto, ó templasemos las velas en aquel término que las halló, las tendió y acosó de modo, que como he dicho, mas de un mes navegamos por una misma derrota, tanto, que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomó

el viento, y tanteando las aguas que haciamos por hora y los dias que habiamos navegado, hallamos ser quatrocientas leguas poco mas ó menos: volvió el piloto á tomar la altura, y vió que estaba debaxo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande y mayor tristeza, dixo: desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede dar la vuelta para seguir otro camino, en éste se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado, y si aquí nos saltea el hielo, quedaremos empedrados en estas aguas. Apenas hubo dicho esto, quando sentimos que el navio tocaba por los lados y por la quilla, como en movibles peñas, por donde se conoció que ya el mar se comenzaba á helar, cuyos montes de hielo, que por de dentro se formaban impedian el movimiento del navio: amaynamos de golpe, porque topando en ellos no se abriese, y en todo aquel dia y aquella noche se congelaron las

aguas tan duramente y se apretaron de modo, que cogiéndonos enmedio, dexaron al navio engastado en ellas como lo suele estar la piedra en el anillo. Casi como en un instante comenzó el hielo á entumecer los cuerpos, y á entristecer nuestras almas, y haciendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida que los que pudiese sustentar el bastimento que en el navio hubiese, en el qual bastimento desde aquel punto se puso tasa, y se repartió por órden tan miserable y estrechamente, que desde luego comenzó á matarnos la hambre; tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiese alentar nuestra esperanza, sino fue con un bulto negro, que á nuestro parecer estaria de nosotros seis ó ocho millas; pero luego imaginamos que debia de ser algun navio, á quien la comun desgracia del hielo tenia aprisionado: este peligro sobrepuja

y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, porque un miedo dilatado y un temor no vencido, fatiga mas el alma que una repentina muerte; que en el acabar súbito, se ahorran los miedos y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta pues, que nos amenazaba tan hambrienta como larga, nos hizo tomar una resolucion si no desesperada, temeraria por lo menos; y fue que consideramos que si los bastimentos se nos acababan el morir de hambre era la mas rabiosa muerte que puede caber en la imaginacion humana, y así determinamos de salirnos del navio, y caminar por encima del hielo, y ir á ver si en el que se parecia habria alguna cosa de que aprovecharnos, ó ya de grado, ó ya por fuerza: púsose en obra nuestro pensamiento, y en un instante vieron las aguas sobre sí formado con pies enxutos un esquadron pequeño, pero de valentí-

simos soldados, y siendo yo la guia, resbalando, cayendo y levantando, llegamos al otro navio que lo era casi tan grande como el nuestro: habia gente en él, que puesta sobre el borde adevinando la intencion de nuestra venida, á voces comenzó uno á decirnos: ¿A qué venis gente desesperada? ¿qué buscais? ¿venis por ventura á apresurar nuestra muerte, y á morir con nosotros? volveos á vuestro navio, y si os faltan bastimentos roed las xarcias, y encerrad en vuestros estómagos los embreados leños si es posible, porque pensar que os hemos de dar acogida será pensamiento vano, y contra los preceptos de la caridad que ha de comenzar de sí mismo: dos meses dicen que suele durar este hielo que nos detiene, para quince dias tenemos sustento; si es bien que le repartamos con vosotros á vuestra consideracion lo dexo. A lo que yo le respondí: en los apretados peligros toda razon se atropella; no hay

respeto que valga, ni buen término que se guarde; acogednos en vuestro navio de grado, y juntaremos en él el bastimento que en el nuestro queda, y comámoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.

Esto le respondí yo, creyendo, no decian verdad en la cantidad del bastimento que señalaban; pero ellos viendose superiores y aventajados en el puesto, no tuvieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron á las armas, y se pusieron en orden de defenderse: los nuestros á quien la desesperacion de valientes hizo valentísimos, añadiendo á la temeridad nuevos brios, arremetieron al navio, y casi sin recibir herida, le entraron y le ganaron, y alzóse una voz entre nosotros, que á todos les quitasemos la vida, por ahorrar de bocas y de estómagos, por donde se fuese el bastimento que en el navio ha-

llasemos. Yo fuí de parecer contrario, y quizá por tenerle bueno en esto nos socorrió el Cielo, como despues diré, aunque primero quiero deciros, que este navio era el de los corsarios que habian robado á mi hermana, y á las dos recien esposadas pescadoras. Apenas le hube reconocido, quando dixe á voces: ¿A dónde teneis, ladrones nuestras almas? ¿á dónde están las vidas que nos robasteis? ¿qué habeis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Selviana y Leoncia, partes mitades de los cozones de mis buenos amigos Carino y Solercio? A lo que uno me respondió: esas mugeres pescadoras que decís, las vendió nuestro Capitan, que ya es muerto, á Arnaldo Príncipe de Dinamarca. Así es la verdad, dixo á esta sazon Arnaldo, que yo compré á Auristela y á Cloelia su ama y á otras dos hermosísimas doncellas de unos piratas que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian.

¡Válame Dios, dixo Rutilio en esto, y por qué rodeos, y con qué eslabones se viene á engarzar la peregrina historia tuya, ó Periandro! Por lo qué debes al deseo que todos tenemos de servirte, añadió Sinforosa, que abrevies tu cuento, ó historiador, tan verdadero como gustoso. Sí haré, respondió Periandro, si es posible que grandes cosas en breves términos puedan encerrarse.

CAPÍTULO XVIII.

Toda esta tardanza del cuento de Periandro se declaraba tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estár atento para escucharle, ni le daba lugar á pensar maduramente lo que debia hacer, para quedarse con Auristela sin perjuicio de la opinion que tenia de generoso y de verdadero: ponderaba la calidad de sus huespedes, entre los quales se le ponia delan-

te Arnaldo Príncipe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia; descubria en el modo de proceder de Periandro, en su gentileza y brio algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora: quisiera buenamente lograr sus deseos á pie llano sin rodeos ni invenciones, cubriendo toda dificultad y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavía podia disimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse, que abrasarse: acuciaba y solicitaba sus pensamientos con los que solicitaban y aquejaban á la embaydora Zenotia, con la qual se concertó que antes de dar otra audiencia á Periandro, se pusiese en efecto su designio, que fue, que de allí á dos noches tocasen una arma fingida en la ciudad, y se pegáse fuego al palacio por tres ó quatro partes, de modo que obligase á los que en él asistian á ponerse

en cobro, donde era forzoso que interviniese la confusion y el alboroto, en medio del qual previno gente que robasen el bárbaro mozo Antonio y á la hermosa Auristela; y asímismo ordenó á Policarpa su hija, que conmovido de lástima christiana avisáse á Arnaldo y á Periandro el peligro que los amenazaba, sin descubrilles el robo, pero mostrándoles el modo de salvarse, que era, que acudiesen á la marina, donde en el puerto hallarian una saetia que los acogiese.

Llegóse la noche, y á las tres horas de ella comenzó el arma, que puso en confusion y alborotó á toda la gente de la ciudad: comenzó á resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaba el que Policarpo en su pecho tenia; acudió su hija, no alborotada, sino con reposo, á dar noticia á Arnaldo y á Periandro de los designios de su traydor y enamorado padre, que se estendian á quedarse con Auristela y con el bárbaro mozo, sin

quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo qual Arnaldo y Periandro, llamaron á Auristela, á Mauricio, Transila, Ladislao, á los bárbaros padre y hijo, á Ricla, á Constanza y á Rutilio, y agradeciendo á Policarpa su aviso, se hicieron todos un monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembarazado hasta el puerto y segura embarcacion en la saetia, cuyo piloto y marineros estaban avisados y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huida, se embarcáse, se hiciesen al mar, y no parasen con ella hasta Inglaterra, ó hasta otra parte mas lejos de aquella isla. Entre la confusa griteria y continuo vocear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos palacios para que los abrasase, hacia el mayor estrago, andaba encubierto Policar-

po, mirando si salia cierto el robo de Auristela, y asímismo solicitaba el de Antonio la hechicera Zenotia: pero viendo que se habian embarcado todos sin quedar ninguno, como la verdad se lo decia, y el alma se lo pronosticaba, acudió á mandar, que todos los baluartes y todos los navios que estaban en el puerto, disparasen la artillería contra el navio de los que en él huian, con lo qual de nuevo se aumentó el estruendo, y el miedo discurrió por los animos de todos los moradores de la ciudad, que no sabian qué enemigos los asaltaban, ó que intempestivos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa, ignorante del caso, puso el remedio en sus pies y su esperanza en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subió á una alta torre de palacio, á su parecer, parte segura del fuego, que lo demas del palacio iba consumiendo: acertó á encerrarse con ella su hermana Po-

licarpa, que le contó, como si lo hubiera visto, la huida de sus huespedes, cuyas nuevas quitaron el sentido á Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento de haberlas dado. Amanecia en esto el alba risueña, para todos los que con ella esperaban descubrir la causa, ó causas de la presente calamidad: y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza que pudiera imaginarse: mordiase las manos Zenotia, y maldecia su engañadora ciencia y las promesas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaba aun en su desmayo, y sola su hermana lloraba su desgracia, sin descuidarse de hacerle los remedios que ella podia, para hacerla volver en su acuerdo; volvió en fin, tendió la vista por el mar, vió volar la saetia donde iba la mitad de su alma, ó la mejor parte de ella, y como si fuera otra engañada y nueva Dido, que de otro fugitivo Eneas se quejaba, enviando suspi-

ros al cielo, lagrimas á la tierra, y voces al ayre, dixo estas, ó otras semejantes razones: ó hermoso huesped, venido por mi mal á estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dixeses palabras amorosas para engañarme, amayna esas velas, ó templalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que mis ojos vean ese navio, cuya vista, solo porque vas en él, me consuela: mira, señor, que huyes de quien te sigue, que te alejas de quien te busca, y das muestras de que aborreces á quien te adora: hija soy de un Rey, y me contento con ser esclava tuya, y si no tengo hermosura que pueda satisfacer á tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacios de los mejores que el amor tiene: no repares en que se abrase toda esta ciudad, que si vuelves, habrá servido este incendio de luminarias por la alegria de tu vuelta: riquezas tengo, acelerado fugitivo mio,

y puestas en parte donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para tí solo. A esta sazon volvió á hablar con su hermana, y le dixo: ¿No te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? ¿no te parece, que no camina tanto? Ay Dios, si se habrá arrepentido: ay Dios, si la rémora de mi voluntad le detiene el navio. Ay, hermana, respondió Policarpa, no te engañes, que los deseos y los engaños suelen andar juntos; el navio vuela, sin que le detenga la rémora de tu voluntad, como tú dices, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros.

Salteólas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaba, aunque ya no se descubria: los hombres que tomaron á su cargo encender el fuego de palacio, le tuvieron tambien de

apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su Rey Policarpo, y los embustes y consejos de la hechicera Zenotia; y aquel mismo dia le depusieron del Reyno, y colgaron á Zenotia de una entena. Sinforosa y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuvieron, fue tal, que correspondió á sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcanzáse el fin felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas: los del navio, viendose todos juntos y todos libres, no se hartaban de dar gracias al cielo de su buen suceso: de ellos supieron otra vez los traidores designios de Policarpo; pero no les parecieron tan traidores, que no halláse en ellos disculpa, el haber sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que quando ocupa á un alma la pasion amorosa, no hay discurso con que acierte, ni ra-

zon que no atropelle.

Hacíales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaba el mar tranquilo: llevaban la mira de su viage puesta en Inglaterra, adonde pensaban tomar el designio que mas les conviniese, y con tanto sosiego navegaban, que no les sobresaltaba ningun recelo, ni miedo de ningun suceso adverso: tres dias duró la apacibilidad del mar, y tres dias sopló próspero el viento, hasta que al quarto, al poner del sol, se comenzó á turbar el viento, y á desasosegarse el mar, y el recelo de alguna gran borrasca comenzó á turbar á los marineros: que la inconstancia de nuestras vidas y la del mar simbolizan, en no prometer seguridad ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, que quando les apretaba este temor descubriesen cerca de sí una isla, que luego de los marineros fue conocida, y dixeron que se llamaba la de las Ermitas, de que no poco se ale-

graron, porque en ella sabian que estaban dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veinte navios: tales en fin, que pudieran servir de abrigados puertos: dixeron tambien, que en una de las ermitas servia de ermitaño un Caballero principal Frances llamado Renato; y en la otra ermita servia de ermitaña una señora Francesa llamaba Eusebia, cuya historia de los dos, era la mas peregrina que se hubiese visto. El deseo de saberla y el de repararse de la tormenta, si viniese, hizo á todos que encaminasen allá la proa: hízose así con tanto acertamiento, que dieron luego con una de las calas, donde dieron fondo sin que nadie se lo impidiese: y estando informado Arnaldo de que en la isla no habia otra persona alguna que la del ermitaño y ermitaña referidos, por dar contento á Auristela y á Transila, que fatigadas del mar venian, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio y Pe-

riandro, mandó echar el esquife al agua, y que saliesen todos á tierra á pasar la noche en sosiego, libres de los baybenes del mar, y aunque se hizo así, fue parecer del bárbaro Antonio, que él y su hijo y Ladislao y Rutilio se quedasen en el navio guardándole, pues la fe de sus marineros poco esperimentada no les debia asegurar de modo que se fiasen de ellos: y en efecto los que se quedaron en el navio fueron los dos Antonios, padre y hijo con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naves, mejor huele la pez, la brea y la resina de sus navios, que á la demas gente las rosas, las flores y los amarantos de los jardines. A la sombra de una peña los de la tierra se repararon del viento, y á la claridad de mucha lumbre que de ramas cortadas en un instante hicieron, se defendieron del frio; y ya como acostumbrados á pasar muchas veces calamidades semejantes, pasaron

la de esta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el alivio que Periandro les causó, con volver por ruego de Transila á proseguir su historia, que puesto que él lo reusaba, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao y Mauricio, ayudándoles Auristela, la ocasion y el tiempo la hubo de proseguir en esta forma.

CAPÍTULO XIX.

Si es verdad, como lo es, ser dulcísima cosa contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la pasada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser á mí agora contar mis trabajos en este sosiego; que puesto que no puedo decir que estoy libre de ellos todavia, segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar que estoy en descanso, por ser condicion de la humana suerte, que quando los bienes comienzan á crecer, parece que unos se van llamando á otros,

y que no tienen fin donde parar, y los males por el mismo consiguiente: los trabajos que yo hasta aquí he padecido, imagino que han llegado al último paradero de la miserable fortuna, y que es forzoso que declinen: que quando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el último de todos, ha de seguirse la mudanza, no de mal á mal, sino de mal á bien, y de bien á mas bien, y este en que estoy teniendo á mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males y mis bienes, me asegura y promete que tengo de llegar á la cumbre de los mas felices que acierte á desearme; y así con este dichoso pensamiento digo, que quedé en la nave de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la venta que habian hecho de mi hermana, y de las dos recien desposadas pescadoras, y de Cloelia al Príncipe Arnaldo que aquí está presente.

En tanto que los mios andaban escudriñando y tanteando los bas-

timentos que habia en el empedrado navio, á deshora y de improviso de la parte de tierra descubrimos que sobre los hielos caminaba un esquadron de armada gente de mas de quatro mil personas formado: dexónos mas helados que el mismo mar vista semejante, apprestando las armas mas por muestra de ser hombres, que con pensamientos de defenderse: caminaban sobre solo un pie, dándose con el derecho sobre el calcaño izquierdo con que se impelian y resvalaban sobre el mar grandisimo trecho, y luego volviendo á reiterar el golpe, tornaban á resvalar otra gran pieza de camino, y de esta suerte en un instante fueron con nosotros y nos rodearon por todas partes, y uno de ellos, que como despues supe, era el Capitan de todos, llegándose cerca de nuestro navio á trecho que pudo ser oido, asegurando la paz con un paño blanco que volteaba sobre el brazo, en lengua Polaca, con voz clara dixo: Cratilo, Rey de Lituania, y señor

de estos mares, tiene por costumbre de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los navios que del hielo estan detenidos, á lo menos la gente y la mercancia que tuvieren, por cuyo beneficio se paga con tomarla por suya: si vosotros gustaredes de aceptar este partido sin defenderos, gozareis de las vidas y de la libertad, que no se os ha de cautivar en ningun modo: miradlo, y si no aparejaos á defenderos de nuestras armas de continuo vencedoras. Contentóme la brevedad y la resolucion del que nos hablaba. Respondíle, que me dexase tomar parecer con nosotros mismos, y fue el que mis pescadores me dieron, decir que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era el acabar la vida, la qual se habia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian, no intervenia ninguna, y del perder la vida estabamos tan ciertos, como dudosos de la defensa, seria

bien rendirnos y dar lugar á la mala fortuna que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardase para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al Capitan del esquadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al navio, y en un instante le desvalijaron todo, y trasladaron quanto en él habia, hasta la misma artilleria y xarcias á unos cueros de bueyes que sobre el hielo tendieron, y liándolos por encima aseguraron poderlos llevar, tirándolos con cuerdas, sin que se perdiese cosa alguna: robaron ansimismo lo que hallaron en el otro nuestro navio, y poniéndonos á nosotros sobre otras pieles, alzando una alegre voceria, nos tiraron y nos llevaron á tierra que debia de estar desde el lugar del navio como veinte millas: parecerme á mí que debia de ser cosa de ver caminar tanta gente por cima de las aguas á pie enjuto, sin usar allí el cielo algunos de sus milagros; en fin aquella noche llegamos á la

ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana que la vimos coronada de infinito numero de gente, que á ver la presa de los helados y yertos habian venido.

Venia entre ellos sobre un hermoso caballo el Rey Cratilo, que por las insignias reales con que se adornaba, conocimos ser quien era: venia á su lado ansimismo á caballo una hermosisima muger armada de unas armas blancas, á quien no podian acabar de encubrir un velo negro con que venian cubiertas; llevóme tras sí la vista, tanto su buen parecer, como la gallardia del Rey Cratilo, y mirándola con atencion conocí ser la hermosa Sulpicia á quien la cortesia de mis compañeros pocos dias ha habian dado la libertad que entonces gozaba. Acudió el Rey á ver los rendidos, y llevándome el Capitan asido de la mano, le dixo: en este solo mancebo, ó valeroso Rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa que en razon de persona humana hasta agora humanos

ojos han visto. Santos cielos, dixo á esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojándose del caballo al suelo, ó yo no tengo vista en los ojos, ó es este mi libertador Periandro; y el decir esto y añudarme el cuello con sus brazos fue todo uno, cuyas estrañas y amorosas muestras obligaron tambien á Cratilo á que del caballo se arrojase, y con las mismas señales de alegria me recibiese: entonces la desmayada esperanza de algun buen suceso estaba lejos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recibirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron á Dios del no esperado beneficio que ya le contaban, no por beneficio sino por singular y conocida merced. Sulpicia dixo á Cratilo: este mancebo es un sugeto, donde tiene su asiento la suma cortesia, y su albergue la misma liberalidad, y aunque yo tengo hecha esta esperiencia, quiero que tu discrecion la acredite, sacando

por su gallarda presencia (y en esto bien se ve que hablaba como agradecida y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo. Este fue el que me dió libertad despues de la muerte de mi marido; éste el que no despreció mis tesoros, sino el que no los quiso; éste fue el que despues de recibidas mis dádivas me las volvió mejoradas con el deseo de darmelas mayores si pudiera: éste fue en fin el que acomodándose, ó por mejor decir, haciendo acomodar á su gusto el de sus soldados, dandome doce que me acompañasen, me tiene ahora en tu presencia: yo entonces á lo que creo rojo el rostro con las alabanzas, ó ya aduladoras ó demasiadas que de mí oía, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiéndole las manos que no me las dió para besarselas sino para levantarme del suelo. En este entretanto los doce pescadores que habian venido en guarda de Sulpicia, andaban entre la demas gente buscando á sus com-

pañeros, abrazándose unos á otros, y llenos de contento y regocijo se contaban sus buenas y malas suertes; los del mar exâgeraban su hielo, y los de la tierra sus riquezas: á mí, decia el uno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: á mí, decia otro, esta joya que vale por dos de esas cadenas: á mí, replicaba éste, me dió tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado á mí en este solo anillo de diamantes, que á todos vosotros juntos.

A todas estas pláticas puso silencio un gran rumor que se levantó entre la gente, causado del que hacia un poderosisimo caballo bárbaro, á quien dos valientes lacayos traian del freno, sin poderse averiguar con él; era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hacian hermoso: venia en pelo, porque no consentia ensillarse sino del mismo Rey; pero no le guardaba este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes á detenerle mil montes de embarazos que ante él

se pusieran, de lo que el Rey estaba tan pesaroso, que diera una ciudad á quien sus malos siniestros le quitára. Todo esto me contó el Rey breve y sucintamente, y yo me resolví con mayor brevedad á hacer lo que agora os diré. Aquí llegaba Periandro con su plática, quando á un lado de la peña donde estaban recogidos los del navio, oyó Arnaldo un ruido como de pasos de personas, que hácia ellos se encaminaban: levantóse en pie, puso mano á su espada, y con esforzado denuedo estuvo esperando el suceso. Calló asimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con ánimo, especialmente Periandro, atendian lo que sería. Y á la escasa luz de la luna, que cubierta de nubes no dexaba verse, vieron que hacia ellos venian dos bultos que no pudieran diferenciar lo que eran, si uno de ellos con voz clara no dixera: no os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improvisa llegada, pues solo venimos á serviros: esta estancia que

teneis desierta y sola la podeis mejorar si quisieredes en la nuestra que en la cima de esta montaña está puesta; luz y lumbre hallareis en ella y manjares, que si no delicados y costosos, son por lo menos necesarios y de gusto. Yo le respondí: ¿sois por ventura Renato y Eusebia, los limpios y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien que en ellos se encierra? Si dixerades los desdichados: respondió el bulto, acertaredes en ello; pero en fin, nosotros somos los que decis y los que os ofrecemos con voluntad sincéra el acogimiento que puede daros nuestra estrecheza. Arnaldo fue de parecer que se tomase el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaba les obligaba á ello.

Levantaronse todos, y siguiendo á Renato y á Eusebia, que les sirvieron de guias, llegaron á la cumbre de una montañuela, donde vieron dos ermitas mas cómodas para pasar la vida en su pobreza, que

para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luces que de dos lámparas procedian, con que podian distinguir los ojos, lo que dentro estaba, que era un altar con tres devotas Imágenes: la una, del Autor de la vida ya muerto y crucificado: la otra, de la Reyna de los Cielos y de la Señora de la alegria, triste y puesta al pie del que tiene los pies sobre todo el mundo: y la otra del amado discipulo que vió mas estando durmiendo, que vieron quantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincaronse de rodillas, y hecha la debida oracion con devoto respeto, les llevó Renato á una estancia que estaba junto á la ermita, á quien se entraba por una puerta que junto al altar se hacia: finalmente, pues las menudencias no piden ni sufren relaciones largas, se dexarán de contar las que allí pasaron, ansi de la pobre cena, como del estrecho regalo que solo se alargaba en la bondad de los ermitaños, de

quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaba en los márgenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavia resplandecian las muestras de haber sido rara en todo estremo. Auristela, Transila y Constanza se quedaron en aquella estancia, á quien sirvieron de camas secas espadañas, con otras yerbas, mas para dar gusto al olfato, que á otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la ermita, en diferentes puestos tan frios como duros, y tan duros como frios: corrió el tiempo como suele, voló la noche, y amaneció el dia claro y sereno; descubrióse la mar tan cortés y bien criada, que parecia que estaba convidando á que la gozasen, volviéndose á embarcar, y sin duda alguna se hiciera así, si el piloto de la nave no subiera á decir que no se fiasen de las muestras del tiempo, que puesto que prometian serenidad tranquila, los efectos habian de ser mas contrarios. Salió con su parecer, pues todos se atuvieron á él,

que en el arte de la marineria mas sabe el mas simple marinero, que el mayor letrado del mundo: dexaron sus herbosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y salieron á ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia boxar hasta doce millas, pero tan llena de árboles frutiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yerbas verdes, y tan olorosa por las flores, que en un igual grado y á un mismo tiempo podia satisfacer á todos cinco sentidos.

Pocas horas se habia entrado por el dia, quando los dos venerables ermitaños llamaron á sus huespedes, y tendiendo dentro de la ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo una agradable alfombra, quizá mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los Reyes. Luego tendieron sobre ella diversidad de frutas, así verdes como secas, y pan no tan reciente, que no semejase vizcocho; coronando la mesa asimismo de va-

sos de corcho, con maestria labrados, de frios y líquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras y limpias aguas, que á pesar de la parda color de los corchos, mostraban su claridad, y la necesidad juntamente obligó á todos y aun les forzó por mejor decir, á que al rededor de la mesa se sentasen: hicieronlo así, y despues de la tan breve como sabrosa comida, Arnaldo suplicó á Renato, que les contase su historia, y la causa que á la estrecheza de tan pobre vida le habia conducido, el qual como era caballero, á quien es anexa siempre la cortesia, sin que segunda vez se lo pidiesen, de esta manera comenzó el cuento de su verdadera historia.

CAPÍTULO XX.

CUFNTA RENATO LA OCASION QUE TUVO PARA IRSE Á LA ISLA DE LAS ERMITAS.

Quando los trabajos pasados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos; esto no podré decir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Nací en Francia, engendraronme padres nobles, ricos y bien intencionados; criéme en los exercicios de caballero, medí mis pensamientos con mi estado; pero con todo eso me atreví á ponerlos en la señora Eusebia, dama de la Reyna de Francia, á quien solo con los ojos la dí á entender que la adoraba, y ella, ó ya descuidada ó no advertida, ni con sus ojos, ni con su lengua me dió á entender que me entendia; y aunque el disfavor y los desdenes

suelen matar al amor en sus principios, faltándole el arrimo de la esperanza, con quien suele crecer, en mí fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaba alas mi esperanza con que subir hasta el cielo de merecerla; pero la envidia ó la demasiada curiosidad de Libsomiro, Caballero ansimismo frances, no menos rico que noble, alcanzó á saber mis pensamientos, y sin pónerlos en el punto que debia, me tuvo mas envidia que lástima, habiendo de ser al contrario, porque hay dos males en el amor que llegan á todo estremo: el uno es querer y no ser querido: el otro querer y ser aborrecido, y á este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los zelos. En resolucion, sin haber yo ofendido á Libsomiro, un dia se fue al Rey y le dixo, como yo tenia trato ilicito con Eusebia, en ofensa de la Magestad Real, y contra la ley que debia guardar como caballero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que la

mostrase la pluma, ni otros testigos por no turbar la decencia de Eusebia, á quien una y mil veces acusaba de impúdica y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey, me mandó llamar, y me contó lo que Libsomiro de mí le habia contado: disculpé mi inocencia, volví por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude desmentí á mi enemigo, remitióse la prueba á las armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su Reyno, por no oir contra la ley Católica que lo prohibe; diónosle una de las ciudades libres de Alemania; llegóse el dia de la batalla, pareció en el puesto con las armas que se habian señalado, que eran espada y rodela sin otro artificio alguno: hicieron los padrinos y los jueces las ceremonias que en tales casos se acostumbran, partiéronnos el sol, y dexáronnos.

Entré yo confiado y animoso, por saber indubitablemente que llevaba la razon conmigo y la verdad

de mi parte : de mi contrario bien sé yo que entró animoso y mas soberbio y arrogante, que seguro de su conciencia : ¡ó soberanos cielos! ¡ó juicios de Dios inescrutables! yo hice lo que pude, yo puse mis esperanzas en Dios y en la limpieza de mis no executados deseos; sobre mí no tuvo poder el miedo, ni la debilidad de los brazos, ni la puntualidad de los movimientos, y con todo eso, y no saber decir, el cómo me hallé tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazándome de presta y inevitable muerte : aprieta, dixe yo entonces, ó mas venturoso que valiente vencedor mio, esa punta de esa espada, y sácame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo ; no esperes á que me rinda, que no ha de confesar mi lengua la culpa que no tengo : pecados sí tengo yo que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de levantarme testimonio á mi mismo : y así, mas quiero morir con honra, que vivir

deshonrado. Si no te rindes, Renato, respondió mi contrario, esta punta llegará hasta el celebro, y hará que con tu sangre firmes y confirmes mi verdad y tu pecado: llegaron en esto los jueces, y tomáronme por muerto, y dieron á mi enemigo lauro de la victoria: sacáronle del campo en hombros de sus amigos, y á mí me dexaron solo en poder del quebranto y la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaba, pues no fue bastante á quitarme la vida, ya que no me la quitó la espada de mi enemigo: recogiéronme mis criados, volvíme á la patria; ni en el camino, ni en ella tenia atrevimiento para alzar los ojos al cielo, que me parecia que sobre sus párpados cargaba el peso de la deshonra y la pesadumbre de la infamia: de los amigos que me hablaban, pensaba que me ofendian: el claro cielo para mí estaba cubierto de obscuras tinieblas: ni un corrillo acaso se hacia en las calles de los vecinos del pueblo, de

quien no pensase que sus pláticas no naciesen de mi deshonra : finalmente yo me hallé tan apretado de mis melancolias , pensamientos y confusas imaginaciones , que por salir de ellas , ó á lo menos aliviarlas , ó acabar con la vida , determiné salir de mi patria , y renunciando mi hacienda en otro hermano menor que tengo , en un navío con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas Septentrionales partes á buscar lugar donde no me alcanzase la infamia de mi infame vencimiento , y donde el silencio sepultase mi nombre; hallé esta isla acaso , contentóme el sitio, y con el ayuda de mis criados levanté esta ermita, y encerreme en ella , despedílos , díles órden que cada un año viniesen á verme , para que enterrasen mis huesos : el amor que me tenian , las promesas que les hice , y los dones que les dí , les obligaron á cumplir mis ruegos , que no los quiero llamar mandamientos : fuéronse y dexáronme entregado á mi soledad,

donde hallé tan buena compañía en estos árboles, en estas yerbas y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuve lástima á mí mismo, de no haber sido vencido en muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hubiera venido antes al descanso de gozallos. ¡O soledad alegre, compañía de los tristes! ¡O silencio, voz agradable á los oidos donde llegas, sin que la adulacion, ni la lisonja te acompañen! O que de cosas dixera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio; pero estórbamelo el deciros primero como dentro de un año volvieron mis criados, y traxeron consigo á mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña que veis presente, á quien mis criados dixeron en el término que yo quedaba, y ella agradecida á mis deseos, y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcándose con ellos, dexó su patria y padres, sus re-

galos y sus riquezas , y lo mas que dexó , fue la honra , pues la dexó al vano discurso del vulgo , casi siempre engañado, pues con su huida confirmaba su yerro y el mio; recibíla como ella esperaba que yo la recibiese , y la soledad y la hermosura que habian de encender nuestros comenzados deseos , hicieron el efecto contrario , merced al cielo y á la honestidad suya, dímonos las manos de legítimos esposos, enterramos el fuego en la nieve, y en paz y en amor , como dos estatuas movibles, ha que vivimos en este lugar casi diez años , en los quales no se ha pasado ninguno en que mis criados no vuelvan á verme , proveyéndome de algunas cosas que en esta soledad es forzoso que me falten , traen alguna vez consigo algun religioso que nos confiese : tenemos en la ermita suficientes ornamentos para celebrar los divinos Oficios; dormimos aparte , comemos juntos , hablamos del cielo , menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de

Dios, esperamos la vida eterna.

Con esto dió fin á su plática Renato, y con esto dió ocasion á que todos los circunstantes se admirasen de su suceso, no porque les pareciese nuevo dar castigos al cielo contra la esperanza de los pensamientos humanos, pues se sabe que por una de dos causas vienen los que parecen males á las gentes; á los malos por castigo, y á los buenos por mejora, y en el número de los buenos pusieron á Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni menos con Eusebia que se mostró prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. ¡O vida solitaria! dixo á esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio habia estado escuchando la historia de Renato. ¡O vida solitaria, dixo, santa, libre y segura que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones, quién te amára, quién te abrazára, quién te escogiera, y quién finalmente te gozára. ¡Ah! dices bien, dixo Mauricio, amigo Ruti-

lio, pero esas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos: porque no nos ha de causar maravilla, que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos ha de admirar que un pobre que en la ciudad muere de hambre, se recoja á la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y la pereza, y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas aunque misericordiosas manos. Si yo viera á un Anibal Cartaginés encerrado en una ermita, como ví á un Carlos V. encerrado en un Monasterio, suspendiérame, y admirarme; pero que se retire un plebeyo, que se recoja un pobre, ni me admira ni me suspende: fuera va de este cuento Renato, que le traxeron á estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza que nació de su buen discurso: aquí tiene en la carestía abundancia, y en la soledad compañía, y el no tener mas que perder le hace vivir mas seguro, á lo

que añadió Periandro: si como tengo pocos, tuviera muchos años, en trances y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuviera por suma felicidad que la soledad me acompanára, y en la sepultura del silencio se sepultára mi nombre; pero no me dexan resolver mis deseos, ni mudar de vida la priesa que me da el caballo de Cratilo en quien quedé de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver que queria Periandro volver á sus tantas veces comenzado y no acabado cuento, que fue así.

CAPÍTULO XXI.

CUENTA LO QUE LE SUCEDIÓ CON EL CABALLO TAN ESTIMADO DE CRATILO COMO FAMOSO.

La grandeza, la ferocidad y la hermosura del caballo que os he descrito, tenian tan enamorado á Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como á mí de mostrar que deseaba servirle; pareciéndome que

el cielo me presentaba ocasion para hacerme agradable á los ojos de quien por señor tenia, y á poder acreditar con algo las alabanzas que la hermosa Sulpicia de mí al Rey habia dicho; y así no tan maduro como presuroso fuí donde estaba el caballo y subí en él sin poner el pie en el estrivo, pues no le tenia. y arremetí con el, sin que el freno fuese parte para detenerle, y llegué á la punta de una peña, que sobre la mar pendia, y apretándole de nuevo las piernas, con tal mal grado suyo, como gusto mio, le hice volar por el ayre, y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del vuelo me acordé que pues el mar estaba elado, me habia de hacer pedazos con el golpe, y tuve mi muerte y la suya por cierta; pero no fue así, porque el cielo, que para otras cosas que él sabe, me debe de tener guardado, hizo que las piernas y brazos del poderoso caballo resistiesen el golpe, sin recibir yo otro daño, que haberme sacudido de sí

el caballo, y echado á rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno hubo en la ribera que no pensase y creyese que yo quedaba muerto; pero quando me vieron levantar en pie, aunque tuvieron el suceso á milagro, juzgaron á locura mi atrevimiento. Duro se le hizo á Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lesion, que quisiera él, por lo menos que se hubiera quebrado tres ó quatro piernas, porque no dexara Periandro tan á la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el crédito que todos tenian de Periandro, les hizo no pasar adelante con la duda del no creerle, que así como es pena del mentiroso, que quando diga verdad no se le crea, así es gloria del bien acreditado el ser creído quando diga mentira; y como no pudieron estorvar los pensamientos de Mauricio la plática de Periandro, prosiguió la suya diciendo: Volví á la ribera con el caballo, volví asimismo á subir en él, y por los mis-

mos pasos que primero, le incité á saltar segunda vez, pero no fue posible, porque puesto en la punta de la levantada peña, hizo tanta fuerza por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompió las riendas, quedándose clavado en la tierra: cubrióse luego de un sudor de pies á cabeza tan lleno de miedo, que le volvió de leon en cordero, y de animal indomable en generoso caballo; de manera, que los muchachos se atrevieron á manosearle, y los caballerizos del Rey enjaezándole subieron en él, y le corrieron á mas seguridad, y él mostró su ligereza y su bondad hasta entonces jamas vista, de lo que el Rey quedó contentísimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras habian respondido á sus palabras.

Tres meses estuvo en su rigor el hielo, y estos se tardaron en acabar un navío, que el Rey tenia comenzado para correr en convenible tiempo aquellos mares, limpiándolos de corsarios, enriqueciéndose con sus robos. En este entretan-

to le hice algunos servicios en la caza, donde me mostré sagaz y experimentado, y gran sufridor de trabajos: porque ningun exercicio corresponde, así al de la guerra, como el de la caza, á quien es anexo el cansancio, la sed y la hambre y aun á veces la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostró conmigo y con los mios estremada; y la cortesía de Cratilo le corrió parejas: los doce pescadores que traxo consigo Sulpicia estaban ya ricos, y los que conmigo se perdieron estaban ganados: acabóse el navío, mandó el Rey aderezarle y pertrecharle de todas las cosas necesarias largamente, y luego me hizo Capitan de él á toda mi voluntad, sin obligarme á que hiciese cosa mas de aquella que fuese de mi gusto; y despues de haberle besado las manos por tan gran beneficio, le dixe que me diese licencia de ir á buscar á mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaba en poder del Rey de Dinamarca: Cratilo me la dió

para todo aquello que quisiese hacer, diciéndome, que á mas le tenia obligado mi buen término, hablando como Rey, á quien es anexo, tanto el hacer mercedes, como la afabilidad; y si se puede decir la buena crianza, ésta tuvo Sulpicia en todo estremo acompañándola con la liberalidad, con la qual ricos y contentos, yo y los mios nos embarcamos, sin que quedase ninguno. La primer derrota que tomamos fue á Dinamarca, donde creí hallar á mi hermana, y lo que hallé, fueron nuevas de que de la ribera del mar á ella y otras doncellas las habian robado corsarios: renováronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lástimas, á quien acompañaron las de Carino y Solercio, los quales creyeron que en la desgracia de mi hermana y en su prision, se debia de comprehender la de sus esposas. Sospecharon bien, dixo á esta sazon Arnaldo, y prosiguiendo Periandro dixo: barrimos todos los mares, rodeamos todas ó las mas islas de

estos contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciéndome á mí, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser escuro el lugar donde estuviese, y que la suma discrecion suya habia de ser el hilo que la sacase de qualquier laberinto: prendimos corsarios, soltamos prisioneros, restituimos haciendas á sus dueños, alzámonos con las mal ganadas de otros, y con esto colmando nuestro navío de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios volver á sus redes, y á sus casas y á los brazos de sus hijos, imaginando Carino y Solercio ser posible hallar á sus esposas en su tierra, ya que en las agenas no las hallaban. Antes de esto llegamos á aquella isla, que á lo que creo, se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y á todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra nave, por ser el viento contrario: y así en trage de mari-

neros bogadores nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho, allí gané los premios, allí fuí coronado por vencedor de todas las contiendas, y de allí tomó ocasion Sinforosa de desear saber quien yo era, como se vió por las diligencias que para ello hizo.

Vuelto al navío, y resueltos los mios de dexarme, los rogué que me dexasen el barco, como en premio de los trabajos que con ellos habia pasado; dexáronmele, y aun me dexáran el navio, si yo le quisiera, diciéndome, que si me dexaban solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcanzarle, como le habia mostrado la experiencia en las diligencias que habiamos hecho para conseguirle; en resolucion, con seis pescadores que quisieron seguirme, llevados del premio que les dí y del que los ofrecí, abrazando á mis amigos, me embarqué, y puse la proa en la isla Bárbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre y la falsa profecía que los

tenia engañados, la qual no os refiero, porque sé que la sabeis; dí al traves en aquella isla, fuí preso y llevado donde estaban los vivos enterrados, sacáronme otro dia para ser sacrificado, sucedió la tormenta del mar, desbaratáronse los leños que servian de barcas, salí al mar ancho en un pedazo de ellas con cadenas que me rodeaban el cuello y esposas que me ataban las manos; caí en las misericordiosas del Príncipe Arnaldo que está presente, por cuya órden entré en la isla, para ser espia que investigase si estaba en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuese hermano de Auristela, la qual otro dia vino en trage de varon á ser sacrificada, conocíla, dolióme su dolor, previne su muerte con decir que era hembra, como ya lo habia dicho Cloelia su ama, que la acompañaba; y el modo como allí las dos vinieron, ella lo dirá quando quisiere: lo que en la isla nos sucedió, ya lo sabeis, y con esto y con lo que á mi hermana

le queda por decir, quedareis satisfechos de casi todo aquello que acertáre á pediros el deseo en la certeza de nuestros sucesos.

CAPÍTULO XXII.

No sé si tenga por cierto, de manera que ose afirmar que Mauricio y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiese fin en su plática, porque las mas veces las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle con comenzar por entonces la historia de sus acontecimientos, que puesto que habian sido pocos desde que fue robada del poder de Arnaldo, hasta que Periandro la halló en la isla Bárbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuviera lugar para hacerlo, porque se lo estorbára una nave que vieron venir por alta mar encaminada á la isla, con todas las velas

tendidas, de modo, que en breve rato llegó á una de las calas de la isla, y luego fue de Renato conocida, el qual dixo: esta es, señores, la nave donde mis criados y mis amigos suelen visitarme algunas veces; ya en esto hecha la zalema, y arrojado el esquife al agua, se llenó de gente, que salió á la ribera, donde ya estaban para recibírle Renato y todos los que con él estaban: hasta veinte serian los desembarcados, entre los quales salió uno de gentil presencia, que mostró ser señor de todos los demas, el qual, apenas vió á Renato, quando con los brazos abiertos se vino á él, diciéndole: abrazame, hermano, en albricias de que te traygo las mejores nuevas que pudieras desear; abrazóle Renato, porque conoció ser su hermano Sinibaldo, á quien dixo: ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, ó hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo, ninguna alegria seria bien que

me alegráse, el verte pasa adelante, y tiene excepcion en la comun regla de mis desgracias. Sinibaldo se volvió luego á abrazar á Eusebia, y la dixo: dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me debeis las albricias de las nuevas que traigo, las quales no será bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena: sabed, señores, que vuestro enemigo es muerto de una enfermedad, que habiendo estado seis dias, antes que muriese, sin habla, se la dió el cielo seis horas antes que despidiese el alma, en el qual espacio con muestras de un grande arrepentimiento confesó la culpa en que habia caido, de haberos acusado falsamente; confesó su envidia, declaró su malicia, y finalmente hizo todas las demonstraciones bastantes á manifestar su pecado; puso en los secretos juicios de Dios el haber salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentó con decirlo, sino que quiso quedáse por instrumen-

to público esta verdad; la qual sabida por el Rey, tambien por público instrumento os volvió vuestra honra y os declaró, á tí, ó hermano, por vencedor, y á Eusebia por honesta y limpia, y ordenó que fuesedes buscados, y que hallados, os llevasen á su presencia, para recompensaros con su magnanimidad y grandeza las estrechezas en que os debeis de haber visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, á vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entonces Arnaldo, que no hay acrecentamiento de vida que las aventaje, ni posesion de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida y vuelta á cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra que se le iguale: góceisle luengos años, señor Renato, y gócele en vuestra compañía la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad y agradecimiento.

Este mismo parabien, aunque

con palabras diferentes, les dieron todos; y luego pasaron á preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba, y en otras partes de la tierra, de quien ellos, por andar en el mar, tenian poca noticia. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba, era de la calamidad en que estaba puesto, por el Rey de los Danaos, Leopoldo, el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados, que á Leopoldo favorecian: contó asímismo, como se murmuraba, que por la ausencia de Arnaldo, Príncipe heredero de Dinamarca, estaba su padre tan á pique de perderse, del qual Príncipe decian, que qual mariposa se iba tras la luz de unos bellos ojos de una sú prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia qùien fuesen sus padres: contó con esto guerras del de Transilvania, movimientos del Turco, enemigo comun del género humano, dió nuevas de la gloriosa muerte de Cárlos V. Rey de España y Emperador Romano, terror de los

enemigos de la Iglesia y asombro de los sequaces de Mahoma : dixo asimismo otras cosas mas menudas, que unas alegraron y otras suspendieron, y las unas y las otras dieron gusto á todos, sino fue al pensativo Arnaldo, que desde el punto que oyó la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo y la mano en la mexilla, y al cabo de un buen espacio que así estuvo, quitó los ojos de la tierra, y poniéndolos en el cielo, exclamando en voz alta, dixo: ¡Oh amor, oh honra, oh compasion paterna, y como me apretais el alma! perdoname, amor, que no porque me aparto, te dexo; esperame, oh honra, que no porque tenga amor, dexaré de seguirte; consuelate, oh padre, que ya vuelvo; esperadme, vasallos, que el amor nunca hizo ningun cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor y el mas bien enamorado del mundo; para la sin par Auristela quiero ir á ganar lo que es mio, y para poder merecer, por ser Rey, lo

que no merezco por ser amante, que el amante pobre, si la ventura á manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue á felice fin su deseo; Rey la quiero pretender, Rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparé mas á mi suerte, que á su conocimiento.

Todos los circunstantes quedaron suspensos oyendo las razones de Arnaldo; pero el que mas lo quedó de todos fue Sinibaldo, á quien Mauricio habia dicho, como aquel era el Príncipe de Dinamarca, y aquella, mostrándole á Auristela, la prisionera que decian que le traia rendido; puso algo mas de propósito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgó á discrecion la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras veces se ha dicho, era tal que cautivaba los corazones de quantos la miraban, y hallaban en ella disculpa todos los errores que por ella se hicie-

ran. Es pues el caso, que aquel mismo dia se concertó, que Renato y Eusebia se volviesen á Francia, llevando en su navio á Arnaldo para dexalle en su Reyno; el qual quiso llevar consigo á Mauricio y á Transila su hija, y á Ladislao su yerno; y que en el navio de la huida, prosiguiendo su viage, fuesen á España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y la hermosa Constanza; Rutilio viendo este repartimiento, estuvo esperando á qué parte le echarian, pero antes que la declarasen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicó le hiciese heredero de sus alajas, y le dexase en aquella isla, siquiera para que no faltase en ella quien encendiese el farol que guiase á los perdidos navegantes, porque él queria acabar bien la vida, hasta entonces mala: reforzaron todos su christiana peticion, y el buen Renato, que era tan christiano como liberal le concedió todo quanto pedia, diciéndole, que quisiera que fueran de importancia

las cosas que le dexaba, puesto que eran todas las necesarias para cultivar la tierra y pasar la vida humana: á lo que añadió Arnaldo, que él le prometia, si se viese pacífico en su Reyno, de enviarle cada un año un baxel que le socorriese: á todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abrazaron, y los mas de ellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo ermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega á tanto la protervidad nuestra, que querriamos ser el abismo que á otros abismos llamase. Dos dias tardaron en disponerse y acomodarse para seguir cada uno su viage, y al punto de la partida hubo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro y Auristela, y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro; lloró Transila, no tuvo enjutos los

ojos Mauricio, ni lo estuvieron los de Ladislao; gimio Ricla, enternecióse Constanza, y su padre y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaba Rutilio de unos en otros, ya vestido con los hábitos de ermitaño de Renato, despidiendose de estos y de aquellos; mezclando sollozos y lagrimas todo á un tiempo; finalmente, convidándoles el sosegado tiempo y un viento que podia servir á diferentes viages, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las ermitas. Y aquí dió fin á este segundo libro el autor de esta peregrina historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS.

LIBRO PRIMERO.

Cap. I. *Sacan á Periandro de prision: echanle al mar en una balsa: corre tormenta, y es socorrido de un navio.* Pag. 1

Cap. II. *Dase noticia de quien es el Capitan del navio, &c.* 10

Cap. III. *Vende Arnaldo á Periandro en trage de muger.* 24

Cap. IV. *Traen á Auristela de la prision á sacrificarla, &c.* 30

Cap. V. *De la cuenta que dió de sí el Bárbaro Español á sus nuevos huespedes.* 45

Cap. VI. *Donde el Bárbaro Español prosigue su historia.* 60

Cap. VII.. *Navegan desde la isla bárbara á otra isla.* 77

Cap. VIII. *Donde Rutilio dá cuenta de su vida* 82

Cap. IX. *Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.* 93

Cap. X. *De lo que contó el enamorado Portugués.* 102

Cap. XI. *Llegan á otra ísla y hallan buen acogimiento.* 113
Cap. XII. *Donde se cuenta de qué parte, y quien eran los que venian en el navio.* 121
Cap. XIII. *Donde Transila prosigue la historia á la que su padre dió principio.* 132
Cap. XIV. *Donde se declara quien eran los que tan aberrojados venian.* 139
Cap. XV. 149
Cap. XVI. *Determinan todos salir de la Isla.* 153
Cap. XVII. *Dá cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.* 161
Cap. XVIII. *Donde Mauricio sabe por la Astrología un mal suceso que les avino en el mar.* 165
Cap. XIX. *De lo que dos soldados hicieron: y la division de Periandro y Auristela.* 184
Cap. XX. *De un notable caso que sucedió en la ísla Nevada.* 195
Cap. XXI. 204
Cap. XXII. *Donde el Capitan dá cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer.*

en su reyno el Rey Policarpo. 208
Cap. XXIII. *De lo que sucedió á la zelosa Auristela quando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certamen.* 220

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. *Donde se cuenta como el navío se volcó con todos los que dentro de él iban.* 229
Cap. II. *Donde se cuenta un estraño suceso.* 235
Cap. III. *Sinforosa cuenta sus amores á Auristela.* 249
Cap. IV. *Prosigue la historia y amores de Sinforosa.* 260
Cap. V. *De lo que pasó entre el Rey y su hija Sinforosa.* 268
Cap. VI. *Declara Sinforosa á Auristela los amores de su padre.* 283
Cap. VII. 292
Cap. VIII. 303
Cap. IX. *Dá Clodio el papel á Auristela: Antonio el Barbaro le mata por yerro.* 315

Cap. X. *De la enfermedad que sobrevino á Antonio el mozo.* 325
Cap. XI. *Cuenta Periando el suceso de su viage.* 333
Cap. XII. 352
Cap. XIII. *Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.* 361
Cap. XIV. *Dá cuenta Periandro de un notable caso que le sucedió en el mar.* 375
Cap. XV. *Refiere lo que le pasó con Sulpicia.* 390
Cap. XVI. *Prosigue Periandro sus acaecimientos.* 403
Cap. XVII. *Prosigue Periandro su historia.* 413
Cap. XVIII. 421
Cap. XIX. 433
Cap. XX. *Cuenta Renato la ocasion que tuvo para irse á la isla de las Ermitas.* 448
Cap. XXI. *Cuenta lo que le sucedió con el caballo tan estimado de Cratilo, como famoso.* 459
Cap. XXII. 468

FIN.

Bayerische Staatsbibliothek MUNCHEN